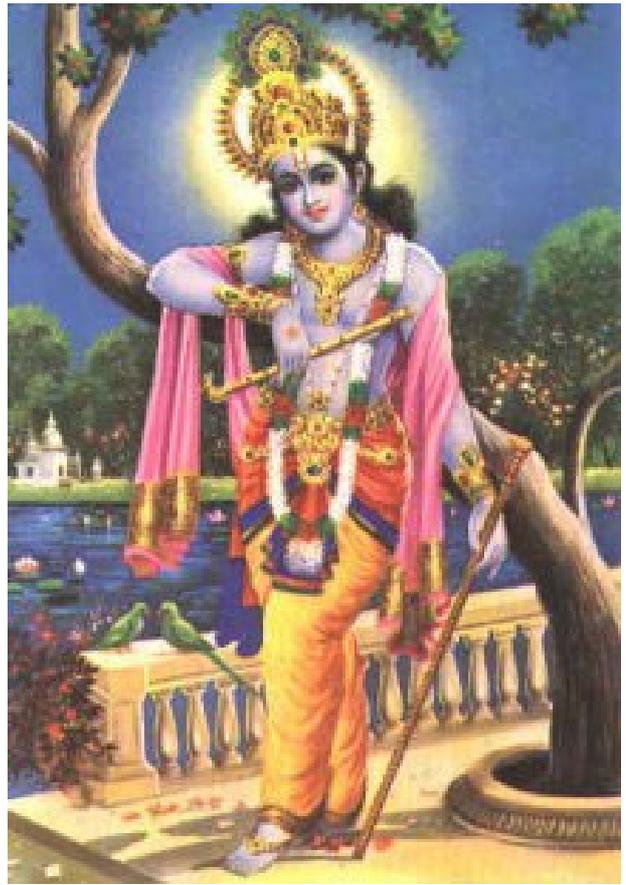


Edouard Schure

**LOS GRANDES INICIADOS I
RAMA Y KRISHNA**



**Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Esoterismo II”**

ÍNDICE

Dedicatoria, página 3.

Prefacio, página 4.

Introducción, página 6.

Estado Presente del Espíritu Humano. - Conflicto de la Religión y la Ciencia. - Falsa Idea de la Verdad y del Progreso. - La Teosofía Antigua y la Ciencia Moderna. - Antigüedad, Continuidad, Unidad de la Doctrina de los Misterios. - Sus Principios Esenciales. - Marcha Inconsciente de las Ciencias Modernas Hacia la Teosofía. - Posibilidad y Necesidad de una Reconciliación de la Ciencia y la Religión en el Terreno Esotérico. - Objeto de este Libro.

Libro I: RAMA (El Ciclo Ario)

- I. Las Razas Humanas y los Orígenes de la Religión, *página 21.*
- II. La Misión de Rama, *página 32.*
- III. El Éxodo y la Conquista, *página 37.*
- IV. El Testamento del Gran Antepasado, *página 42.*
- V. La Religión Védica, *página 45.*

Libro II: KRISHNA (La India y la Iniciación Brahmánica)

- I. La India Heroica. Los Hijos del Sol y los Hijos de la Luna, *página 52.*
- II. El Rey de Madura, *página 56.*
- III. La Virgen Devaki, *página 60.*
- IV. La Juventud de Krishna, *página 64.*
- V. Iniciación, *página 70.*
- VI. La Doctrina de los Iniciados, *página 78.*
- VII. El Triunfo y la Muerte, *página 82.*
- VIII. Irradiación del Verbo Solar, *página 92.*

DEDICATORIA

**A LA MEMORIA
DE
MARGHERITA ALBANA MIGNATY**

Sin ti, ¡Oh grande alma amada!, este libro no hubiera salido a la luz. Tú lo has incubado con tu numen poderoso, lo has alimentado con tu dolor y bendecido con esperanzas divinas. Tú tenías la Inteligencia, que ve la Belleza y la Verdad eternas sobre las efímeras realidades; tuya era la Fe, que transporta las montañas; tuyo el Amor, que despierta y crea las almas; tu entusiasmo abrasaba como fuego ardiente.

Te has extinguido y desapareciste. Con sus alas sombrías, la Muerte te ha llevado a lo Desconocido... Pero, aunque no pueden verte ya mis ojos, se que estás más llena de vida que nunca. Libre de las cadenas terrestres, desde el seno de la celestial luz donde moras, no has dejado de seguir mi obra y he sentido tu radiación fiel velar hasta el final sobre su floración predestinada.

Si algo mío debiera sobrevivir y conservarse entre mis hermanos, en este mundo donde todo pasa, quisiera lo fuese este libro, testimonio de una fe conquistada y compartida. ¡Como antorcha de Eleusis adornada con ciprés negro y estrellado narciso, lo dedico al alma alada de aquella que me condujo hasta el fondo de los Misterios, para que propague el fuego sagrado y anuncie la aurora de la grande Luz!.

PREFACIO

Los Grandes Iniciados ha tenido un destino extraño. La primera edición de este libro se remonta a 1889, y fue recibida con un silencio glacial de la prensa. Sin embargo, al poco tiempo, las ediciones subsecuentes se multiplicaron y crecieron año tras año. Sus ideas resultaban sorprendentes para la mayoría de los lectores, y provocaban tanto la ira de las Universidades como de la Iglesia. Esa frialdad y el desprecio de los jueces más autorizados no impidieron su triunfo europeo.

El libro lo había obtenido por sus propios medios y siguió modesta pero seguramente su camino en la oscuridad. Tuve la prueba de ello a través de los mensajes de simpatía que me llegaban de todos los rincones del mundo, de los cinco continentes. Este movimiento tuvo su reflujo en Francia. Durante la guerra de 1914 a 1916, innumerables cartas de felicitación y de preguntas llegaron a mis manos. Las más serias venían del frente de combate. Después de esto, hubo tal aceleración en la venta de la obra, que mi distinguido y juicioso amigo, Andrés Bellessort, me señaló un día: “No has conquistado solamente *tú* publico, sino *el* público.”

Los Grandes Iniciados ha llegado hoy a su 91a. edición. Y, como las planchas que han servido para todas las sucesivas reimpresiones están gastadas, la librería Perrin ha hecho recomponer la obra en una versión revisada y corregida. Aprovecho esta ocasión para rendir homenaje a la memoria de Paul Perrin, erudito de un juicio penetrante y seguro, que fue el primer editor de este libro y su defensor más entusiasta. Debo extender también un caluroso agradecimiento a mis amigos Alphonse Roux y Robert Veyssié, los primeros en hacer un estudio en profundidad de mi obra, y a Madame Jean Dornis, cuya brillante obra *Un Celte d'Alsace* ha dado un repaso a mi esfuerzo literario y poético. (*Alphonse Roux y Robert Veyssié, Edouard Schuré, son oeuvre et sa pensée, París, Perrin, 1914. Jean Dornis, Un Celte d'Alsace, la vie et la pensée d'Edouard Schuré, París, Perrin, 1923*).

Como *Los Grandes Iniciados* ha seguido su marcha, marcha ascendente, y franqueado todos los obstáculos, a pesar de los prejuicios tradicionales que se alzaban en su camino, debo llegar a la conclusión de que hay una fuerza vital en su pensamiento central. Este pensamiento no es otro que una aproximación lúcida y decisiva a la Ciencia y la Religión, cuyo

Edouard Schure – Los Grandes Iniciados I – Rama y Krishna

dualismo ha minado las bases de nuestra civilización y nos amenaza con sus piras catastróficas.

Esta reconciliación no puede operar más que por medio de una nueva contemplación sintética del mundo visible e invisible, por medio de la Intuición intelectual y de la Videncia psíquica. Sólo la certidumbre el Alma inmortal puede convertirse en la base sólida de la vida terrestre, y sólo la unión de las grandes Religiones, por medio de un retorno a su fuente común de inspiración, puede asegurar la fraternidad de los pueblos y el porvenir de la humanidad.

E. S., 1926

INTRODUCCIÓN A LA DOCTRINA ESOTÉRICA

Persuadido estoy de que llegará día en que el fisiólogo, el poeta y el filósofo hablarán el mismo lenguaje y se entenderán todos.

Claude Bernard

El mayor mal de nuestro tiempo es que la Ciencia y la Religión aparecen como fuerzas enemigas e irreductibles. Mal intelectual, tanto más pernicioso cuanto que viene de lo alto y se infiltra cautelosamente en todos los espíritus, como sutil ponzoña que se respira en el aire. Y todo mal de la inteligencia viene a ser a la larga un mal del alma y, por consecuencia, un mal social.

Mientras el cristianismo no hizo otra cosa que afirmar sencillamente la fe cristiana, en una Europa aún semibárbara, como ocurría en la Edad Media, él fue la mayor de las fuerzas morales y formó el alma del hombre moderno. En tanto que la ciencia experimental, reconstituida en el siglo XVI, reivindicó sólo los derechos legítimos de la razón y su ilimitada libertad, ella fue la mayor de las fuerzas intelectuales, renovó la faz del mundo libertando al hombre de las seculares cadenas, y proveyó al espíritu humano de bases indestructibles.

Pero desde el momento que la Iglesia, no pudiendo probar ya su dogma primitivo ante las objeciones científicas, se encierra en aquél como en una casa sin ventanas, oponiendo la fe a la razón de modo absoluto e indiscutible; desde que la Ciencia enajenada por sus descubrimientos en el mundo físico, hace abstracción del psíquico e intelectual y se ha hecho agnóstica y materialista en sus principios y finalidad; desde que la Filosofía, desorientada e impotente entre ambas, ha abdicado en cierto modo de sus derechos para caer en un escepticismo trascendente, una escisión profunda se ha operado en el alma de la sociedad al igual que en la de los individuos. Este conflicto, al principio necesario y útil, puesto que estableció los derechos de la Razón y de la Ciencia, ha terminado por ser causa de Impotencia y agotamiento. La Religión responde a las necesidades del corazón: de ahí su magia eterna; la

Ciencia, a las del espíritu: de donde su fuerza invencible. Pero desde hace mucho tiempo estas dos potencias no saben entenderse y convivir. La Ciencia sin esperanzas y la Religión sin prueba, se alzan una frente a la otra y se desafían sin poderse vencer.

De ahí deriva una profunda contradicción, una guerra sorda, no solamente entre el Estado y la Iglesia, sino también dentro de la misma Ciencia, en el seno de todas las Iglesias y hasta en la conciencia de todos los que piensan. Porque quienquiera que seamos, a cualquier escuela filosófica, estética o social a que podamos pertenecer, todos llevamos en nosotros mismos estos dos mundos enemigos, en apariencia irreconciliables, que nacen de dos necesidades indestructibles en el hombre: la necesidad científica y la necesidad religiosa. Esta situación que persiste desde hace más de un siglo, no ha contribuido ciertamente en poco a desarrollar las humanas facultades, poniéndolas en tensión unas con otras. Ella ha inspirado a la poesía y a la música acentos de un patetismo y grandiosidad inauditos. Pero hoy la tensión prolongada y sobreaguada ha producido el efecto contrario.

Así como el abatimiento sucede a la fiebre en un enfermo, aquella tensión se ha convertido en marasmo, en tedio, en impotencia. La Ciencia no se ocupa más que del mundo físico y material; la filosofía moral ha perdido la dirección de las inteligencias; la Religión gobierna aún en cierto modo a las masas, pero no reina ya sobre las ciencias sociales, y siempre grande por la caridad, no brilla ya por la Fe. Los guías intelectuales de nuestro tiempo son incrédulos o escépticos, perfectamente sinceros y leales, pero que dudan de su arte y se miran sonriendo como los augures romanos. En público, en privado, predicen las catástrofes sociales sin encontrar el remedio, o envuelven sus sombríos oráculos en eufemismos prudentes. Bajo tales auspicios, la literatura y el arte han perdido el sentido de lo divino. Deshabitada de los horizontes eternos, una gran parte de la juventud se ha alistado en lo que sus maestros llaman el naturalismo, degradando así el bello nombre de Naturaleza. Porque lo que decoran con este vocablo, sólo es la apología de los bajos instintos, el fango del vicio o la pintura complaciente de nuestra lacras sociales; en una palabra, la negación sistemática del alma y de la inteligencia. Y la pobre Psiquis, perdidas sus alas, gime y suspira de extraño modo en el fondo de aquellos mismos que la insultan y la niegan.

A fuerza de materialismo, de positivo y de escepticismo, este siglo ha llegado a una falsa idea de la Verdad y del Progreso.

Nuestros sabios, que practican el método experimental de Bacon para el estudio del Universo visible, con precisión maravillosa y admirables

resultados, se forman de la Verdad una idea completamente externa y material. Creen que a ella nos aproximamos a medida que se acumula un mayor número de los hechos. En su punto de vista tienen razón. Pero lo más grave es que nuestros filósofos y moralistas han terminado pensando lo mismo y, de este modo, las causas primeras y los fines últimos serán para siempre impenetrables al espíritu humano. Porque suponed que llegamos a saber exactamente lo que pasa, materialmente hablando, en todos los planetas del sistema solar, lo que, entre paréntesis, sería una magnífica base de inducción; suponed, además, que sepamos qué especie de habitantes contienen los satélites de Sirio y de varias estrellas de la Vía Láctea; seguramente sería maravilloso saber todo esto, pero ¿Sabríamos por ello más acerca de nuestra bruma estelar, sin hablar de la nebulosa de Andrómeda y de la de Magallanes?. — No, y ello es causa de que nuestro tiempo conciba el desarrollo de la humanidad, como la eterna marcha hacia una verdad indefinida, indefinible y a la que jamás tendrá acceso.

Esta es la concepción de la filosofía positiva de Auguste Comte y Herbert Spencer, que ha prevalecido en nuestros días.

La Verdad era otra cosa muy distinta para los sabios y teósofos del Oriente y de Grecia. Ellos, sin duda, sabían que no se la puede abarcar ni equilibrar sin un sumario conocimiento del mundo físico; pero también sabían que reside ante todo en nosotros mismos, en los principios intelectuales y en la vida espiritual del alma. Para ellos el alma era la sola, la divina realidad y la llave del Universo. Reconcentrando su voluntad, desarrollando sus facultades latentes, alcanzaban el lumínico vivo que llamaban Dios, cuya luz hace comprender a los hombres y a los seres. Para ellos lo que llamamos el Progreso, es decir, la historia del mundo y de los hombres, no era más que la evolución en el Tiempo y en el Espacio de esta Causa central y de este Fin último. — ¿Creéis que estos teósofos fueron puros contemplativos, soñadores impotentes, fakires subidos a sus columnas?. Error. El mundo no ha conocido hombres más grandes de acción, en el sentido más fecundo, el más incalculable de la palabra.

Brillan ellos como estrellas de primera magnitud en el cielo de las almas. Se llaman: Krishna, Budha, Zoroastro, Hermes, Moisés, Pitágoras, Jesús, y fueron poderosos moldeadores de espíritus, formidables vivificadores de almas, saludables organizadores de Sociedades. No viviendo más que para su idea, prestos siempre a morir y sabiendo que la muerte por la Verdad es la acción eficaz y suprema, ellos han creado las ciencias y las religiones, por consiguiente las letras y las artes, cuyo jugo nos nutre aún y nos da la vida.

¿Qué va a producir el positivismo y escepticismo de nuestros días?. Una generación seca, sin ideal, sin luz y sin fe; no creyente en el alma ni en Dios, ni en el provenir de la Humanidad, ni en esta vida ni en la otra; sin energía en la voluntad, dudando de sí misma y de la libertad humana.

“Por sus frutos los juzgaréis”, decía Jesús. Esta frase del Maestro de los Maestros, se puede aplicar lo mismo a las doctrinas que a los hombres. Sí; este pensamiento se impone: o la Verdad es para siempre inaccesible al hombre, o ha sido poseída en gran parte por los más grandes sabios y los primeros iniciadores de la tierra. Ella se encuentra, por lo tanto, en el fondo de todas las grandes religiones y en los libros sagrados de todos los pueblos. Sólo que es preciso saberla encontrar y extraer.

Si se contempla la historia de las religiones con los ojos iluminados por la verdad central, que sólo la iniciación interna puede dar, queda uno a la vez sorprendido y maravillado. Lo que entonces se advierte no semeja casi en nada a lo que enseña la Iglesia, que limita la revelación al cristianismo y no la admite más que en su sentido primario; pero se parece también muy poco a la que se enseña en nuestras Universidades, a la ciencia puramente naturalista, aunque ésta se coloca, sin embargo, en un punto de vista más amplio, puesto que pone a todas las religiones en la misma línea y les aplica un método único de investigación. Su erudición es profunda, su celo admirable, pero aún no se ha elevado ***hasta el punto de vista del esoterismo comparado***, que muestra a la historia de las religiones y de la Humanidad en un aspecto completamente nuevo. Desde esta altura, he aquí lo que se distingue.

Todas las grandes religiones tienen una historia exterior y otra interior; la una aparente, la otra secreta. Por historia exterior yo entiendo los dogmas y mitos enseñados públicamente en templos y escuelas, reconocidos en el culto y en las supersticiones populares. Por historia interna entiendo yo la ciencia profunda, la doctrina secreta, la acción oculta de los grandes iniciados, profetas o reformadores que han creado, sostenido, propagado esas mismas religiones. La primera, la historia oficial, la que se lee en todas las partes, tiene lugar a la luz del día; ella no es, sin embargo, menos oscura, embrollada, contradictoria. La segunda, que yo llamo la tradición esotérica o doctrina de los Misterios, es muy difícil de desentrañar. Porque ésta se prosigue en el fondo de los templos, en las cofradías secretas, y sus dramas se desenvuelven por entero en el alma de los grandes profetas, que no han confiado a ningún pergamino ni a ningún discípulo sus crisis supremas, sus éxtasis divinos. Hay que adivinarla. Pero una vez que se la ve, aparece luminosa, orgánica, siempre en armonía consigo misma. Se la podría llamar la historia de la religión eterna

y universal. En ella se muestra el porqué de las cosas, el **emplazamiento** de la humana conciencia, del que la historia no nos ofrece más que un **reverso** laborioso. Allí alcanzamos el punto generador de la Religión y de la Filosofía, que se reúnen al otro extremo de la elipse por medio de la ciencia integral. Este punto corresponde a las verdades trascendentes. Allí encontramos la causa, el origen y el fin del prodigioso trabajo de los siglos, la Providencia en sus agentes terrestres. Tal historia es la única de que me ocupo en este libro.

Para la raza aria, el germen y núcleo de dicha historia esotérica se halla en los Vedas. Su primera cristalización histórica aparece en la doctrina trinitaria de Krishna, que da al brahmanismo su potencia, a la religión de la India su sello indeleble. Budha, que según la cronología de los brahmanes fue posterior a Krishna en dos mil cuatrocientos años, no hace más que descubrir otro aspecto de la doctrina oculta, el de la metempsícosis y de la serie de existencias eslabonadas por la ley del Karma. Aunque el budhismo fue una revolución democrática, social y moral, contra el brahmanismo aristocrático y sacerdotal, su fondo metafísico es el mismo, aunque menos completo.

La antigüedad de la doctrina sagrada no es menos asombrosa en Egipto, cuyas tradiciones se remontan a una civilización muy anterior a la aparición de la raza aria en la escena histórica. Se podía suponer, hasta estos últimos tiempos, que el monismo trinitario expuesto en los libros griegos de Hermes Trismegisto, era una complicación de la escuela de Alejandría bajo la doble influencia judeo cristiana y neo-platónica. De común acuerdo, creyentes e Incrédulos, historiadores y teólogos, no han cesado de afirmarlo hasta el día. Mas esta doctrina cae hoy ante los descubrimientos de la epigrafía egipcia. La autenticidad fundamental de los libros de Hermes como documentos de la antigua sabiduría de Egipto, resalta triunfalmente de los jeroglíficos descifrados. No solamente las inscripciones de los obeliscos de Tebas y de Menfis confirman toda la cronología de Manethón, sino que demuestran que los sacerdotes de Ammón-Ra profesaban la alta metafísica que enseñaba bajo otras formas a orillas del Ganges. (*Véanse los hermosos trabajos de Francois Lenormand y de M. Maspéro*). Se puede decir aquí, con el profeta hebreo, que “la piedra habla y que el muro grita”. Así como el sol de “media noche” que lucía, se dice, en los Misterios de Isis y de Osiris, el pensamiento de Hermes, la antigua doctrina del verbo solar ha vuelto a brillar en las tumbas de los reyes y hasta de los papiros del *Libro de los Muertos* conservados por momias de cuatro mil años.

En Grecia, el pensamiento esotérico está a la vez más visible y más envuelto que en otra parte; más visible, porque se manifiesta a través de una

mitología humana embelesadora, porque fluye como sangre ambrosiaca por las venas de aquella civilización, y brota por todos los poros de sus Dioses como un perfume y como un rocío celeste. Por otra parte, el pensamiento profundo y científico que presidió a la concepción de todos esos mitos, es con frecuencia más difícil de penetrar a causa de su seducción misma y de los embellecimientos que han añadido los poetas. Pero los principios sublimes de la teosofía dórica y de la sabiduría de Delfos están inscritos con letras de oro en los fragmentos órficos y en la síntesis de Pitágoras, así como en la vulgarización dialéctica y un poco caprichoso de Platón. La escuela de Alejandría nos proporciona también claves útiles. Ella fue la primera en publicar en parte y comentar el sentido de los misterios, en medio del relajamiento de la religión griega y enfrente de los progresos del cristianismo.

La tradición oculta de Israel, que procede a la vez de Egipto, de Caldea y de Persia, nos ha sido conservada bajo formas raras y oscuras, pero en toda su profundidad y extensión, por la *Cábala* o tradición oral, desde el *Zohar* y el *Sepher Yezirah* atribuido a Simón Ben Yochai hasta los comentarios de Maimónides. Misteriosamente encerrada en el Génesis y en el simbolismo de los profetas, resalta de una manera asombrosa en el admirable trabajo de Fabre d'Olivet sobre *la lengua hebrea reconstituida*, que tiende a reconstruir la verdadera cosmogonía de Moisés, según el método egipcio, tomando el triple sentido de cada versículo y casi de cada palabra en los diez primeros capítulos del Génesis.

En cuanto al esoterismo cristiano, brilla por si mismo en los Evangelios ilustrados por las tradiciones esénicas y gnósticas. El brota como de un manantial vivo de la palabra de Cristo, de sus parábolas, del fondo mismo de esa alma incomparable y realmente divina. Al mismo tiempo, el Evangelio de San Juan nos da las claves de la enseñanza íntima y superior de Jesús con el sentido y el alcance de su promesa. Volvemos a encontrar allí aquella doctrina de la Trinidad y del Verbo divino, ya enseñada hacía miles de años en los templos del Egipto y de la India, pero animada, personificada por el príncipe de los iniciados, por el más grande de los hijos de Dios.

La aplicación del método que he llamado esoterismo comparado a la historia de las religiones, nos conduce, por lo tanto, a un resultado de la mayor importancia, que se resume así: la antigüedad, la continuidad y la unidad esencial de la doctrina esotérica. Hay que reconocer que éste es un hecho bien digno de tenerse en cuenta, porque supone que los sabios y profetas de los tiempos más diversos han llegado a conclusiones idénticas en el fondo, aunque diferentes en la forma, sobre las verdades primeras y últimas, y ello siempre

por la misma vía de la iniciación interior y de la meditación. Agreguemos que esos sabios y esos profetas fueron los mayores bienhechores de la humanidad, los salvadores cuya fuerza redentora arrancó a los hombres del abismo de la naturaleza inferior y de la negación.

¿No es preciso decir después de esto que hay, según la expresión de Leibnitz, una especie de filosofía eterna, *pererrnis quaedam philosophia*, que constituye el lazo primordial de la ciencia y de la religión y su unidad final?

La teosofía antigua, profesada en la India, Egipto y Grecia, constituía una verdadera enciclopedia, dividida generalmente en cuatro categorías: 1. la *Teogonía* o ciencia de los principios absolutos, idéntica a la *ciencia de los Números* aplicada al universo, o las matemáticas sagradas; 2. la *Cosmogonía*, realización de los principios eternos en el espacio y el tiempo, o *involución* del espíritu en la materia, períodos de mundo; 3. la *Psicología*, constitución del hombre, *evolución* del alma a través de la cadena de existencias; 4. la *Física*, ciencia de los reinos de la naturaleza terrestre y de sus propiedades. El método inductivo y el método experimental se combinaban y se fiscalizaban uno a otro en esos diversos órdenes de ciencias, y a cada una de ellas correspondía un arte. Estos eran, tomándolos en orden inverso y empezando su enumeración por las ciencias físicas: 1. una *Medicina especial* fundada en el conocimiento de las propiedades ocultas de los minerales, las plantas y los animales; la *Alquimia* o transmutación de los metales, desintegración y reintegración de la materia por medio del agente universal, arte practicado en el Egipto antiguo según Olimpiodoro y llamado por él crisopeya y argiropeya, fabricación del oro y de la plata; 2. las *Artes psicúrgicas* que se referían a las fuerzas del alma, magia y adivinación; 3. la *Genetliaca celeste* o astrología, o el arte de descubrir la relación entre los destinos de los pueblos o de los individuos y los movimientos del universo marcados por las revoluciones de los astros; 4. la *Teurgia*, el arte supremo del mago, tan raro como peligroso y difícil, el de poner el alma en relación consciente con los diversos órdenes de espíritus y obrar sobre ellos.

Se ve que, ciencias y artes, todo se ligaba y armonizaba en esta teosofía derivada de un mismo principio que llamaré en lenguaje moderno *monismo intelectual espiritualismo evolutivo y trascendente*. Se pueden formular como siguen los principios esenciales de la doctrina esotérica: - El espíritu es la sola realidad. La materia no es más que su expresión inferior, cambiante, efímera: su dinamismo en el espacio y el tiempo. - La creación es eterna y continua como la vida. El microcosmo-hombre es ternario por su constitución (espíritu, alma y cuerpo), imagen y espejo del macro-cosmos-universo (mundo divino,

humano y natural), que es por sí mismo el órgano del Dios inefable, del Espíritu absoluto, que es por su naturaleza Padre, Madre e Hijo (esencia, sustancia y vida). - He aquí por qué el hombre, imagen de Dios, puede llegar a ser su verbo vivo. La gnosis, o mística racional de todos los tiempos, es el arte de encontrar a Dios en sí, desarrollando las profundidades ocultas, las facultades latentes de la conciencia. El alma humana, la individualidad, es inmortal por esencia. Su desenvolvimiento tiene lugar en planos alternativamente ascendentes y descendentes, por medio de existencias por turnos espirituales y corporales. La reencarnación es su ley evolutiva. Llegada a lo perfecto, se libra de esa ley y vuelve al Espíritu puro, a Dios en la plenitud de su conciencia. Del mismo modo que el alma se eleva sobre la ley de la lucha por la vida cuando adquiere conciencia de su humanidad, igualmente se eleva sobre la ley de la reencarnación cuando adquiere conciencia de su divinidad.

Las perspectivas que aparecen en el umbral de la Teosofía son inmensas, sobre todo cuando se las compara con el estrecho y desolado horizonte en que el materialismo encierra al hombre, o con los datos infantiles e inaceptables de la teología clerical. Al contemplarlas por vez primera, se experimenta el deslumbramiento, el escalofrío de lo infinito. Los abismos de lo inconsciente se abren en nosotros, mostrándonos la sima de donde salimos, las alturas vertiginosas a que aspiramos. Embelesados ante esta inmensidad, pero atemorizados del viaje, deseamos no existir más, ¡llamamos al *Nirvana!*. Luego, nos damos cuenta de que esta debilidad es lo que el cansancio del marino presto a soltar el remo en medio de la borrasca. Alguien ha dicho: el hombre ha nacido en un hueco de onda y no sabe nada del vasto océano que se extiende ante él y a sus espaldas. Eso es verdad: pero la mística trascendente empuja nuestra barca hacia la cresta de la ola y allí, siempre azotados por la furia de la tempestad, percibimos su ritmo grandioso; y la mirada, midiendo la bóveda del cielo, reposa en la calma del firmamento azul.

La sorpresa aumenta, si, volviendo a las ciencias modernas, nos damos cuenta de que desde Bacon y Descartes; ellas tienden involuntariamente, pero de un modo seguro, a volver a las referencias de la antigua teosofía. Sin abandonar la hipótesis de los átomos, la física moderna ha llegado insensiblemente a identificar la idea de fuerza, lo cual es un paso hacia el dinamismo espiritualista. Para explicar la luz, el magnetismo, la electricidad, los sabios han tenido que admitir una materia sutil y absolutamente imponderable, que llena el espacio y penetra todos los cuerpos, materia que han llamado éter, lo que significa una aproximación a la antigua idea teosófica

del alma del mundo, en cuanto a la impresionabilidad, a la inteligente docilidad de esa materia, resalta de un reciente experimento que prueba la transmisión del sonido por la luz, de todas las ciencias, las que parecen haber puesto en mayor apuro al espiritualismo son la zoología comparada y la antropología. En realidad, ellas han sido sus servidoras, mostrando la ley y el modo de intervención del mundo inteligible en el mundo animal. Darwin dio el golpe de gracia a la idea infantil de la creación según la teología primaria. En este aspecto, no hizo otra cosa que volver a las ideas de la antigua teosofía. Pitágoras había ya dicho: “el hombre es pariente del animal”. Darwin mostró las leyes a que obedece la naturaleza para ejecutar el plan divino, leyes instrumentales que son: la lucha por la vida, la herencia y la selección natural. Él probó la variabilidad de las especies, redujo su número por la clasificación, y estableció su jerarquía. Pero sus discípulos, los teóricos del transformismo absoluto, que han querido hacer salir todas las especies de un solo prototipo y hacen depender su aparición de las únicas influencias de los medios, han forzado los hechos en favor de una concepción puramente externa y materialista de la naturaleza. No; los medios no explican las especies, como las leyes físicas no explican las leyes químicas, como la química no explica el principio evolutivo de vegetal, ni éste el principio evolutivo de los animales. En cuanto a las grandes familias de animales, ellas corresponden a los tipos eternos de la vida, signos del Espíritu que marcan la escala de la conciencia. La aparición de los mamíferos después de los reptiles y pájaros no tiene razón de ser en un cambio de medio terrestre; éste no es más que la condición. Esto supone una nueva embriogenia; por consiguiente, una fuerza intelectual y anímica nueva, obrando dentro y en el fondo de la naturaleza, que nosotros llamamos el más allá relativamente a la percepción de los sentidos. Sin esta fuerza intelectual y anímica, no se explicará tan sólo la aparición de una célula organizada en el mundo inorgánico. En fin, el hombre, que resume y corona la serie de los seres, revela todo el pensamiento divino por la armonía de los órganos y la perfección de la forma, efigie viva del alma universal, de la inteligencia activa. Condensando todas las leyes de la evolución y toda la naturaleza en su cuerpo, él la domina y se eleva sobre ella, para entrar, por la conciencia y por la libertad, en el reino infinito del Espíritu. La psicología experimental apoyada sobre la fisiología, que tiende desde el principio del siglo a volver a ser una ciencia, ha conducido a los sabios contemporáneos hasta el pórtico de un mundo distinto, el mundo propio del alma, donde, sin que las analogías cesen, rigen nuevas leyes. Oigo hablar de los estudios y certificaciones médicas de este siglo sobre el magnetismo animal, el

sonambulismo y todos los estados de alma diferentes del de la vigilia, desde el sueño lúcido a través de la doble vista, hasta el éxtasis. La ciencia moderna no ha hecho aún más que tanteos en este terreno, donde la ciencia de los templos antiguos había sabido orientarse, porque poseía los principios y las claves necesarias. No es menos cierto que aquélla ha descubierto todo un orden de hechos que le han parecido extraños, maravillosos, inexplicables, porque contradicen claramente las teorías materialistas bajo el imperio de las que se ha habituado a pensar y experimentar. Nada más instructivo que la incredulidad indignada de ciertos eruditos materialistas ante todos los fenómenos que tienden a probar la existencia de un mundo Invisible y espiritual. Hoy si se le ocurre a alguien probar la existencia del alma, escandaliza a la ortodoxia del ateísmo, como antes se escandalizaba a los ortodoxos de la Iglesia al negar a Dios. No se arriesga ya la vida, es verdad, pero se arriesga la reputación. - De todos modos, lo que resalta del más simple fenómeno de sugestión mental a distancia y por el pensamiento puro, fenómeno comprobado mil veces en los anales del magnetismo, (*Véase el hermoso libro de M. Ochorowitz sobre la sugestión mental*) es la acción del espíritu y la voluntad fuera de las leyes físicas del mundo visible. La puerta de lo Invisible está, pues, abierta -En los altos fenómenos del sonambulismo, este mundo se abre por completo. Pero me detengo aquí, sólo en lo que está comprobado por la ciencia oficial.

Si pasamos de la psicología experimental y objetiva a la psicología íntima y subjetiva de nuestro tiempo, que se expresa por la poesía, música y literatura, vemos que un inmenso soplo de esoterismo inconsciente las penetra. Nunca la aspiración a la vida espiritual, al mundo invisible, rechazado por las teorías materialistas de los sabios y por la opinión general, ha sido más seria y más real. Se ve esta aspiración en los lamentos, en las dudas, en las negras melancolías y hasta en las blasfemias de nuestros escritores naturalistas y de nuestros poetas decadentes. Jamás tuvo el alma humana un sentimiento más profundo de la insuficiencia, de la miseria, de lo Irreal de su vida presente; jamás aspiró de más ardiente modo a lo invisible del más allá, sin llegar a creer en su existencia. A veces hasta llega su intuición a formular verdades trascendentes, que no forman parte del sistema admitido por la razón, que contradicen sus opiniones de superficie y que son involuntarias fulguraciones de su conciencia oculta. Citaré como prueba el pasaje de un pensador poco común, que ha sentido toda la amargura y toda la soledad moral de este tiempo. “Cada esfera del ser, dice Frédéric Amiel, tiende a una esfera más elevada y tiene ya de ellas revelaciones y presentimientos. El ideal, bajo todas

sus formas, es la anticipación, la visión profética de esa existencia superior a la suya, a la que cada ser aspira siempre. Esa existencia superior en dignidad, es más Interior por su naturaleza, es decir, más espiritual. Como los volcanes nos traen los secretos del interior por su naturaleza, es decir, más espiritual. Como los volcanes nos traen los secretos del interior del globo, el entusiasmo, el éxtasis, con explosiones pasajeras de ese mundo interior del alma, y la vida humana no es más que la preparación y el advenimiento a esa vida espiritual. Los grados de la iniciación son innumerables. Vela, pues, discípulo de la vida, crisálida de un ángel, trabaja en tu florescencia futura, pues la Odisea divina no es más que una serie de metamorfosis más y más etéreas, en que cada forma, resultado de las precedentes, es la condición de las que sigue. La vida divina es una serie de muertes sucesivas, donde el espíritu arroja sus imperfecciones y sus símbolos y cede a la atracción creciente del centro de gravitación inefable, del sol de la Inteligencia y del amor”. Habitualmente, Amiel sólo era un hegeliano muy Inteligente, un moralista superior. El día que escribió estas líneas inspiradas, fue profundamente teósofo, pues no se podría exponer, de un modo más profundo y luminoso, la esencia misma de la verdad esotérica.

Estos extractos bastan para demostrar que la ciencia y el espíritu moderno se preparan, sin saberlo y sin quererlo, a una reconstitución de la antigua teosofía con instrumentos más preciosos y sobre una base más sólida. Según la expresión de Lamartine, “la humanidad es un tejedor que trabaja hacia atrás en la trama del tiempo”. Día llegará en que pasando del otro lado del lienzo, contemplará el cuadro magnífico y grandioso, que ella misma había tejido durante siglos con sus propias manos sin ver otra cosa que el embrollo de los hilos entrecruzados. Aquel día saludará a la Providencia en sí misma manifestada. Entonces se confirmarán las palabras de un escritor hermético contemporáneo, y no parecerán demasiado audaces a los que han penetrado bastante profundamente en las tradiciones ocultas para sospechar sus maravillosa unidad: “La doctrina esotérica no es solamente una ciencia, una filosofía, una moral, una religión. Ella es la ciencia, la filosofía, la moral y la religión, de que todas las otras no son más que preparaciones o degeneraciones, expresiones parciales o falsedades, según que a ella se encaminan o de ella se desvían”. (*The perfect way of finding Christ, por Anna Kingsford y Maltland. Londres, 1882*).

Lejos de mí el vano pensamiento de haber dado de esta ciencia de las ciencias una demostración completa. Se precisaría, no menos que el edificio de las ciencias conocidas y desconocidas, reconstituidas en su cuadro

jerárquico y reorganizadas en el espíritu del esoterismo. Todos los que creo haber probado es que la doctrina de los Misterios está en las fuentes de nuestra civilización; que ella ha creado las grandes religiones, lo mismo arias que semíticas; que el cristianismo conduce al progreso del género humano por su reserva esotérica; que la ciencia moderna tiende a lo mismo providencialmente por el conjuro de su marcha, y que, en fin, ciencia y religión deben volverse a encontrar, como en su puerto de conjunción, en su síntesis.

Se puede decir que allí donde se halla un fragmento cualquiera de la doctrina esotérica, ésta existe virtualmente en su totalidad, puesto que cada una de sus partes presupone o engendra las otras. Los grandes sabios, los verdaderos profetas, todos la han poseído, y los del porvenir la poseerán como los del pasado. La luz puede ser más o menos intensa, pero siempre es la misma luz. La forma, los detalles, las aplicaciones, pueden variar hasta el Infinito; el fondo, es decir, los principios y el fin, nunca. En este libro se encontrará una especie de desarrollo gradual, de revelación sucesiva de la doctrina en sus diversas partes, y ello a través de todos los grandes iniciados, de los que cada uno representa una de las grandes religiones que han contribuido a la constitución de la humanidad actual; cuya serie marca la línea de evolución descrita por ella en el presente ciclo desde el antiguo Egipto y los primeros tiempos arios. Se la verá, pues, salir, no de una exposición abstracta y escolástica, sino del alma en fusión de esos grandes inspirados y de la acción viva de la historia. En esta serie, Rama no hace ver más que las proximidades del templo. Krishna y Hermes dan la clave. Moisés, Orfeo y Pitágoras, muestran el interior. Jesucristo representa el santuario.

Este libro ha salido, todo entero, de una sed ardiente por la verdad superior, total, eterna, sin la que las verdades parciales no son más que una ficción. Me comprenderán aquellos que tienen, como yo, la conciencia de que el momento presente de la historia, con sus riquezas materiales, no es más que un triste desierto desde el punto de vista del alma y de sus Inmortales aspiraciones. La hora es de las más graves y las consecuencias extremas del agnosticismo comienzan a hacerse sentir por la desorganización social. Se trata para nuestra Francia, como para Europa, de ser o de no ser. Se trata de asentar sobre sus bases indestructibles, las verdades centrales, orgánicas, o de desembocar definitivamente en el abismo del materialismo y de la anarquía.

La Religión y la Ciencia, estos guardianes supremos de la civilización, han perdido una y otra su don supremo, su magia, la de la grande y fuerte educación. Los templos de la India y del Egipto han producido los más grandes sabios de la tierra. Los templos griegos han moldeado héroes y poetas.

Los apóstoles de Cristo han sido mártires sublimes y han hecho brotar otros mil. La Iglesia de la Edad Media, a pesar de su teología primaria, ha hecho santos y caballeros porque creía, y por intervalos el espíritu de Cristo palpitaba en ella. Hoy, ni la Iglesia aprisionada en su dogma, ni la Ciencia encerrada en la materia, saben hacer hombres completos. El Arte de crear y de formar las almas se ha perdido, y no se volverá a encontrar hasta tanto que la Ciencia y la Religión, refundidas en una fuerza viva, se apliquen juntas y de común acuerdo al bien y la salvación de la humanidad. Para eso, la Ciencia no tiene que cambiar de método, sino extender su dominio; ni el cristianismo de tradición, sino de tratar de entender los orígenes, el espíritu y el alcance.

Ese tiempo de regeneración intelectual y de transformación social, llegará, de ello estamos seguros. Ya presagios ciertos lo anuncian. Cuando la Ciencia sepa, la Religión podrá, y el Hombre laborará con una nueva energía. El Arte de la vida y todas las Artes no pueden renacer más que por su mutuo acuerdo.

Pero, entretanto, ¿Qué hacer en estos tiempos que parecen el descenso en una sima sin fondo, con un crepúsculo amenazador, precisamente cuando su principio había parecido el ascenso hacia las libres cumbres, bajo una brillante aurora?. La fe, ha dicho un gran doctor, es el valor del espíritu que se lanza adelante, seguro de encontrar la verdad. Esa fe no es la enemiga de la Razón, sino su antorcha; es la de Cristóbal Colón y de Galileo, que desea la prueba y la objeción, *provando e ripovando*, y es la sola posible en el día.

Para los que la han perdido de un modo irrevocable, y son muchos - porque el ejemplo ha venido de arriba -, el camino es fácil y está completamente trazado; seguir la corriente del día, sufrir a su siglo en vez de luchar contra él, resignarse a la duda y a la negación, consolarse de todas las miserias humanas y de los próximos cataclismos con una sonrisa de desdén, y recubrir la nada profunda de las cosas - en que sólo se cree - con un velo brillante que se adorna con el hermoso nombre de ideal, pensando al mismo tiempo que éste no es más que una quimera útil.

En cuanto a nosotros, pobres seres perdidos, que creemos que el Ideal es la sola Realidad y la sola Verdad en medio de un mundo cambiante y fugitivo; que creemos en la sanción y el cumplimiento de sus promesas, en la historia de la humanidad como en la vida futura; que sabemos que esa sanción es necesaria; que ella es la recompensa de la fraternidad humana, como la razón del Universo y la lógica de Dios; - para nosotros, que tenemos esa convicción, sólo hay un partido, que debemos abrazar: afirmemos esa Verdad sin temor y tan alto como sea posible; echémonos por ella y con ella en la palestra de la

Edouard Schure – Los Grandes Iniciados I – Rama y Krishna

acción, y por encima de la batalla confusa, tratemos de penetrar por la meditación y la Iniciación individuales, en el Templo de las Ideas inmutables, para armarnos allí con los principios infrangibles.

Es lo que he tratado de hacer en este libro, esperando que otros me sigan y lo hagan mejor que yo.

LIBRO PRIMERO

RAMA

EL CICLO ARIO

Zoroastro preguntó a Ormuzd, el gran creador: ¿Quién es el primer hombre que habló contigo?.

Ormuzd respondió: Es el hermano Yima, el que estaba a la cabeza de los Valientes.

Yo le he dicho que vele sobre los mundos que me pertenecen y le di una espada de oro, una espada de victoria.

Y Yima avanzó por el camino del Sol y reunió los hombres valerosos en el célebre Airyana-Vaéja, oreado puro.

Zend Avesta (Vendidad-Sadé, 2º Fargard).

¡Oh, Agni!. ¡Fuego sagrado!. ¡Fuego purificador!. Tú que duermes en el leño y subes en llamas brillantes sobre el altar, tú eres el corazón del sacrificio, el vuelo osado de la plegaria, la chispa escondida en todas las cosas y el alma gloriosa del Sol.

Himno védico.

I LAS RAZAS HUMANAS Y LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

“*El Cielo es mi Padre*, él me ha engendrado. Tengo por familia todo este acompañamiento celeste. *Mi Madre es la gran Tierra*. La parte más alta de su superficie es su matriz; allí *el Padre fecunda el seno de aquélla, que es su esposa y su hija*”.

He ahí lo que cantaba, hace cuatro o cinco mil años, delante de un altar de tierra donde flameaba un fuego de hierbas secas, el poeta védico. Una adivinación profunda, una conciencia grandiosa respira en esas palabras extrañas. Ellas encierran el secreto del doble origen de la humanidad. Anterior y superior a la tierra es el tipo divino del hombre; celeste es el origen de su alma. Pero su cuerpo es el producto de los elementos terrestres fecundados por una esencia cósmica. Los besos de Uranos y de la gran Madre significan, en el lenguaje de los Misterios, las lluvias de almas o de mónadas espirituales, que vienen a fecundar los gérmenes terrestres: los principios organizadores, sin los que la materia sólo sería una masa inerte y difusa. La parte más alta de la superficie terrestre, que el poeta védico llama la matriz de la Tierra, designa los continentes y las montañas, cuna de las razas humanas. En cuanto al cielo, *Varuna*, el Urano de los griegos, representa el orden invisible, hiperfísico, eterno e intelectual, que abraza todo el Infinito del Espacio y del Tiempo.

En este capítulo sólo nos ocuparemos de los orígenes terrestres de la humanidad según las tradiciones esotéricas, confirmadas por la ciencia antropológica y etnológica de nuestros días.

Las cuatro razas que comparten actualmente el Globo son hijas de tierras y zonas distintas. Por creaciones sucesivas, lentas elaboraciones de la tierra en su crisol, los continentes han emergido de los mares a intervalos de tiempo considerables, que los sacerdotes antiguos de la India llamaban ciclos antediluvianos. A través de millares de años, cada continente ha engendrado su flora y su fauna, coronada por una raza humana de color diferente.

El continente austral, tragado por el último gran diluvio, fue la cuna de la raza roja primitiva, de la que los Indios de América no son más que los restos, derivados de los trogloditas que se salvaron en los picos de los montes,

cuando el continente se hundió. El África es la madre de la raza negra llamada etiópica por los griegos. El Asia ha elaborado la raza amarilla que se conserva en China. La última en nacer, la raza blanca, salió de los bosques de Europa, entre las tempestades del Atlántico y las brisas del Mediterráneo. Todas las variedades humanas resultan de las mezclas, de las combinaciones, de generaciones o selecciones de esas cuatro grandes razas. En los ciclos anteriores, la roja y la negra han reinado sucesivamente por medio de potentes civilizaciones que han dejado huellas en las construcciones ciclópeas y en la arquitectura de México. Los templos de la India y Egipto tenían acerca de esas civilizaciones desvanecidas, cifras y tradiciones escasas. En nuestro ciclo la raza blanca domina, y si se mide la antigüedad probable del Egipto y la India, se hará remontar su preponderancia a siete u ocho mil años. *(Esa división de la humanidad en cuatro razas sucesivas y originarias, era admitida por los más antiguos sacerdotes de Egipto. Ellas están representadas por cuatro figuras de tipos y tez diferentes en las pinturas de la tumba de Setis I en Tebas. La raza roja lleva el nombre de Rot; la raza asiática, de piel amarilla, el de Aruc; la africana o negra, el de Halasiu; la líbico-europea o blanca, de cabellos rubios, es de Tamahu. - Lenormant, Histoire des peuples d'Orient, c. I.)*

Según las tradiciones brahmánicas, la civilización ha comenzado sobre la tierra hace cincuenta mil años, con la raza roja, sobre el continente austral, cuando Europa entera y parte del Asia estaban aún bajo el agua. Esas mitologías hablan también de una raza de gigantes anterior. Se han encontrado en ciertas cavernas del Thibet, osamentas humanas gigantescas, cuya conformación semeja más al mono que al hombre. Ellas se relacionan con una humanidad primitiva, intermedia, aun vecina de la animalidad, que no poseía ni lenguaje articulado, ni organización social, ni religión. Porque estas tres cosas brotan siempre a la par: y ese es el sentido de aquella notable tríada bárdica que dice: “Tres cosas son primitivamente contemporáneas: Dios, la luz y la libertad”. Con el primer balbuceo de la palabra nació la sociedad y la sospecha vaga de un orden divino. Es el soplo de Jehovah en la boca de Adán, el verbo de Hermes, la ley del primer Manú, el fuego de Prometeo. Un Dios palpita en la fauna humana. La raza roja, ya lo hemos dicho, ocupaba el continente astral, hoy sumergido, llamado Atlántida por Platón, según las tradiciones egipcias. Un gran cataclismo le destruyó en parte y dispersó sus restos. Varias razas polinésicas, al igual que los Indios de la América del Norte y los Aztecas que Hernán Cortés encontró en México, son los supervivientes de la antigua raza roja, cuya civilización, perdida para siempre, tuvo sus días de

gloria y de esplendor materiales. Todos esos pobres retrasados llevan en sus almas la incurable melancolía de las viejas razas que mueren sin esperanza.

Después de la raza roja, la raza negra dominó sobre el globo. Hay que buscar su tipo superior, no en el negro degenerado, sino en el abisinio y el nubio, en quienes se conserva el molde de esta raza llegada a su apogeo. Los negros invadieron el sur de Europa en tiempos prehistóricos y fueron rechazados por los blancos. Su recuerdo se ha borrado completamente de nuestras tradiciones populares. Sin embargo, han dejado dos huellas indelebiles: horror al dragón que fue el emblema de sus reyes y la idea de que el diablo es negro. Los negros devolvieron el insulto a la raza rival haciendo blanco a su diablo. En los tiempos de su soberanía, los negros tuvieron centros religiosos en el Alto Egipto y la Judea. Sus ciudades ciclópeas coronaban las montañas del Cáucaso, de África y del Asia central. Su organización social consistía en una teocracia absoluta. En la cima, sacerdotes temidos como dioses; abajo, tribus revoltosas, sin familia reconocida, las mujeres esclavas. Esos sacerdotes tenían conocimientos profundos, el principio de la unidad divina del universo y el culto de los astros que, bajo el nombre de sabeísmo, se infiltró entre los pueblos blancos. (*Véanse los historiadores árabes, así como Abul-Ghari, historia genealógica de los Tártaros, y Mohammed-Mosen, historiador de los Persas. William Jones, Asiatic Research, L Discours sur les Tartares et les Penans*).

Pero entre la ciencia de los sacerdotes negros y el fetichismo grosero de las masas no había punto intermedio, arte idealista, mitología sugestiva. Por lo demás, una industria ya sabia, el arte de manejar piedras colosales y de fundir los metales en hornos inmensos en que se hacía trabajar a los prisioneros de guerra. En esta raza poderosa por la resistencia física, la energía pasional y la capacidad de asimilación, la religión fue, pues, el reino de la fuerza por el terror. La Naturaleza y Dios no aparecieron casi a la conciencia de esos pueblos-niños más que bajo la forma del dragón, del terrible animal antediluviano que los reyes hacían pintar en sus banderas y los sacerdotes esculpían en la puerta de sus templos.

Si el sol de África ha incubado la raza negra, se diría que los hielos del polo ártico han visto la floescencia de la raza blanca. Son los Hiperbóreos de que habla la mitología griega. Esos hombres de cabellos rojos, de ojos azules, vinieron del Norte a través de las selvas, iluminadas por auroras boreales, acompañados por perros y renos, mandados por jefes temerarios y animados, empujados por mujeres videntes. Cabellos de oro y ojos de azul: colores predestinados. Esa raza debía inventar el culto del sol y del fuego sagrado y

traer al mundo la nostalgia del cielo. Tan pronto ella se rebela contra éste hasta quererle escalar, como se prosternará ante sus esplendores en una adoración absoluta.

Como las otras, la raza blanca tuvo que libertarse del estado salvaje antes de adquirir conciencia de sí misma. Tiene ella por signos distintivos el gusto de la libertad individual, la sensibilidad reflexiva que crea el poder de la simpatía, y el predominio del intelecto, que da a la imaginación un sello idealista y simbólico. La sensibilidad anímica trajo la afección, la preferencia del hombre por una mujer; de ahí la tendencia de esta raza a la monogamia, el principio conyugal y la familia. La precisión de libertad, unida a la sociabilidad, creó el clan con su principio electivo. La imaginación ideal creó el culto de los antepasados, que forma la raíz y el centro de la religión de los pueblos blancos. El principio social y político, se manifiesta el día que un cierto número de hombres semisalvajes, ante el ataque de enemigos, se reúnen instintivamente y eligen al más fuerte y más inteligente entre ellos, para defenderles y mandarles: aquel día la sociedad nació. El jefe es un rey en germen; sus compañeros, nobles futuros; los viejos deliberantes, pero incapaces de andar, de la fatiga, forman ya una especie de Senado o asamblea de ancianos. Pero ¿Cómo nació la religión?. Se ha dicho que era el temor del hombre primitivo ante la Naturaleza. Pero el temor nada de común tiene con el respeto y el amor: aquél no liga el hecho a la idea, lo visible a lo invisible, el hombre a Dios. Mientras que el hombre sólo tembló ante la Naturaleza, no fue aún un hombre. Lo fue sólo el día que asió el lazo que le relacionaba al pasado y al porvenir, a algo de superior y bienhechor, y donde él adoró esa misteriosa incógnita. Pero ¿cómo adoró él por vez primera?.

Fabre d'Olivet lanza una hipótesis eminentemente genial y sugestiva sobre el modo de establecer el culto a los antepasados en la raza blanca. (*Histoire philosophique du genre humain, tomo I*). En un clan belicoso, dos guerreros rivales se querellan. Furiosos, van a matarse, ya han llegado a las manos. En ese momento, una mujer con el cabello en desorden se interpone entre los dos y los separa. Es la hermana de uno y la mujer del otro. Sus ojos arrojan llamas, su voz tiene el acento del mando. Ella dice en frases entrecortadas, incisivas, que ha visto en la selva al Antepasado de la raza, el guerrero victorioso de tiempos remotos, el heroll que se le ha aparecido. Él no quiere que dos guerreros hermanos luchen, sino que se unan contra el enemigo común. "Es la sombra del gran Abuelo, el heroll me lo ha dicho, clama la mujer exaltada; ¡Él me ha hablado!. ¡Le he visto!" Lo que ella dice,

lo cree. Convencida, convence. Emocionados, admirados y como abrumados por una fuerza invencible, los adversarios reconciliados se dan la mano y miran a esa mujer inspirada como una especie de divinidad.

Inspiraciones tales, seguidas de bruscas reacciones, debieron producirse en gran número y bajo formas muy diferentes en la vida prehistórica de la raza blanca. En los pueblos bárbaros, la mujer es quien, por su sensibilidad nerviosa, presiente antes lo oculto, afirma lo invisible. Que se considere ahora cuáles serían las consecuencias inesperadas y prodigiosas de un acontecimiento semejante al que hemos relatado. En el clan, en la tribu, todos hablan del hecho maravilloso. La encina, donde la mujer inspirada ha visto la aparición, se convierte en árbol sagrado. Se la conduce allá de nuevo; y, bajo la influencia magnética de la luna, que la coloca en un estado visionario, continúa profetizando en nombre del gran Abuelo. Pronto esta mujer y otras semejantes, de pie sobre las rocas, en medio de los claros del bosque, al ruido del viento y del océano, evocarán las almas diáfanas de los antepasados ante las multitudes palpitantes, que las verán, o creerán verlas, atraídas por mágicos encantos en las brumas flotantes de las transparencias lunares. El último de los grandes celtas, Ossián, evocará a Fingal y sus compañeros en las nubes compactas. Así, en el origen mismo de la vida social, el culto de los antepasados se establece en la raza blanca. El gran antepasado llega a ser el Dios de la tribu. He ahí el comienzo de la religión.

Pero eso no es todo. Alrededor de la profetisa se agrupan ancianos que la observan en sus sueños lúcidos, en sus éxtasis proféticos. Ellos estudian sus estados diversos, finalizan sus revelaciones, interpretan sus oráculos. Notan ellos que cuando profetiza en el estado visionario, su cara se transfigura, su palabra se vuelve rítmica y su voz elevada profiere sus oráculos cantando una melodía grave y significativa. *(Todos los que han visto una verdadera sonámbula, han quedado admirados de la singular exaltación intelectual que se produce en su sueño lúcido. Para aquellos que no han sido testigos de tales fenómenos y que duden de ellos, citaremos un pasaje del célebre David Strauss, que no puede ser sospechoso de superstición. El vio en casa de su amigo el doctor Justinus Kerner a la célebre “vidente de Prévorst” y la describe así: “Poco después, la visionaria cayó en un sueño magnético. Contemplé por vez primera el espectáculo de ese estado maravilloso, y, puedo decirlo, en su más pura y bella manifestación. Era una cara con expresión de sufrimiento, pero elevada y tierna como inundada de un rayo celeste: una palabra pura, solemne, musical, una espede de recitado”;* una abundancia de sentimientos que

desbordaban y que se hubieran podido comparar a bandas de nubes, tan pronto luminosas como sombrías, resbalando sobre su alma, o también a brisas melancólicas y serenas impregnadas en las cuerdas de una maravillosa arpa eoliana. (Trad. R. Lindau. Biographie générale: art. Kerner).

De ahí el verso, la estrofa, la poesía y la música, cuyo origen pasa por divino en todos los pueblos de raza aria. La idea de la revelación no podía producirse más que a propósito de hechos de este orden. Al mismo tiempo vemos brotar la religión y el culto, los sacerdotes y la poesía.

En Asia, en el Irán y en la India, donde los pueblos de raza blanca fundaron las primeras civilizaciones arias, mezclándose a pueblos de color diferente, los hombres adquirieron pronto supremacía sobre las mujeres en cuestiones de inspiración religiosa. Allí no oímos hablar más que de sabios, de rishis, de profetas. La mujer rechazada, sometida, ya no es sacerdotisa más que del hogar. Pero en Europa la huella del papel preponderante de la mujer se encuentra en los pueblos de igual origen, que fueron bárbaros durante millares de años. Aparece en la Pitonisa escandinava, en la Voluspa del Edda, en las druidas célticas, en las mujeres adivinatoras que acompañan a los ejércitos germanos y decidían sobre el día de las batallas, (*Véase la última batalla entre Ariovisto y Cesar en los Comentarios de éste*) y hasta en las Bacantes tracias que sobrenadan en la leyenda de Orfeo. La Vidente prehistórica se continúa con la Pythia de Delfos.

Las profetisas primitivas de la raza blanca se organizaron en colegios de druidesas, bajo la vigilancia de los ancianos instruidos o druidas, los hombres de la encina. Ellas fueron al principio bienhechoras. Por su intuición, su adivinación, su entusiasmo, dieron un vuelo inmenso a la raza que estaba sólo en el comienzo de su lucha, varias veces secular, contra los negros. Pero la corrupción rápida y los enormes abusos de esta institución eran inevitables. Sintiendo dueñas de los destinos de los pueblos, las druidesas quisieron dominarlos a toda costa. Faltándoles la inspiración, quisieron dominar por el terror. Exigieron los sacrificios humanos e hicieron de ellos un elemento esencial de su culto. Los instintos heroicos de su raza los favorecían. Los Blancos eran valientes; sus guerreros despreciaban la muerte; a la primera llamada venían voluntariamente y por bravata a colocarse bajo el cuchillo de las sanguinarias sacerdotisas. Por medio de hecatombes humanas se lanzaban los vivos hacia los muertos como mensajeros, y se creía obtener así los favores de los antepasados. Esa amenaza perpetua, colocada sobre la cabeza de los primeros jefes por boca de las profetisas y de los druidas, se volvió entre sus manos un formidable instrumento de dominio.

Primer ejemplo de la perversión que sufren fatalmente los más nobles instintos de la naturaleza humana, cuando no son dirigidos por una sabia autoridad, encaminados al bien por una conciencia superior. Dejada al azar de la ambición y la pasión personal, la inspiración degenera en superstición, el valor en ferocidad, la idea sublime del sacrificio en instrumento de tiranía, en explotación páfida y cruel.

Pero la raza blanca estaba aún en su infancia violenta y loca. Apasionada en la esfera anímica, debía atravesar otras muchas y sangrientas crisis. Acababa de ser despertada por los ataques de la raza negra, que comenzaba a invadir el sur de Europa. Lucha desigual al principio. Los Blancos medio salvajes, salidos de sus bosques y habitaciones lacustres, no tenían otro recurso que sus arcos, sus lanzas y sus flechas con puntas de piedra. Los Negros tenían armas de hierro, armaduras de bronce, todos los recursos de una civilización industriosa y sus ciudades ciclópeas. Aplastados en el primer choque, los Blancos llevados cautivos empezaron a ser en masa esclavos de los Negros, que les forzaron a trabajar la piedra y a llevar el mineral a sus hornos. Pero algunos cautivos escapados llevaron a su patria los usos, las artes y fragmentos de ciencia de sus vencedores. Aprendieron ellos de los Negros dos cosas capitales: la fundición de los metales y la escritura sagrada, es decir, el arte de fijar ciertas ideas por medio de signos misteriosos y jeroglíficos sobre pieles de animales, sobre piedra o corteza de fresnos; de ahí las runas de los celtas. El metal fundido y forjado era el instrumento de la fuerza; la escritura sagrada fue el origen de la ciencia y de la tradición religiosa. La lucha entre la raza blanca y la raza negra osciló durante siglos desde los Pirineos al Cáucaso y desde el Cáucaso al Himalaya. La salvación de los Blancos se debió a sus selvas, donde, como las fieras, podían esconderse para salir de nuevo en el momento oportuno. Enardecidos, aguerridos, mejor armados de siglo en siglo, los arrojaron de las costas de Europa e invadieron a su vez todo el norte de África y el centro de Asia, ocupada por tribus diversas.

La mezcla de las dos razas se operó de dos modos distintos, por colonización pacífica o por conquista belicosa. Fabre d'Olivet, ese maravilloso vidente del pasado prehistórico de la humanidad, parte de esa idea para emitir una visión luminosa sobre el origen de los pueblos llamados semíticos y de los pueblos arios. Allí donde los colonos blancos se habían sometido a los pueblos negros aceptando su dominación y recibiendo de sus sacerdotes la iniciación religiosa, allí se formaron los pueblos semíticos, como los Egipcios anteriores a Menes, los Árabes, los Fenicios, los Caldeos y los Judíos. Las

civilizaciones arias, al contrario, se formaron allí donde los Blancos habían reinado sobre los Negros por la guerra o la conquista, como los Iranios, los Hindúes, los Griegos, los Etruscos. Agreguemos a esto que bajo la denominación de pueblos arios comprendemos también a todos los pueblos blancos que habían quedado en estado salvaje y nómada en la antigüedad, tales como los Escitas, los Getas, los Sármatas, los Celtas y más tarde los Germanos. Por este medio pudiera explicarse la diversidad fundamental de las religiones y también de la escritura en esas dos grandes categorías de naciones. Entre los Semitas, donde la intelectualidad de la raza negra dominó al principio, se nota, sobre la idolatría popular, una tendencia al monoteísmo, el principio de la unidad del Dios oculto, absoluto y sin forma que fue uno de los dogmas esenciales de los sacerdotes de la raza negra y de su iniciación secreta. Entre los Blancos vencedores, o conservadores puros, se nota, al contrario, la tendencia al (politeísmo, a la mitología, a la personificación de la divinidad, que proviene de su amor a la Naturaleza y de su culto apasionado por los antepasados.

La diferencia principal entre la manera de escribir de los Semitas y los Arios, se explicará por la misma causa. ¿Por qué todos los pueblos semitas escriben de derecha a izquierda, y los arios de izquierda a derecha?. La razón que de ello da Fabre d'Olivet es tan curiosa como original, y evoca ante nuestros ojos una verdadera visión de ese pasado perdido.

Todo el mundo sabe que en los tiempos prehistóricos no había escritura vulgar. El uso de ella no se generalizó hasta la escritura fonética o arte de figurar por letras el sonido mismo de las palabras. Pero la escritura jeroglífica, o arte de representar las cosas por signos cualesquiera, es tan vieja como la civilización humana. Y siempre en esos tiempos primitivos, fue el privilegio del sacerdocio, como función religiosa y primitivamente como inspiración divina. Cuando en el hemisferio austral, los sacerdotes de la raza negra o meridional trazaban sobre pieles de animales o sobre tablas de piedra sus signos misteriosos, tenían por costumbre volverse hacia el polo sur; su mano se dirigía hacia el Oriente, fuente de luz. Escribían, pues, de derecha a izquierda. Los sacerdotes de la raza blanca o Septentrional aprendieron la escritura de los Negros y comenzaron por escribir como ellos. Pero cuando el sentimiento de su origen se hubo desarrollado con la conciencia nacional y el orgullo de la raza, inventaron signos propios y en lugar de volverse hacia el Sur, hacia el país de los Negros, dieron cara al Norte, el país de los Antepasados, continuando la escritura hacia Oriente. Sus caracteres corren, pues, de izquierda a derecha. De ahí la dirección de las runas célticas, del zend, del sánscrito, del griego, del

latín y de todas las escrituras de las razas arias. Ellas corren hacia el Sol, fuente de la vida terrestre; pero miran al Norte, patria de los antepasados y fuente misteriosa de las auroras celestes.

La corriente semita y la corriente aria: he ahí los dos ríos por donde nos han llegado todas nuestras ideas, mitologías y religiones, artes, ciencias y filosofías. Cada una de estas corrientes lleva consigo una concepción opuesta de la vida, cuya reconciliación y equilibrio sería la verdad misma. La corriente semítica contiene los principios absolutos y superiores: la idea de la unidad y de la universalidad en nombre de un principio supremo que conduce, en su aplicación, a la unificación de la familia humana. La corriente aria contiene la idea de la evolución ascendente en todos los reinos terrestres y supraterrrestres, y conduce, en su aplicación, a la diversidad infinita de los desarrollos, en nombre de la riqueza de la Naturaleza y de las aspiraciones múltiples del alma. El genio semita desciende de Dios al hombre; el genio ario sube del hombre a Dios. El uno se representa por el arcángel justiciero, que desciende sobre la tierra armado de la espada y del rayo; el otro por Prometeo, quien tiene en la mano el fuego robado del cielo y mide el Olimpo con la mirada para transferirlo luego a la tierra.

Nosotros llevamos esos dos genios en nuestro interior. Pensamos y obramos por turno bajo el imperio de uno u otro. Pero están entretreídos, no fundidos en nuestra intelectualidad. Ellos se contradicen y se combaten en nuestros íntimos sentimientos y en nuestros pensamientos sutiles, como en nuestra vida social y en nuestras instituciones. Ocultos bajo formas múltiples, que se podrían resumir bajo los nombres genéricos de espiritualismo y naturalismo, dominan nuestras discusiones y nuestras luchas. Irreconciliables e invencibles los dos, ¿quién los unirá?. Y sin embargo, el avance, la salvación de la humanidad dependen de su conciliación y de su síntesis. Por tal razón, en este libro quisiéramos remontarnos hasta la fuente de las dos corrientes, al nacimiento de los dos genios. Sobre las luchas históricas, las guerras religiosas, las contradicciones de los textos sagrados, pasaremos al interior de la conciencia misma de los fundadores y de los profetas que dieron a las religiones su movimiento inicial. Ellos tuvieron la intención profunda y la inspiración de lo alto, la luz viva que da la acción fecunda. Sí, la síntesis preexistía en ellos. El rayo divino palideció y se oscureció entre sus sucesores; pero reaparece, brilla, cada vez que desde un punto cualquiera de la historia un profeta, un héroe o un vidente remonta a su foco. Porque sólo desde el punto de partida se divisa el objetivo. Desde el Sol radiante, el curso de los planetas.

Tal es la revelación en la historia, continua, graduada, multiforme como la Naturaleza; pero idéntica en su manantial, una como la verdad, inmutable como Dios.

Remontando el curso de la corriente semita, llegamos por Moisés a Egipto, cuyos templos poseían, según Manetón, una tradición de 30.000 años. Remontando el curso de la corriente aria, llegamos a la India, donde se desarrolló la primera grande civilización resultante de una conquista de la raza blanca. La India y Egipto fueron dos madres de religiones. Los dos países tuvieron el secreto de la gran iniciación. Entraremos en sus santuarios.

Pero sus tradiciones nos hacen remontar más alto aun, a una época anterior, donde los dos genios opuestos de que hemos hablado nos aparecen unidos en una inocencia primera y en una armonía maravillosa. Es la época aria primitiva. Gracias a los admirables trabajos de la ciencia moderna, gracias a la filología, a la mitología, a la etnología comparada, hoy nos es permitido entrever esa época. Ella se dibuja a través de los himnos védicos, que no son, sin embargo, más que su reflejo, con una sencillez patriarcal y una grandiosa fuerza de líneas, Edad viril y grave que se parece a la edad de oro que soñaron los poetas. El dolor y la lucha existen sin embargo; pero hay en los hombres una confianza, una fuerza, una serenidad, que la humanidad no ha vuelto jamás a encontrar.

En la India el pensamiento se hará profundo, los sentimientos se afinarán. En Grecia las pasiones y las ideas se cubrirán con el prestigio del arte y el vestido mágico de la belleza. Pero ninguna poesía sobrepasa a ciertos himnos védicos en elevación moral, en alteza y amplitud intelectual. Hay allí el sentimiento de lo divino en la Naturaleza, de lo invisible que la rodea y de la grande unidad que penetra el todo.

¿Cómo nació civilización semejante?. ¿Cómo se desarrolló tan alta intelectualidad en medio de guerras de raza y de la lucha contra la Naturaleza?. Aquí se detienen las investigaciones y las conjeturas de la ciencia contemporánea. Pero las tradiciones religiosas de los pueblos, interpretadas en su sentido esotérico, van más lejos y nos permiten adivinar que la primera concentración del núcleo ario en el Irán se hizo por una especie de selección operada en el seno mismo de la raza blanca, bajo la égida de un conquistador y legislador, que dio a su pueblo una religión y una ley conformes con el genio de la raza.

En efecto, el libro sagrado de los Persas, el Zend-Avesta, habla de ese antiguo legislador bajo el nombre de Yima, y Zoroastro, al fundar una

religión nueva, apela a ese predecesor como al primer hombre a quien habló Ormuzd, el Dios vivo, como Jesucristo apeló a Moisés. — El poeta persa Firdousi llama a ese mismo legislador Djem, el conquistador de los Negros —. En la epopeya india, en el Rámáyana, él aparece con el nombre de Rama, vestido de rey indio, rodeado de los esplendores de una civilización avanzada; pero conserva sus dos caracteres distintos de conquistador, renovador e iniciado. — En las tradiciones egipcias la época de Rama es designada por el reino de Osiris, el señor de la luz, que precede al reino de Isis, la reina de los misterios —. En Grecia, en fin, el antiguo héroe semidiós era honrado bajo el nombre de Dionisos, que viene del sánscrito Deva Nahousha, el divino renovador. Orfeo dio ese nombre a la Inteligencia divina y el poeta Nonnus cantó la conquista de la India por Dionisos, según se contiene en las tradiciones de Eleusis.

Como los radios de un mismo círculo, todas esas tradiciones designan un centro común. Siguiendo su dirección, se puede llegar a él. Entonces por encima de los Vedas, sobre el Irán de Zoroastro, en el alba crepuscular de la raza blanca se ve salir de los bosques de la antigua Escitia al primer creador de la religión aria, ceñido con su doble tiara de conquistador y de iniciado, llevando en su mano el fuego místico, el fuego sagrado que iluminará a todas las razas.

A Fabre d'Olivet pertenece el honor de haber encontrado ese personaje (*Histoire philosophique du genre humain, tomo I*) y de trazar la vía luminosa que a él conduce; siguiéndola, trataré a mi vez, de evocarle.

II LA MISIÓN DE RAMA

Cuatro o cinco mil años antes de nuestra era, espesas selvas cubrían aún la antigua Escitia, que se extendía desde el Océano Atlántico a los mares polares. Los Negros habían llamado a ese continente, que habían visto nacer isla por isla: “la tierra emergida de las olas”. ¡Cuánto contrastaba con su suelo blanco, quemado por el Sol, esta Europa de verdes costas, bahías húmedas y profundas, con sus ríos de ensueño, sus sombríos lagos y sus brumas adheridas a los flancos de las montañas!. En las praderas y llanuras herbosas, sin cultivo, vastas como las pampas, no se oía otra cosa que el grito de las fieras, el mugido de los búfalos y el galope indómito de las grandes manadas de caballos salvajes, pasando veloces con la crin al viento. El hombre blanco que habitaba en esas selvas, no era ya el hombre de las cavernas; podía ya llamarse dueño de su tierra. Había inventado los cuchillos y hachas de sílex, el arco y la flecha, la honda y el lazo. En fin, había encontrado compañeros de lucha, dos amigos excelentes, incomparables y abnegados, hasta la muerte: el perro y el caballo. El perro doméstico, convertido en guardián fiel de su casa de madera, le había dado seguridad en el hogar. Domando al caballo, había conquistado la tierra, sometido a los otros animales; había llegado a ser el rey del espacio. Montados sobre caballos salvajes, estos hombres rojos recorrían la comarca como una tromba. Herían al oso, al lobo, al auroch, aterrorizaban a la pantera y al león, que entonces habitaban en nuestros bosques.

La civilización había comenzado; la familia rudimentaria, el clan, la tribu existían. En todas partes los Escitas, hijos de los Hiperbóreos, elevaban a sus antepasados menhires monstruosos.

Cuando un jefe moría, se enterraban con él sus armas y caballo, a fin, decían, de que el guerrero pudiese cabalgar sobre las nubes y expulsar al dragón de fuego en el otro mundo. De ahí la costumbre del sacrificio del caballo que juega un papel tan preponderante en los Vedas y en los Escandinavos. La religión comenzaba así por el culto a los antepasados.

Los Semitas encontraron al Dios único — el Espíritu Universal —, en el desierto, en la cumbre de las montañas, en la inmensidad de los espacios estelares. Los Escitas y los Celtas encontraron los Dioses, los espíritus múltiples, en el fondo de sus bosques. Allí oyeron voces, allí tuvieron los

primeros escalofríos de lo Invisible, las visiones del más allá. Por esta razón el bosque encantado o terrible ha quedado como algo querido de la raza blanca. Atraída por la música de las hojas y la magia lunar, ella vuelve allí siempre en el curso de las edades, como a su fuente de Juvencia, al templo de la gran madre Herta. Allí duermen sus dioses, sus amores, sus misterios perdidos.

Desde los tiempos más remotos, mujeres visionarias profetizaban bajo los árboles. Cada tribu tenía su gran profetisa, como la Voluspa de los Escandinavos con su colegio de druidesas. Pero estas mujeres, al principio noblemente inspiradas, habían llegado a ser ambiciosas y crueles. Las buenas profetisas se convirtieron en malas magas. Ellas instituyeron los sacrificios humanos, y la sangre, de los herolls corría sin cesar sobre los dólmenes, al son siniestro de los cánticos de los sacerdotes, ante las aclamaciones de los Escitas feroces.

Entre esos sacerdotes se encontraba un joven en la flor de la edad, llamado Ram, que se destinaba al sacerdocio, pero cuya alma recogida y espíritu profundo se revelaban contra ese culto sanguinario. El joven druida era dulce y grave. Había mostrado desde edad temprana una aptitud singular en el conocimiento de las plantas, de sus virtudes maravillosas, de sus jugos destilados y preparados, no menos que para el estudio de los astros y de sus influencias. Parecía adivinar, ver las cosas lejanas. De ahí su autoridad precoz sobre los viejos druidas. Una grandeza benévola emanaba de sus palabras, de su ser. Su sabiduría contrastaba con la locura de las druidesas, las inspiradoras de maldiciones, que proferían sus oráculos nefastos en las convulsiones del delirio. Los druidas le habían llamado “el que sabe”; el pueblo le nombraba “el inspirado de la paz”.

Ram, que aspiraba a la ciencia divina, había viajado por toda la Escitia y por los países del Sur. Seducidos por su sabiduría personal y su modestia, los sacerdotes de los Negros le habían hecho copartícipe de sus conocimientos secretos. Vuelto al país del Norte, Ram se aterrorizó al ver los sacrificios humanos cada vez más frecuentes entre los suyos. Él vio en esto la pérdida de su raza. Pero ¿Cómo combatir esa costumbre propagada por el orgullo de las druidesas, por la ambición de los druidas y la superstición del pueblo?. Entonces otra plaga cayó sobre los Blancos, y Ram creyó ver en ella un castigo celeste del culto sacrilego. De sus incursiones a los países del Sur y de su contacto con los Negros, los Blancos habían contraído una horrible enfermedad, una especie de peste, que corrompía al hombre por la sangre, por las fuentes de la vida. El cuerpo entero se cubría de

manchas negras, el aliento se volvía fétido, los miembros hinchados y corroídos por úlceras se deformaban, y el enfermo espiraba entre horribles sufrimientos. El aliento de los vivos y el hedor de los muertos propagaban el azote. Los Blancos consternados caían y agonizaban por millares en sus selvas, abandonados hasta por las aves de rapiña. Ram, afligido, buscaba en vano un medio de salvación.

Tenía él la costumbre de meditar bajo una encina en un claro del bosque. Una noche que había meditado largo tiempo sobre los males de su raza, se durmió al pie del árbol. En su sueño le pareció que una voz fuerte pronunciaba su nombre y creyó despertar. Entonces, vio ante él un hombre de majestuosa estatura, vestido como él mismo lo estaba, con el ropaje blanco de los druidas. Llevaba una varita alrededor de la cual se enroscaba una serpiente. Ram, admirado, iba a preguntar al desconocido lo que aquello quería decir. Pero éste cogiéndole de la mano le hizo levantar y le mostró sobre el árbol mismo, al pie del que estaba acostado, una hermosa rama de muérdago. — “¡Oh Ram!, le dijo, el remedio que tú buscas, aquí lo tienes”. Y sacando de su seno un podón de oro, cortó con él la rama y se la dio. Después murmuró algunas palabras acerca del modo de preparar el muérdago y desapareció.

Entonces Ram se despertó por completo y se sintió muy confortado. Una voz interna le decía que había encontrado la salvación. No dejó de preparar el muérdago según los consejos de su divino amigo el de la hoz de oro. Hizo beber el brebaje a un enfermo en un licor fermentado, y el enfermo curó. Las curas maravillosas que operó así, hicieron a Ram célebre en toda la Escitia. De todas partes se le llamaba para curar. Consultado por los druidas de su tribu, les dio cuenta de su descubrimiento, agregando que éste debía ser un secreto de la casta sacerdotal para afirmar su autoridad. Los discípulos de Ram, viajando por toda la Escitia con ramas de muérdago, fueron considerados como mensajeros divinos y su maestro como un semidiós.

Ese acontecimiento fue el origen de un culto nuevo. Desde entonces el muérdago se consideró como una planta sagrada. Ram consagró su memoria, instituyendo la fiesta de Navidad o de la nueva salvación, que colocó al comienzo del año y que llamó la Noche-Madre (del nuevo Sol), o la grande ' renovación. En cuanto al Ser misterioso que Ram había visto en sueños y que había mostrado el muérdago, se le llamó en la tradición esotérica de los Blancos europeos, Aesc-hely-hopá, lo que significa: “la esperanza de la salvación está en el bosque”. Los Griegos hicieron de él su Esculapio, el genio de la medicina, que tiene la varita mágica bajo forma de caduceo.

Pero Rama, el “inspirado de la paz”, tenía más vastas miras. Quería curar a su pueblo de una plaga moral, más nefasta que la peste. Elegido jefe de los sacerdotes de su pueblo, dio la orden a todos los druidas varones y hembras de dar fin a los sacrificios humanos. Esta noticia corrió hasta el Océano, saludada como un fuego regocijante por unos, como un sacrilegio atentatorio por otros. Las druidesas, amenazadas con su poder, lanzaron sus maldiciones contra el audaz, fulminaron contra él sentencias de muerte. Muchos druidas, que veían en los sacrificios humanos el solo medio de reinar, se pusieron de su parte. Ram, exaltado por un gran partido, fue execrado por el otro. Pero lejos de retroceder ante la lucha, la acentuó enarbolando un nuevo símbolo.

Cada pueblo blanco tenía entonces su signo de reconocimiento y unión bajo la forma de un animal que simbolizaba sus cualidades preferidas. Entre los jefes, los unos clavaban grullas, águilas o buitres, otros cabezas de jabalí o de búfalo, sobre la cima de sus palacios de madera; origen primero del blasón. Pero el estandarte preferido por los Escitas era el Toro, que llamaban Thor, el signo de la fuerza brutal y de la violencia. Al Toro, Ram opuso el Carnero, el jefe valiente y pacífico del rebaño, e hizo de él signo de unión de todos sus partidarios. Este estandarte, enarbolado en el centro de la Escitia, fue como el principio de un tumulto general y de una verdadera revolución en los espíritus. Los pueblos blancos se dividieron en dos campos. El alma misma de la raza blanca se separaba en dos para desagregarse de la animalidad rugiente y subir el escalón primero del santuario invisible, que conduce a la humanidad divina. “¡Muera el Carnero!”, gritaban los partidarios de Thor. “¡Guerra al Toro!”, gritaban los amigos de Ram. Una guerra formidable era inminente.

Ante tal eventualidad, Ram vaciló. Desencadenar esta guerra, ¿No sería empeorar el mal y obligar a su raza a destruirse por sí misma?. Entonces tuvo un nuevo sueño.

El cielo tempestuoso estaba cargado de nubes sombrías que cabalgaban sobre las montañas y rebasaban en su vuelo las cimas agitadas de las selvas. En pie, sobre una roca, una mujer con el pelo en desorden se preparaba a herir a un soberbio guerrero, atado ante ella. “¡En nombre de los antepasados deten tu brazo!”, gritó Ram lanzándose sobre la mujer. La druidesa, amenazando al adversario, le lanzó una mirada aguda como la hoja de un puñal. Pero el trueno retumbó en los espesos nubarrones, y en un relámpago, una figura radiante apareció. La selva se iluminó, la druidesa cayó como herida por el rayo, y habiéndose roto los lazos del cautivo, éste miró al gigante luminoso con un gesto de desafío. Ram no temblaba, pues en los rasgos de la aparición

reconoció al ser divino, que ya le había hablado bajo la encina. Esta vez le pareció más hermoso, pues todo su cuerpo resplandecía de luz, y Ram vio que se encontraba ante un templo abierto, de ancha columnata. En el lugar de la piedra del sacrificio se elevaba un altar. Al lado estaba el guerrero cuyos ojos continuaban desafiando a la muerte. La mujer echada sobre el pavimento parecía muerta. El Genio celeste llevaba en su diestra una antorcha, en su izquierda una copa; sonrió con benevolencia y dijo: — “Ram, estoy contento de ti. ¿Ves esta antorcha? Es el fuego sagrado del Espíritu divino. ¿Ves esta copa?. Es la copa de la Vida y del Amor. Da la antorcha al hombre y la copa a la mujer”. Ram hizo lo que le ordenaba su Genio. Apenas la antorcha estuvo en manos del hombre y la copa en las de la mujer, un fuego se encendió, espontáneamente sobre el altar, y ambos irradiaron transfigurados a su luz, como Esposo y Esposa divinos. Al mismo tiempo el templo se ensanchó; sus columnas subieron hasta el cielo; su bóveda se convirtió en el firmamento. Entonces, Ram, llevado por su sueño, se vio transportado al vértice de una montaña bajo el cielo estrellado. En pie, cerca de él, su Genio le explicaba el sentido de las constelaciones y le hacía leer en los signos llameantes del Zodíaco los destinos de la humanidad.

— “Espíritu maravilloso, ¿quién eres tú?”, dijo Ram a su Genio. Y el Genio respondió: — “Me llaman Deva Nahousha, la Inteligencia divina. Tú difundirás mi radiación sobre la tierra y yo acudiré siempre que me llames. Ahora, sigue tu camino, ¡ve!”. Y, con su mano, el Genio mostró el Oriente.

III EL ÉXODO Y LA CONQUISTA

En este sueño, como bajo una luz fulgurante, Ram vio su misión y el inmenso destino de su raza. Desde entonces ya no dudó. En lugar de encender la guerra entre las tribus de Europa, decidió llevarse la flor de su pueblo al corazón del Asia. Anunció a los suyos que instituiría el culto del fuego sagrado, que haría la felicidad de los hombres; que los sacrificios humanos serían para siempre abolidos; que los antepasados serían invocados, no ya por sacerdotisas sanguinarias sobre rocas salvajes impregnadas de sangre humana, sino en cada hogar, por el esposo y la esposa unidos en una misma oración, en un himno de adoración, al lado del fuego que purifica. Sí; el fuego visible del altar, símbolo y conducto del fuego celestial invisible, uniría a la familia, al clan, a la tribu y a todos los pueblos, cual centro del Dios viviente sobre la tierra. Pero para recoger esa cosecha, era preciso separar el grano bueno del malo; preciso era que todos los audaces se preparasen a dejar la tierra de Europa para conquistar una tierra nueva, una tierra virgen. Allá, él daría su ley; allá, fundaría el culto del fuego renovador.

Esta proposición fue acogida con gran entusiasmo por un pueblo joven y ávido de aventuras. Hogueras encendidas durante varios meses en las montañas fueron la señal de la emigración en masa para todos aquellos que querían seguir a la insignia adoptada: el Carnero. La formidable emigración, dirigida por ese gran pastor de pueblos, se movió lentamente hacia el centro de Asia. A lo largo del Cáucaso, tuvo que tomar varias fortalezas ciclópeas de los Negros. En recuerdo de esas victorias, las colonias blancas esculpieron más tarde gigantescas cabezas de carnero en las rocas del Cáucaso. Ram se mostró digno de su alta misión. El allanaba las dificultades, penetraba los pensamientos, preveía el porvenir, curaba las enfermedades, apaciguaba a los rebeldes, inflamaba el valor. Así, las potencias celestes, que llamamos la Providencia, querían la dominación de la raza boreal sobre la tierra y lanzaban, por medio del genio de Ram, rayos luminosos en su camino. Esa raza había ya tenido sus inspirados de segundo orden para arrancarla del estado salvaje. Pero Ram, que, el primero, concibió la ley social como una expresión de la ley divina, fue un inspirado directo y de primer orden.

Ram hizo amistad con los Turianos, viejas tribus escíticas cruzadas con

sangre amarilla, que ocupaban la alta Asia, y los arrastró a la conquista del Irán, de donde rechazó por completo a los Negros, logrando que un pueblo de raza blanca ocupase el centro del Asia y viniese a ser para todos los otros el foco luminoso. Fundó allí la ciudad de Ver, ciudad admirable, dice Zoroastro. Enseñó a trabajar y sembrar la tierra, y fue el padre del cultivo del trigo y de la vid. Creó las castas, según las ocupaciones, y dividió al pueblo en sacerdotes, guerreros, trabajadores y artesanos. En el origen esas castas no fueron rivales; el privilegio hereditario, manantial de odio y de celos, se introdujo más tarde. Ram prohibió la esclavitud, así como el homicidio, afirmando que la dominación del hombre por el hombre era la fuente de todos los males. En cuanto al clan, esa agrupación primitiva de la raza blanca, lo conservó tal como era y le permitió elegir sus jefes y sus jueces.

La obra maestra de Ram, el instrumento civilizador por excelencia, creado por él, fue el nuevo papel que dio a la mujer. Hasta entonces, el hombre no había conocido a la mujer más que bajo una doble forma: o esclava miserable de su choza, que él oprimía y maltrataba brutalmente, o turbadora sacerdotisa de la encina y de la roca cuyos favores buscaba, y que le dominaba a su pesar; maga fascinadora y terrible cuyos oráculos temía, y ante quien temblaba su alma supersticiosa. El sacrificio humano era un desquite de la mujer contra el hombre, cuando ella hundía el cuchillo en el corazón de un tirano feroz. Proscribiendo ese culto horrible y elevando a la mujer ante el hombre en sus funciones divinas de esposa y de madre, Ram la convirtió en sacerdotisa del hogar, guardiana del fuego sagrado, igual al esposo, invocando con él el alma de los antepasados.

Como todos los grandes legisladores, Ram no hizo más que desarrollar, organizándolos, los instintos superiores de su raza. A fin de adornar y embellecer la vida, Ram ordenó cuatro grandes fiestas en el año. La primera fue de la primavera o de las generaciones. Estaba consagrada al amor del esposo y la esposa. La fiesta del verano o de las cosechas pertenecía a los niños y niñas, que ofrendaban las gavillas del trabajo a los padres. La fiesta del otoño la celebraban los padres y las madres; éstos daban entonces frutas a los niños en signo de regocijo. La más santa y más misteriosa de las fiestas era la de Navidad o de las grandes sementeras. Ram la consagró a la vez a los niños recién nacidos, a los frutos del amor concebidos en la primavera y a las almas de los muertos, a los antepasados. Punto de conjunción entre lo visible y lo invisible, esta solemnidad religiosa era a la vez el adiós a las almas ausentes y el saludo místico a las

que vuelven a encarnar en las madres y renacer en los niños. En esa noche santa, los antiguos Arios se reunían en los santuarios del Ailyana-Vaeia, como antes lo habían hecho en sus bosques. Con hogueras y cánticos celebraban el nuevo principio del año terrestre y solar, la germinación de la Naturaleza en el corazón del invierno, la palpitación de la vida en el fondo de la muerte. Cantaban el universal beso del cielo a la tierra y el acto de engendrarse el nuevo sol en la gran Noche-Madre.

Ram ligaba de este modo la vida humana al ciclo de las estaciones, a las revoluciones astronómicas. Al mismo tiempo hacía resaltar su sentido divino. Por haber fundado tan fecundas instituciones, Zoroastro le llama “el jefe de los pueblos, el muy afortunado monarca”. Por la misma razón el poeta indio Valmiki, que transporta el antiguo héroe a una época mucho más reciente y como hijo de una civilización más avanzada, le conserva sin embargo los rasgos de tan alto ideal”. “Rama, el de los ojos de loto azul — dice Valmiki —, era el señor del mundo, el dueño de su alma y del amor de los hombres, el padre y la madre de sus súbditos. *Él supo dar a todos los seres la cadena del amor*”.

Establecida en el Irán, a las puertas del Himalaya, la raza blanca no era aún dueña del mundo. Era preciso que su vanguardia se infiltrase en la India, centro capital de los Negros, los antiguos vencedores de la raza roja y de la raza amarilla. El *Zend-avesta* habla de esta marcha de Rama sobre la India. *(Es muy digno de notarse que el Zend-avesta, el libro sagrado de los parsis, aunque considerando a Zoroastro como el inspirado de Ormuzd, el profeta de la ley de Dios, lo presenta como continuador de un profeta mucho más antiguo. Bajo el simbolismo de los antiguos templos, se encuentra aquí el hilo de la gran revelación de la humanidad que liga entre sí a los verdaderos iniciados. He aquí este pasaje importante:*

Zarathustra (Zoroastro) preguntó a Ahura-Mazda (Ormuzd, el Dios de la luz): Ahura-Mazda, tú, santo y muy sagrado creador de todos los seres corporales y muy puros.

¿Quién es el primer hombre con quien primero has hablado, tú que eres Ahura-Mazda?

4 Entonces Ahura-Mazda respondió: “Es el hermoso Yima, el que estaba a la cabeza de una agrupación digna de elogios, ¡Oh, puro Zarathustra!”.

13. Y yo le dije: “Vela sobre los mundos que son míos vuévelos fértiles en su cualidad de protector”.

17. Y yo le traje las armas de la victoria, yo que soy Ahura-Mazda.

18. Una lanza de oro y una espada de oro.

31. Entonces Yima se elevó hasta las estrellas hacia el Mediodía, sobre el camino que sigue el Sol.

37. Él marchó sobre esta tierra que había vuelto fértil. Ella fue de un tercio más considerable que antes.

43. Y el brillante y bello Yima reunió la asamblea de los hombres más virtuosos en el célebre Airyana-Vacia, cread puro. (Vendidad-Sadé, 2 Fargard. — Traducción de Anqueti Duperron).

La epopeya india la convierte en uno de sus temas favoritos. Rama fue el conquistador de la tierra que cierra el Himavat, la tierra de los elefantes, los tigres y las gacelas. Él ordenó el primer choque y condujo el primer empuje de esta lucha gigantesca en que dos razas se disputaban inconscientemente el cetro del mundo. La tradición poética de la India, reforzada por las tradiciones ocultas de los templos, ha simbolizado en ello la lucha de la magia blanca y la magia negra. En su guerra contra los pueblos y los reyes del país de los Djambous, como se le llamaba entonces, Ram o Rama, como le llamaron los orientales, desplegó medios milagrosos en apariencia, porque están por encima de las facultades ordinarias de la humanidad, y que los grandes iniciados deben al conocimiento y manejo de las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Aquí la tradición le representa como haciendo brotar manantiales de un desierto, allá encontrando recursos inesperados en una especie de maná cuyo uso enseñó; por otra parte, haciendo cesar una epidemia con la planta llamada *hom*, el *amomos* de los Griegos, la *persea* de los Egipcios, de la que sacó un jugo salúfero. Esta planta llegó a ser sagrada entre sus sectarios, y reemplazó al muérdago de la encina, conservado por los celtas de Europa.

Rama usaba contra sus enemigos, de toda clase de prestigios. Los sacerdotes de los Negros no reinaban ya más que por medio de un bajo culto. Tenían ellos la costumbre de alimentar en sus templos enormes serpientes y pterodáctilos, raros supervivientes de animales antediluvianos, que hacían adorar como a dioses y que aterrorizaban a la multitud. A esas serpientes daban de comer la carne de los cautivos. A veces Rama aparecía de improviso en esos templos, con antorchas, arrojando, aterrorizando, domando y sojuzgando a serpientes y sacerdotes. A veces se mostraba en el campo enemigo, exponiéndose sin defensa a aquellos que buscaban su muerte, y volvía a partir sin que ninguna persona hubiese osado tocarle. Cuando se interrogaba a los que le habían dejado huir, respondían que habiendo encontrado su mirada, se habían sentido petrificados; o bien, mientras que hablaba, una montaña de

Edouard Schure – Los Grandes Iniciados I – Rama y Krishna

bronce se había interpuesto entre ellos y él, y habían cesado de verle. En fin, como coronamiento de su obra, la tradición épica de la India, atribuye a Rama la conquista de Ceilán, último refugio del mago negro Ravana, sobre quien el mago blanco hace llover una lluvia de fuego, después de haber echado un puente sobre un brazo de mar con un ejército de monos, el cual se puede reducir a alguna tribu primitiva de bimanos salvajes, inducida y entusiasmada por este gran encantador de las naciones.

IV EL TESTAMENTO DEL GRAN ANTEPASADO

Por su fuerza, por su genio, por su bondad, dicen los libros sagrados del Oriente, Rama había llegado a ser el dueño de la India y el rey espiritual de la Tierra. Los sacerdotes, los reyes y los pueblos se inclinaban ante él como ante un bienhechor celeste. Bajo el signo del carnero, sus emisarios divulgaron a lo lejos la luz aria que proclamaba la igualdad de vencedores y vencidos, la abolición de los sacrificios humanos y de la esclavitud, el respeto de la mujer en el hogar, el culto de los ante pasados y la institución del fuego sagrado, símbolo visible del Dios innominado.

Rama se había vuelto viejo. Su barba era ya blanca; pero el vigor no había abandonado su cuerpo, y la majestad de los pontífices de la verdad reposaba sobre su frente. Los reyes y los enviados de los pueblos le ofrecieron el poder supremo. Él pidió un año para reflexionar y de nuevo tuvo un sueño; el Genio que le inspiraba le habló mientras dormía.

Le vio de nuevo en las selvas de su juventud. De nuevo era joven y llevaba el vestido de lino de los druidas. Era noche de luna. Era la noche santa, la Noche-Madre en que los pueblos esperan el renacimiento del sol y del año. Rama marchaba bajo las encinas, prestando atención como antes a las voces evocadoras del bosque. Una mujer bella se le acercó; llevaba una magnífica corona, la cabellera tenía el color del oro, su piel la blancura de la nieve y sus ojos el brillo profundo del azul del cielo después de la tempestad. Ella le dijo: “Yo era la druidesa salvaje; por ti he llegado a ser la Esposa radiante. Y ahora me llamo Sita. Soy la mujer glorificada por ti, soy la raza blanca, soy tu esposa: ¡Oh mi dueño y mi rey!: ¿no es por mí por quien tú has franqueado los ríos, encantado a los pueblos y dominado a los reyes?. He aquí la recompensa. Toma esta corona de mi mano, colócala sobre tu cabeza y reina conmigo sobre el mundo”. Se había arrodillado en una actitud humilde y sumisa, ofreciendo la corona de la Tierra. Sus piedras preciosas lanzaban mil fuegos; la embriaguez del amor sonreía en los ojos de la mujer. Y el alma del gran Rama, del pastor de pueblos, se emocionó. Pero sobre lo alto de las selvas, Deva Nahousha, su Genio, se le apareció y le dijo: “Si pones esa corona sobre tu cabeza, la inteligencia divina te dejará y no me verás ya. Si abrazas a esa mujer, morirá de tu felicidad. Si renuncias a poseerla, ella vivirá dichosa y

libre sobre la Tierra y tu espíritu invisible reinará sobre ella. Elige: escúchala o sígueme”. Sita, aún de rodillas, miraba a su dueño con ojos llenos de amor, y suplicante esperaba la respuesta. Rama guardó silencio un instante. Su mirada, sumergida en los ojos de Sita, medía el abismo que separa la posesión completa del eterno adiós. Pero sintiendo que el amor supremo es una renuncia, la bendijo y la dijo: “Adiós. Sé libre y no me olvides”. En seguida la mujer desapareció como un fantasma lunar. La joven Aurora levantó su varita mágica sobre la vieja selva. El rey de nuevo era viejo. Un rocío de lágrimas bañaba su barba blanca y desde el fondo de los bosques una voz triste llamaba: “Ráma! ¡Rama!”.

Pero Deva Nahousha, el Genio resplandeciente de luz, exclamó: — ¡A mí! — y el espíritu divino llevó a Rama sobre una montaña, al norte del Himavat.

Después de este sueño que le indicaba el cumplimiento de su misión, Rama reunió a los reyes y a los enviados de los pueblos y les dijo: “No quiero el poder supremo que me ofrecéis. Guardad vuestras coronas y observad mi Ley. Mi labor ha terminado. Me retiro para siempre con mis hermanos iniciados a una montaña del Airyana-Vaeia. Desde allí velaré sobre vosotros. Guardad el fuego divino. Si llegara a apagarse, volvería a aparecer como juez y como vengador temible.” Después se retiró con los suyos al monte Albori, entre Balk y Bamyán, a un sitio conocido solamente por los iniciados. Allí enseñaba a sus discípulos lo que sabía de los secretos de la Tierra y del gran Ser. Aquéllos fueron a llevar a lo lejos, al Egipto y hasta Occidente, el fuego sagrado, símbolo de la unidad divina de las cosas, y los cuernos de carnero, emblema de la religión aria. Esos cuernos llegaron a ser las insignias de la iniciación y por consiguiente del poder sacerdotal y real. ***(Los cuernos de carnero se vuelven a encontrar sobre la cabeza de una multitud de personajes en los monumentos egipcios. Ese tocado de los reyes y de los grandes sacerdotes es el signo de la iniciación sacerdotal y real. Los dos cuernos de la tiara papal tienen ese origen)***. Desde lejos Rama continuaba velando sobre sus pueblos y sobre su querida raza blanca. Los últimos años de su vida los empleó en fijar el calendario de los arios. A él debemos los signos del Zodíaco. Aquél fue el testamento del patriarca de los iniciados. ¡Extraño libro, escrito con estrellas, en jeroglíficos celestes, en el firmamento sin fondo y sin límites por el Anciano de los días de nuestra raza!. Al fijar los doce signos del Zodíaco, Rama les atribuyó un triple sentido. El primero se relacionaba con las influencias del sol y en los doce meses del año; el segundo relataba en cierto modo su propia historia; el tercero indicaba los medios ocultos de que

se había valido para alcanzar su objeto. He aquí por qué estos signos leídos en el orden inverso llegaron a ser más tarde los emblemas secretos de la iniciación graduada. *(He aquí cómo los signos del Zodíaco representan la historia de Rama, según Fabre d'Olivet, ese pensador de genio que supo interpretar los símbolos del pasado según la tradición esotérica — 1. El Carnero que huye con la cabeza vuelta atrás, indica la situación de Rama abandonando su patria, con los ojos fijos sobre el país que deja. — 2. El toro furioso se opone a su marcha, pero la mitad de su cuerpo hundido en el fango le priva de ejecutar su designio; cae sobre sus rodillas. Son los Celtas designados por su propio símbolo, que, a pesar de sus esfuerzos, acaban por someterse. 3. Géminis expresa la alianza de Rama con los Turanos. — 4. Cáncer, sus meditaciones y reflexiones sobre lo hecho. 5. Leo, los combates contra sus enemigos. — 6. La Virgen alada, la victoria. — 7. Libra, la igualdad entre los vencedores y los vencidos. — 8. Escorpio, la revolución y la traición. 9. Sagitario, la venganza que emplea. — 10. Capricornio. — 11. Acuario. — 12. Piscis, se relacionan con la parte moral de su historia. — Se puede encontrar esa explicación del Zodíaco tan atrevida como rara. Sin embargo, jamás astrónomo alguno ni ningún mitólogo nos han explicado, ni de un modo lejano, el origen y el sentido de esos signos misteriosos de la carta celeste, adoptados y venerados por los pueblos desde el origen de nuestro ciclo ario. La hipótesis de Fabre d'Olivet tienen por lo menos el mérito de abrir al espíritu nuevas y vastas perspectivas. — He dicho que estos signos leídos en el orden inverso marcaron más tarde en Oriente y en Grecia los diversos grados que era preciso subir para llegar a la iniciación suprema. Recordemos solamente los más célebres de esos emblemas: la Virgen alada significa la castidad que da la victoria; el León, la fuerza moral; los Gemelos, la unión de un hombre y de un espíritu divino, que forman juntos dos luchadores invencibles; el Toro domado, el dominio sobre la Naturaleza; Aries, el asterismo del Fuego o del Espíritu universal que confiere la iniciación suprema por el conocimiento de la Verdad).*

Ordenó a los suyos que ocultaran su muerte y continuaran su obra perpetuando su fraternidad. Durante siglos, los pueblos creyeron que Rama llevando la tiara de cuernos de carnero, vivía siempre en su montaña santa. En los tiempos védicos el Gran antepasado se convirtió en Yama, el juez de los muertos, el Hermes psicopómico de los Indos.

V LA RELIGIÓN VÉDICA

Por su genio organizador, el gran iniciador de los Arios había creado en el centro del Asia, en el Irán, un pueblo, una sociedad, un torbellino de vida que debía irradiar en todos sentidos. Las colonias de los Arios primitivos se repartieron por el Asia y por Europa, llevando consigo sus costumbres, sus cultos y sus dioses. De todas esas colonias, la rama de los Arios de la India es la que más se aproxima a los Arios primitivos.

Los libros sagrados de los Hindúes, los Vedas, tienen para nosotros un triple valor. En primer término nos conducen al foco de la antigua y pura religión aria, cuyos himnos védicos son sus rayos brillantes. Ellos nos dan en seguida la clave de la India. En fin, nos muestran una primera cristalización de las ideas madres de la doctrina esotérica y de todas las religiones arias.

Aquí nos limitaremos a un breve resumen de la parte externa y del núcleo de la religión védica. *(Los brahmanes consideran a los Vedas como sus libros sagrados por excelencia. Ven en ellos la ciencia de las ciencias. La palabra Veda significa saber. Los sabios de Europa han sido justamente atraídos hacia esos textos por una especie de fascinación. Al principio no han visto en ellos más que una poesía patriarcal; luego han descubierto allí no solamente el origen de los grandes mitos indo-europeos y de nuestros dioses clásicos, sino también un culto sabiamente organizado, un profundo sistema religioso y metafísico. (Véase Bergaigne, La religión des Vedas, así como el bello y luminoso trabajo de M. Auguste Barth, Les religions de l'Inde). — El porvenir les reserva quizá una última sorpresa, que será la de encontrar en los Vedas la definición de las fuerzas ocultas de la Naturaleza, que la ciencia moderna está próxima a descubrir).*

Nada más sencillo y más grande que aquella religión, en la que un profundo naturalismo se mezcla con un espiritualismo trascendente. Antes del nacimiento del día, un hombre, un jefe de familia se halla en pie ante un altar de tierra, donde arde el fuego encendido con dos trozos de madera. En sus funciones, este jefe es a la vez padre, sacerdote y rey del sacrificio. Mientras la aurora se descubre, dice un poeta védico, “como una mujer que sale del baño y ha tejido la más hermosa de las telas”, el jefe pronuncia una oración, una invocación a Ousha (la Aurora), a Savitri (el Sol), a los Asuras (a los

espíritus de vida). La madre y los hijos vierten licor fermentado de la asclepia, el *soma*, en *Agni*, el fuego. Y la llama que sube, lleva a los dioses invisibles la oración purificada que sale de los labios del patriarca y del corazón de la familia.

El estado de alma del poeta védico está igualmente alejado del sensualismo helénico (hablo de los cultos populares de la Grecia, no de la doctrina de los iniciados griegos), que representa a los dioses cósmicos con hermosos cuerpos humanos, y del monoteísmo judaico, que adora al Eterno sin forma, como presente en todas partes. Para el poeta védico, la Naturaleza semeja a un velo transparente, detrás del cual se mueven fuerzas imponderables y divinas. A estas fuerzas es a las que invoca, a las que adora, a las que personifica; pero sin engañarse sobre el significado de sus metáforas. Para él, Savitri significa menos el Sol que Vivasvat, la potencia creadora de vida que le anima y que pone en movimiento al sistema solar. Indra, el guerrero divino que sobre su carro dorado recorre el cielo, lanza el rayo y disuelve las nubes, personifica la potencia de ese mismo sol en la vida atmosférica, en “el gran transparente de los aires”. Cuando ellos invocan a Varuna (el Urano de los griegos), el Dios del cielo inmenso, luminoso, que abarca todas las cosas, los poetas védicos se remontan más aun. “Si Indra representa la vida activa y militante del cielo, Varuna representa su inmutable majestad. Nada iguala a la magnificencia de las descripciones que de Él hacen los Himnos. El sol es su ojo, el cielo su vestido, el huracán su soplo. Él es quien ha establecido sobre cimientos inconmovibles el cielo y la tierra y quien los mantiene separados. Él ha hecho todo y conserva todo. Nada podría alterar las obras de Varuna. Nadie le penetra, pero sabe todo y ve todo lo que es y lo que será. Desde las cumbres del cielo, donde reside en un palacio de mil puertas, Él distingue la huella de los pájaros en el aire y la de los navios sobre las olas. Desde allí, desde lo alto de su trono de oro con cimientos de bronce, contempla y juzga las obras de los hombres. Él es quien mantiene el orden en el Universo y en la sociedad; Él castiga al culpable; Él es misericordioso con el hombre que se arrepiente. Por eso hacia Él se eleva el grito de angustia del remordimiento; ante su casa el pecador va a descargarse del peso de su falta. Por otra parte, la religión védica es ritualista, a veces altamente especulativa. Con Varuna, desciende a las profundidades de la conciencia y realiza la noción de la santidad”. Agreguemos que esta religión se eleva a la pura noción de un Dios único que penetra y domina al gran Todo.

Sin embargo, las imágenes grandiosas que los himnos arrojan en anchas ondas como ríos generosos, no nos presentan más que la envoltura externa de

los Vedas. Con la noción de Agni, del fuego divino, tocamos el nudo de la doctrina, a su fondo esotérico y trascendente. En efecto, Agni es el agente cósmico, el principio universal por excelencia. “No es solamente el fuego terrestre del relámpago y del sol. Su verdadera patria es el cielo invisible, místico, estancia de su eterna luz y de los primeros principios de todas las cosas. Sus nacimientos son infinitos: bien que brote del trozo de madera en el que duerme como el embrión en la matriz, bien que, “Hijo de las Ondas”, se lance, con el ruido del trueno, desde los ríos celestiales donde los Acvinos (los jinetes celestes) le han engendrado con aranis de oro. El es el **hermano mayor de los dioses**, pontífice en el cielo como en la tierra, y él ofició en la morada de Vivasvat (el cielo o el sol) mucho antes que Matharicva (el relámpago) lo hubiese traído a los mortales y que Atharván y los Angiras, los antiguos sacrificadores, le hubiesen instituido aquí como protector, huésped y amigo de los hombres. Amo y generador del sacrificio, Agni viene a ser el portador de todas las especulaciones místicas cuyo objeto es el sacrificio. **Él engendra a los dioses**, organiza al mundo, produce y conserva la vida universal; en una palabra, es la **potencia cosmogónica**.

“Soma es el compañero de Agni. En realidad es el brebaje de una planta fermentada vertido en libación a los dioses en el sacrificio. Pero, al igual que Agni, tiene una existencia mística. Su residencia suprema está en las profundidades del tercer cielo, donde Surya, la hija del sol, le ha infiltrado, donde la ha encontrado Pushán, el Dios alimentador. De allí es de donde el Halcón, un símbolo del rayo, o Agni mismo han ido a arrebatárselo al Arquero celeste, al Gandharva su guardián, y le han traído a los hombres. Los dioses le han bebido y han llegado a ser inmortales; los hombres lo serán a su vez cuando lo beban en la mansión de Yama, en la estancia de los bienaventurados. Mientras eso no llegue, él les da aquí abajo el vigor y la plenitud de sus días; él es la ambrosía y el agua de juventud. Él nutre, penetra a las plantas, vivifica la semilla de los animales, inspira al poeta y da su vuelo a la oración. **Alma del cielo y de la tierra, de Indra y de Vishnú, él forma con Agni un par inseparable; esa pareja ha encendido el sol y las estrellas**”. (A. Barth. *Les religions de l’Inde*).

La noción de Agni y de Soma contiene los dos principios esenciales del universo, según la doctrina esotérica y según toda filosofía viva. Agni es el **Eterno masculino**, el Intelecto creador, el Espíritu puro; Soma es el **Eterno femenino**, el Alma del mundo o sustancia etérea, matriz de todos los mundos visibles e invisibles a nuestros ojos, la Naturaleza, en fin, o la materia sutil en sus infinitas transformaciones. (**Lo que prueba indudablemente que**

Soma representaba el principio femenino absoluto, es que los brahmanes lo identificaron más tarde con la luna. La luna simboliza el principio femenino en todas las religiones antiguas, así como el sol simboliza el principio masculino).

La unión perfecta de esos dos seres constituye el Ser supremo, la esencia de Dios.

De esas dos ideas capitales brota una tercera no menos fecunda. Los Vedas hacen del *acto cosmogónico un sacrificio perpetuo*. Para producir todo lo existente, el Ser supremo se inmola a sí mismo; se divide para salir de su unidad. Ese sacrificio es, pues, considerado como el punto vital de todas las fusiones de la Naturaleza. Esta idea sorprende al principio; mas es muy profunda cuando se reflexiona sobre ella y contiene en germen toda la doctrina teosófica de la evolución de Dios en el mundo, la síntesis esotérica del politeísmo y del monoteísmo. Ella dará vida a la doctrina dionisiaca de la caída y de la redención de las almas, que florecerá en Hermes y en Orfeo. De ahí brotará la doctrina del Verbo divino proclamada por Krishna, predicada por Jesús Cristo.

El sacrificio del fuego con sus ceremonias y sus plegarias, centro inmutable del culto védico, se convierte así en la imagen del gran acto cosmogónico. Los Vedas dan una importancia capital a la oración, a la fórmula de invocación que acompaña al sacrificio. Por esta razón, consideran a la plegaria como una diosa: Brahmanaspati. La fe en el poder evocador y creador de la palabra humana, acompañada del movimiento poderoso del alma, o de una intensa proyección de la voluntad, es la fuente de todos los cultos y la razón de la doctrina egipcia y caldea de la magia. Para el sacerdote védico y brahmánico, los Asuras, los señores invisibles, y los Pitris o almas de los antepasados, se sientan sobre el césped durante el sacrificio, atraídos por el fuego, los cánticos y la oración. La ciencia que se relaciona con esta parte del culto es la de la jerarquía de los espíritus de todo orden.

En cuanto a la inmortalidad del alma, los Vedas la afirman tan alta y claramente como es posible hacerlo. “Es una parte inmortal del hombre; ella es, ¡Oh, Agni!, la que es preciso calientes con tus rayos, inflames con tus fuegos. ¡Oh Jatavedas!, transpórtala al mundo de los piadosos, en el cuerpo glorioso formado por ti”. Los poetas védicos no indican solamente el destino del alma, sino que también se inquietan sobre su origen. ¿De dónde ha nacido el alma?. “Las hay que vienen hacia nosotros y se vuelven a ir, que se van y vuelven a venir”. He ahí en dos palabras la doctrina de la reencarnación que jugará un papel capital en el brahmanismo y el buddhismo, entre los Egipcios y

los Órficos, en la filosofía de Pitágoras y de Platón, el misterio de los misterios, el arcano de los arcanos.

¿Cómo no reconocer, después de esto, en los Vedas las grandes líneas de un sistema religioso orgánico, de una concepción filosófica del universo?. No hay allí solamente la intuición profunda de las verdades intelectuales anteriores y superiores a la observación; hay, además, unidad y amplitud de miras en la comprensión de la Naturaleza, en la coordinación de sus fenómenos. Como un hermoso cristal de roca, la conciencia del poeta védico refleja el sol de la eterna verdad, y en ese prisma brillante se juntan ya todos los rayos de la teosofía universal. Los principios de la doctrina permanente son todavía más visibles aquí que en los otros libros sagrados de la India, y en las otras religiones semíticas o arias, a causa de la singular franqueza de los poetas védicos y de la transparencia de esa religión primitiva, tan alta y tan pura. En aquella época, la distinción entre los misterios y el culto popular no existía. Pero leyendo atentamente los Vedas, detrás del padre de familia o el poeta oficiante de los himnos, se ve ya otro personaje más importante: el Rishi, el sabio, el iniciado, de quien ha recibido la verdad. Se ve también que esa verdad se ha transmitido por una tradición ininterrumpida que se remonta a los orígenes de la raza aria.

He ahí, pues, al pueblo ario lanzado en la carrera de conquista y civilización, a lo largo del Indus y del Ganges. El genio invisible de Rama, la inteligencia de las cosas divinas, Deva Nahousha, reina sobre él. Agni, el fuego sagrado, circula por sus venas. Una aurora rosada envuelve a esta edad de juventud, de fuerza, de virilidad. La familia está constituida, la mujer respetada. Sacerdotisa en el hogar, a veces compone y canta ella misma los himnos. “Que el marido de esta esposa viva cien otoños”, dice un poeta. Se ama a la vida; pero se cree también en su más allá. El rey habita en un castillo sobre la colina que domina al pueblo. En la guerra va montado en un carro brillante, vestido con armas relucientes, coronado con una tiara, y resplandece como el dios Indra.

Más tarde, cuando los brahmanes hayan establecido su autoridad, se verá elevarse cerca del palacio espléndido del *Maharaja*, o gran rey, la pagoda de piedra de donde saldrán las artes, la poesía y el drama de los dioses, gesticulado y cantado por las bailarinas sagradas. Por el momento las castas existen, pero sin rigor, sin barrera absoluta. El guerrero es sacerdote y el sacerdote guerrero, más frecuentemente servidor oficiante del jefe o del rey.

Más he aquí un personaje de aspecto pobre y de gran porvenir. Cabellos y barba incultos, medio desnudo, cubierto de harapos rojos. Ese *muní*, ese solitario habita cerca de los lagos sagrados, en las soledades salvajes, donde se

Edouard Schure – Los Grandes Iniciados I – Rama y Krishna

dedica a la meditación y a la vida ascética. De cuando en cuando viene para amonestar al jefe o al rey. Frecuentemente le rechazan, le desobedecen; pero le respetan y le temen. Ejerce ya un poder temible.

Entre aquel rey, sobre su carro dorado, rodeado por sus guerreros, y este *muni* casi desnudo, sin otras armas que su pensamiento, su palabra y su mirada, habrá una lucha, y el vencedor formidable no será el rey; será el solitario, el mendigo descarnado, porque tendrá la ciencia y la voluntad.

La historia de esa lucha es la del brahmanismo, como más tarde será la del buddhismo, y en ella se resume casi toda la historia de la India.

LIBRO II
KRISHNA
LA INDIA Y LA INICIACIÓN
BRAHMÁNICA

El que crea sin cesar los mundos, es triple. El es Brahma, el Padre; él es Maya, la Madre; él es Vishnú, el Hijo Esencia, Substancia y Vida. Cada uno contiene a los otros dos, y los tres son uno en lo Inefable.

Doctrina brahmánica. Upanishads.

Tú llevas en ti mismo un amigo sublime que no conoces. Porque Dios reside en el interior de todo hombre, pero pocos saben encontrarle. El hombre que hace sacrificio de sus deseos y de sus obras al Ser de donde proceden los principios de toda cosa y por quien el Universo ha sido formado, obtiene por tal sacrificio la perfección. Porque quien encuentra en sí mismo su felicidad, su gozo, y en sí mismo también su luz, es uno con Dios, y sábelo: el alma que ha encontrado a Dios se libra del renacimiento y de la muerte, de la vejez y del dolor, y bebe el agua de la inmortalidad.

Baghavad Gita

I LA INDIA HEROICA - LOS HIJOS DEL SOL Y LOS HIJOS DE LA LUNA

De la conquista de la India por los Arios salió una de las más brillantes civilizaciones que ha conocido la tierra. El Ganges y sus afluentes vieron nacer grandes imperios e inmensas capitales, como Ayodhya, Hastinapura e Indrapetcha. Las narraciones épicas del *Mahabharata* y las cosmogonías populares de los *Puranas*, que encierran las más viejas tradiciones de la India, hablan con admiración de la opulencia real, de la grandeza heroica y del espíritu caballeresco de esos tiempos remotos. Nadie más orgulloso, pero tampoco más noble, que uno de esos reyes arios de la India, en pie sobre un carro de guerra, ejerciendo su mando sobre ejércitos de elefantes, de caballos y de soldados. Un sacerdote védico consagra así a su rey ante la multitud reunida: “Te he traído ante nosotros. Todo el pueblo te espera. El cielo es firme; la tierra es firme; esas montañas son firmes; que el rey de las familias sea firme también”. En un código de leyes posterior, el Manava-Dharma-Sastra, se lee: “Esos amos del mundo que, ardientes para deshacerse unos a otros, despliegan su vigor en la batalla sin jamás volver la cara, suben, después de su muerte, directamente al cielo”. De hecho, se llaman descendientes de los dioses, se creen sus rivales y se preparan a serlo. La obediencia filial, el valor militar con un sentimiento de protección generosa hacia todos, he ahí el ideal del hombre. En cuanto a la mujer, la epopeya india, humilde sierva de los brahmanes, no nos la muestra más que bajo los rasgos de la esposa fiel. Ni la Grecia ni los pueblos del Norte han imaginado en sus poemas esposas tan delicadas, tan nobles, tan exaltadas como la apasionada Sita o la tierna Damayanti.

Lo que la epopeya india no nos dice es el misterio profundo de las mezclas de razas y la lenta incubación de las ideas religiosas que trajeron los cambios profundos en la organización social de la India védica. Los Arios, conquistadores de raza pura, se encontraban en presencia de razas muy mezcladas y muy inferiores, en que el tipo amarillo y rojo se cruzaban, sobre un fondo negro, en matices múltiples. La civilización india nos aparece así como una formidable montaña, llevando en su base una raza melaniana, mestizos a sus lados y los arios puros en el vértice. La separación de castas no era rigurosa en

la época primitiva, y grandes mezclas tuvieron lugar entre aquellos pueblos. La pureza de la raza conquistadora se alteró de más en más con los siglos; pero hasta nuestros días se nota el predominio del tipo ario en las clases elevadas y del tipo melaniano en las clases inferiores. De los bajos fondos turbios de la sociedad india se elevó siempre, como los miasmas de la maleza mezclados de olor de las fieras, un vapor ardiente de pasiones, una mezcla de languidez y de ferocidad. La sangre negra excesiva ha dado a la India su color especial. Ella ha afinado y afeminado a la raza. Lo maravilloso es que, a pesar de estas mezclas, las ideas dominantes de la raza blanca hayan podido mantenerse en el vértice de aquella civilización, a través de tantas y tan complicadas revoluciones.

He aquí, bien definida, la base étnica de la India: por una parte, el genio de la raza blanca con su sentido moral y sus sublimes aspiraciones metafísicas; por otra parte, el genio de la raza negra con sus energías pasionales y su fuerza disolvente. ¿Cómo se tradujo ese doble genio en la antigua historia religiosa de la India?. Las más antiguas tradiciones hablan de una dinastía solar y de una dinastía lunar. Los reyes de la dinastía solar pretendían descender del sol; otros se decían hijos de la luna. Pero ese lenguaje simbólico ocultaba dos concepciones religiosas opuestas y significaba que las dos categorías de soberanos se relacionaban con cultos diferentes. El culto solar daba al Dios del universo el sexo masculino. Alrededor de él se agrupaba todo lo que había de más puro en la tradición védica: la ciencia del fuego sagrado y de la oración, la noción esotérica del Dios supremo, el respeto a la mujer el culto de los antepasados, la monarquía electiva y patriarcal. El culto lunar atribuía a la divinidad el sexo femenino, bajo cuyo signo las religiones del ciclo ario siempre han adorado a la naturaleza y frecuentemente a la naturaleza ciega, inconsciente, en todas sus manifestaciones violentas y terribles. Este culto se inclinaba hacia la idolatría y la magia negra, favorecía la poligamia y la tiranía, apoyadas ambas en las pasiones populares. La lucha entre los hijos del sol y los hijos de la luna, entre los Pandavas y los Kuravas, forma el argumento mismo de la gran epopeya india, el Mahábhárata, especie de resumen en perspectiva de la historia de la India aria antes de la constitución definitiva del brahmanismo. Esta lucha abunda en combates encarnizados, en aventuras extrañas e interminables. En medio de la gigantesca epopeya, los Kuravas, los reyes lunares, vencen. Los Pandavas, los nobles hijos del sol, los guardianes de los ritos puros, son destronados y proscritos. Desterrados, se esconden en los bosques, se refugian entre los anacoretas, con trajes de corteza de árbol y bastones de ermitaño.

¿Van a triunfar los bajos instintos?. Las potencias de las tinieblas, representadas en la epopeya india por los Rakshasas negro, ¿Van a vencer a los Devas luminosos?. ¿Va a aplastar la tiranía a los escogidos, bajo su carro de guerra, y el ciclón de las malas pasiones destruirá el altar védico, extinguirá el fuego sagrado de los antepasados?.

No: la India no hace más que comenzar su evolución religiosa. Ella va a desplegar su genio metafísico y organizador en la institución del brahmanismo. Los sacerdotes que utilizaban los reyes y los jefes con el nombre de *purohitas* (dedicados al sacrificio del fuego), habían ya llegado a ser sus consejeros y sus ministros. Tenían grandes riquezas; pero no hubieran podido dar a su casta esa autoridad soberana, esa posición inatacable por encima del poder real mismo, sin el auxilio de otra clase de hombres que personifican el espíritu de la India en lo que tiene de más original y de más profundo. Éstos son los sabios y puros anacoretas.

Desde tiempo inmemorial, esos ascetas habitaban ermitas en el fondo de las selvas, en las orillas de los ríos o en las montañas, cerca de los lagos sagrados. Se les veía tan pronto solos como en asambleas o cofradías, pero siempre unidos en un mismo espíritu. Se reconoce en ellos a los reyes espirituales, los amos verdaderos de la India. Herederos de los antiguos arios, de los rishis, ellos solos poseían la interpretación secreta de los Vedas. En ellos vivía el genio del ascetismo, de la ciencia oculta, de los poderes trascendentes. Para alcanzar esta ciencia y este poder, desafían todo: el hambre, el frío, el sol abrasador, el horror de las malezas. Sin defensas, en sus cabañas de madera, viven de oración y meditación. Con la voz, con la mirada, llaman o alejan a las serpientes, apaciguan a los leones y a los tigres. ¡Dichosas las gentes que tienen la bendición, pues tendrán a los Devas por amigos!. Desdichado quien los maltrate o los mate: su maldición, dicen los poetas, persigue al culpable hasta su tercera encarnación. Los reyes tiemblan ante sus amenazas, y, cosa curiosa, esos ascetas causan temor a los mismos dioses. En el Rámáyana, Vicvamitra, un rey que se ha hecho asceta, adquiere tal poder por sus austeridades y sus meditaciones, que los dioses tiemblan por su propia existencia. Entonces Indra le envía a la más encantadora de las Apsaras que van a bañarse al lago, ante la choza del santo. El anacoreta es seducido por la ninfa celeste: un héroe nace de su unión, y, por algunos millares de años, la existencia del Universo queda garantizada. Bajo estas exageraciones poéticas, se adivina el poder real y superior de los anacoretas de la raza blanca, que con adivinación profunda y voluntad intensa gobiernan el alma tempestuosa y pasional de la India desde el fondo de sus selvas.

Del seno de la cofradía de los anacoretas debía salir la revolución sacerdotal, que hizo de la India la más formidable de las teocracias. La victoria del poder espiritual sobre el poder temporal, del anacoreta sobre el rey, de donde nació la potencia del brahmanismo, fue conseguida por un reformador de primer orden. Reconciliando los dos genios en lucha, el de la raza blanca y el de la raza negra, los cultos solares y los cultos lunares, ese hombre divino fue el verdadero creador de la religión nacional de la India. Además, por su doctrina, ese potente genio lanzó al mundo una idea nueva de un alcance inmenso: la del verbo divino, o de la divinidad encarnada y manifestada por el hombre. Este primer Mesías, este hermano mayor de los hijos de Dios, fue Krishna.

La leyenda tiene como interés capital el que resume y dramatiza toda la doctrina brahmánica, aunque ha quedado como esparcida y flotante en la tradición, por razón de que la fuerza plástica falta absolutamente en el genio indio. La narración confusa y mítica del *Vishnú Purána* contiene, sin embargo, datos históricos sobre Krishna, de un carácter individual y saliente. Por otra parte, el *Bhagavad Gita*, ese maravilloso fragmento interpolado en el gran poema del *Mahabhárata*, y que los brahmanes consideran como uno de sus libros más sagrados, contiene en toda su pureza la doctrina que se le atribuye. Leyendo esos dos libros, la figura del gran iniciador religioso de la India se me ha aparecido con la persuasión de los seres vivos. Contaré, pues, la historia de Krishna, extrayendo mis materiales de esas dos abundantes fuentes, de las que una representa la tradición popular y la otra la de los iniciados.

II EL REY DE MADURA

Al comienzo de la edad del Kali-yuga, hacia el año 3000 antes de nuestra era (según la cronología de los brahmanes), la sed del oro y del poder invadió el mundo. Durante varios siglos, dicen los antiguos sabios, Agni, el fuego celeste que forma el cuerpo glorioso de los Devas y que purifica el alma de los hombres, había esparcido sobre la tierra sus efluvios etéreos. Pero el soplo ardiente de Kali, la diosa del Deseo y de la Muerte, que sale de los abismos de la tierra como ígneo aliento, pasaba entonces sobre todos los corazones. La justicia había reinado con los nobles hijos de Pándu, los reyes solares que obedecen a la voz de los sabios, y vencedores, perdonaban a los vencidos y les trataban como iguales. Pero después que los hijos del sol fueron exterminados o arrojados de sus tronos y que sus pocos descendientes se ocultaban entre los anacoretas, la injusticia, la ambición y el odio habían dominado. Variables y falsos como el astro nocturno, cuyo símbolo adoptaron, los reyes lunares se hacían una guerra sin piedad. Uno de ellos, sin embargo, había logrado dominar a todos los otros por medio del terror y de prestigios singulares.

En el norte de la India, a la orilla de un ancho río, brillaba una ciudad poderosa. Tenía ella doce pagodas, diez palacios y cien puertas flanqueadas por torres. Multicolores estandartes, semejantes a serpientes aladas, flotaban sobre sus altos muros. Era la altiva Madura, inexpugnable como la fortaleza de Indra. Allí reinaba Kansa, de corazón tortuoso y alma insaciable. El rey no sufría a su lado más que a los esclavos, no creía poseer más que lo que había sometido, y lo que poseía no le parecía nada al lado de lo que le quedaba por conquistar. Todos los reyes que reconocían los cultos lunares le habían rendido vasallaje. Pero Kansa pensaba someter toda la India, desde Lanka hasta el Himavat. Para llevar a cabo este proyecto, se alió con Kalayeni, señor de los montes Vyndhia, el poderoso rey de los Yavanas, los hombres de cara amarilla. Como sectario de la diosa Kali, Kalayeni se había dedicado a las tenebrosas artes de la magia negra. Se le llamaba “amigo de los Rakshasas” o demonios noctivagos, y rey de las serpientes, porque se servía de esos animales para aterrorizar a su pueblo y a sus enemigos. En el fondo de una espesa selva, se encontraba el templo de la diosa Kali excavado en una montaña: inmensa caverna negra cuyo fondo se ignoraba y cuya entrada estaba guardada por colosos con cabezas de animales

tallados en la roca. Allí se llevaba a los que querían rendir homenaje a Kalayeni, para obtener de él algún poder secreto. Aparecía él en la entrada del templo en medio de una multitud de serpientes monstruosas, que se enroscaban alrededor de su cuerpo y se enderezaban al mando de su cetro, y obligaba a sus tributarios a prosternarse ante aquellos animales, cuyas cabezas entretejidas aparecían por encima de la suya. Al mismo tiempo, murmuraba una fórmula misteriosa. Los que habían ejecutado ese rito y adorado a las serpientes obtenían, a lo que se decía, inmensos favores y todo lo que deseaban. Pero caían irrevocablemente bajo el poder de Kalayeni y, de lejos o de cerca, eran ya sus esclavos. En cuanto trataban de desobedecerle, creían ver ante ellos al terrible mago rodeado por sus reptiles, y se veían cercados por sus cabezas silbantes, paralizados por sus ojos fascinadores. Kansa pidió a Kalayeni su alianza. El rey de los Yavanas le prometió el imperio de la tierra con la condición de casarse con su hija.

Altiava como un antílope y flexible como una serpiente era la hija del rey mago, la hermosa Nysumba, con sus arracadas de oro y sus senos de ébano. Su casa parecía una nube sombría matizada por la luna con reflejos azulados, sus ojos dos relámpagos, su boca ávida la pulpa de un fruto rojo con piñones blancos en su interior. Se hubiese dicho que era Kali misma, la diosa del Deseo. Bien pronto ella reinó como señora en el corazón de Kansa, y soplando sobre todas sus pasiones las convirtió en hoguera ardiente. Kansa tenía un palacio lleno de mujeres de todos los colores, pero no escuchaba más que a Nysumba.

“— Tenga yo un hijo de ti, le dijo él, y será mi heredero. Entonces seré el dueño de la tierra y no temeré a nadie”.

Más Nysumba no tenía hijos, y su corazón se irritaba. Envidiaba ella a las otras mujeres de Kansa, cuyos amores habían sido fecundos; hacía multiplicar a su padre los sacrificios a Kali; pero su seno continuaba estéril como la arena de un suelo tórrido. Entonces, el rey de Madura ordenó que se hiciera ante toda la ciudad el gran sacrificio del fuego, invocando a todos los Devas. Las mujeres de Kansa y el pueblo asistieron con gran pompa. Prosternados ante el fuego, los sacerdotes invocaron con sus cantos al gran Varuna, a Indra, los Acwins y los Maruts. La reina Nysumba se aproximó y arrojó al fuego un puñado de perfumes con gesto de desafío, pronunciando una fórmula mágica en idioma desconocido. El humo se espesó, las llamas subieron en torbellino, y los sacerdotes espantados, exclamaron:

“— ¡Oh reina!. No son los Devas, sino los Rakshasas quienes han

pasado por el fuego. Tu seno permanecerá estéril”.

Kansa se aproximó al fuego a su vez, y dijo al sacerdote:

“— Entonces, dime: ¿De cuál de mis mujeres nacerá el dueño del mundo?”.

En este momento, Devaki, la hermana del rey, se aproximó al fuego. Era una virgen de corazón sencillo y puro, que había pasado su infancia hilando y tejiendo, y que vivía como en un sueño. Su cuerpo estaba en la tierra, su alma parecía estar siempre en el cielo. Devaki se arrodilló humildemente, rogando a los Devas que diesen un hijo a su hermano y a la hermosa Nysumba. El sacerdote miró alternativamente al fuego y a la virgen. De repente, exclamó lleno de admiración:

“— ¡Oh, rey de Madura!. Ninguno de tus hijos será el dueño del mundo. Éste nacerá en el seno de tu hermana, que aquí tienes”.

Grande fue la consternación de Kansa y la cólera de Nysumba al oír estas palabras. Cuando la reina se encontró a solas con el rey, le dijo:

“— Es necesario que Devaki perezca inmediatamente”.

“— ¡Cómo! — respondió Kansa —. ¿Voy a hacer morir a mi hermana?. Si los Devas la protegen, su venganza recaerá sobre mí”.

“— Entonces — dijo Nysumba llena de furor —, que ella reine en mi lugar, y que tu hermana de al mundo quien te haga perecer vergonzosamente. Yo no quiero reinar ya con un cobarde que tiene miedo a los Devas, y vuelvo a casa de mi padre Kalayeni”. Los ojos de Nysumba lanzaban fuegos oblicuos sus collares de oro se agitaban sobre su cuello negro y reluciente. Se arrojó a tierra, y su hermoso cuerpo se retorció como una serpiente furiosa. Kansa, ante la amenaza de perderla, y fascinado por una voluptuosidad terrible, quedó sobrecogido de miedo y de deseo.

“— Bueno — dijo —: Devaki morirá; pero no me dejes”.

Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de Nysumba, una oleada de sangre enrojeció su carne negra. Se levantó de un salto, y abrazó al tirano domado, con sus brazos flexibles. Después, rozándole con su pecho de ébano, del que se exhalaban embriagadores perfumes, y tocándole con sus labios ardientes, murmuró en voz baja:

“— Ofreceremos un sacrificio a Kali, la Diosa del Deseo y de la Muerte, y ella nos dará un hijo que será el dueño del mundo”.

Aquella misma noche, el purohita, jefe del sacrificio, vio en sueños al rey Kansa que sacaba la espada contra su hermana. En seguida fue a casa de la virgen Devaki, le anunció que un peligro de muerte la amenazaba, y la ordenó que huyese sin tardanza al refugio de los

anacoretas. Devaki, instruida por el sacerdote del fuego, disfrazada de penitente, salió del palacio de Kansa y huyó de la ciudad de Madura sin que nadie se apercibiera. Por la mañana los soldados buscaron a la hermana del rey para matarla, pero encontraron su habitación vacía. El rey interrogó a las guardias de la ciudad, quienes respondieron que las puertas habían estado cerradas, toda la noche. Pero en su sueño, habían visto quebrarse bajo un rayo de luz sombríos muros de la fortaleza, y en aquel rayo, una mujer que salía de la ciudad. Kansa comprendió que una potencia invencible protegía a Devaki. Desde entonces el miedo entró en su alma y odió a su hermana con un odio mortal.

III LA VIRGEN DEVAKI

Cuando Devaki, vestida de cortezas de árbol, que ocultaban su hermosura, entró en las vastas soledades de los bosques gigantescos, vacilaba, rendida por la fatiga y el hambre. Mas apenas hubo sentido la sombra de aquellos bosques admirables, gustado los frutos del mango y respirado la frescura de un manantial, se reanimó como una flor. Al principio penetró bajo bóvedas enormes, formadas por troncos macizos, cuyas ramas se replantaban en el suelo y multiplicaban al infinito sus arcadas. Durante largo tiempo marchó por allí al abrigo del sol, como a través de una pagoda sombría y sin salida. El zumbido de las abejas, el grito de los pavos reales en celo, el canto de los kokilas y de mil pájaros, la atraían y animaban más y más. Los árboles aparecían más inmensos, la selva más profunda y más enmarañada. Los troncos se sucedían, los follajes se combaban en cúpulas, en portadas más y más grandes. A veces Devaki se deslizaba por verdes senderos, por donde el sol penetraba en torrentes de luz y donde yacían troncos derribados por la tempestad. A veces se detenía bajo glorietas de mangos y de asokas, de las que pendían guirnaldas de lianas y lluvias de flores. Los gamos y las panteras saltaban en la maleza; con frecuencia también los búfalos rompían las ramas, o bien una horda de monos pasaba por los follajes, lanzando gritos. Marchó ella así durante todo el día. Hacia la noche, sobre un bosquecillo de bambúes, advirtió la cabeza inmóvil de un prudente elefante que miró a la virgen con aire inteligente y protector, y levantó su trompa como para saludarla. Entonces el bosque se llenó de luz y Devaki vio un paisaje lleno de paz profunda, de un encanto celeste y paradisíaco.

Ante ella se extendía un estanque sembrado de lotos y nenúfares azules: su reflejo azulado se abría paso en la gran selva como otro cielo. Púdicas cigüeñas dormitaban inmóviles en sus orillas y dos gacelas bebían en sus aguas. Al otro lado se veía, al abrigo de las palmeras, la ermita de los anacoretas. Una luz rosada y tranquila bañaba el lago, los bosques y la morada de los santos rishis. En el horizonte, la cima blanca del monte Meru dominaba el océano de las selvas. El aliento de un río invisible animaba a las plantas, y el estruendo atenuado de una catarata lejana vagaba en la brisa como una caricia o como una melodía.

Al borde del estanque, Devaki vio una barca. En pie y a su lado, un hombre de edad madura, un anacoreta, parecía esperar. Silenciosamente hizo señal a la virgen de entrar en la barca y cogió los remos. Mientras la canoa partía, rozando a los nenúfares, Devaki vio nadar en el estanque a la hembra de un cisne; con vuelo atrevido un cisne macho llegado por los aires empezó a describir grandes círculos a su alrededor y luego se metió en el agua al lado de su compañera, estremeciendo su plumaje de nieve. Al ver esto, Devaki se inmutó profundamente sin saber por qué. Entre tanto, la barca había tocado la orilla opuesta, y la virgen de ojos de loto se encontró ante el rey de los anacoretas: Vasichta. Sentado sobre una piel de gacela y vestido con otra de antílope negro, tenía el aire venerable de un dios más bien que de un hombre. Desde la edad de sesenta años sólo se alimentaba de frutos silvestres. Su cabellera y su barba eran blancas como la: cimas del Himavat, su piel transparente, la mirada de sus ojos vagos vuelta hacia sí por la meditación. Al ver a Devaki se levantó y la saludó con estas palabras: “Devaki, hermana del ilustre Kansa, sé bienvenida entre nosotros. Guiada por Mahadeva, el maestro supremo, has dejado el mundo de las miserias para venir al de las delicias. Porque ahora estás al lado de los santos rishis, dueños de sus sentidos, dichosos con su destino y deseosos del camino del cielo. Hace largo tiempo que te esperábamos como la noche a la aurora. Nosotros somos el ojo de los Devas, fijo sobre el mundo; nosotros que vivimos en lo más profundo de las selvas. Los hombres no nos ven, mas nosotros vemos a los hombres y seguimos sus acciones. La edad sombría del deseo, de la sangre y del crimen se cierne sobre la Tierra. Te hemos elegido para la obra de liberación, y los Devas te han escogido por mediación nuestra. En el seno de una mujer el rayo del esplendor divino debe recibir una forma humana”.

En este momento, los rishis salían de la ermita para la oración de la tarde. El viejo Vasichta les ordenó que se inclinaran hasta tierra ante Devaki. Así lo hicieron, y Vasichta dijo: “Ésta será nuestra madre, porque de ella nacerá el espíritu que debe regenerarnos.” Después, volviéndose hacia ella, prosiguió: “Vete, hija mía: los rishis te llevarán al estanque vecino donde viven las hermanas penitentes. Vivirás entre ellas y los misterios se cumplirán”.

Devaki fue a vivir a una ermita rodeada de lianas, entre mujeres piadosas que alimentan a las gacelas domesticadas, dedicando su vida a las abluciones y a la oración. Tomaba ella parte en sus sacrificios: una mujer de edad madura le daba las instrucciones secretas. Aquellas penitentes habían recibido la orden de vestirla como a una reina, con telas exquisitas y perfumadas, y dejarla vagar sola en pleno bosque. La selva, llena de perfumes, de voces y de misterios, atraía

a la joven. A veces encontraba cortejos de viejos anacoretas que volvían del río. Al verla, se arrodillaban ante ella, y después proseguían su camino. Un día, al lado de una fuente velada por lotos rosados, vio a un joven anacoreta que oraba. Él se levantó cuando se aproximaba, lanzó sobre ella una mirada triste y profunda, y se alejó en silencio. Las figuras graves de los viejos, la imagen de los cisnes y la mirada del joven anacoreta, eran el tema de los sueños de la virgen. Cerca del manantial había un árbol de edad inmemorial y grandes ramas, que los santos rishis llamaban “el árbol de vida”. Devaki gustaba de sentarse a su sombra. Con frecuencia dormitaba allí, visitada por visiones extrañas. Tras de las ramas, oía coros que cantaban: “¡Gloria a ti, Devaki!. Vendrá, coronado de luz, ese fluido puro emanado de la grande alma, y las estrellas palidecerán ante su esplendor. Vendrá, y la vida desafiará a la muerte, y él rejuvenecerá la sangre de todos los seres. Vendrá, más dulce que la miel y el amrita, más puro que el cordero sin mancha y la boca de una virgen, y todos los corazones se sentirán transportados de amor. ¡Gloria, gloria, gloria a ti. Devaki!. (*Atharva Veda*). ¿Eran los anacoretas?. ¿Eran los Devas quienes cantaban así?. A veces, le parecía que una influencia lejana o una presencia misteriosa, como una mano invisible extendida sobre ella, la obligaba a dormir. Entonces caía en un sueño profundo, suave, inexplicable, del que salía confusa y turbada. Se volvía como para buscar a alguien, pero a nadie veía. Solamente encontraba, a veces, rosas sembradas sobre su lecho de hojas, o una corona de loto entre sus manos.

Un día, Devaki cayó en un éxtasis más profundo. Oyó ella una música celeste, como un océano de arpas y de voces divinas. De repente, el cielo se abrió en abismos de luz. Miles de seres espléndidos la miraban, y en el fulgor de un rayo deslumbrante, el sol de los soles, Mahadeva, se le apareció en forma humana. Iluminada por el Espíritu de los mundos, perdió el conocimiento, y en el olvido de la tierra, en una felicidad sin límites, concibió al niño divino. (*Una nota es indispensable acerca del sentido simbólico de la leyenda y sobre el origen real de aquellos que han llevado en la historia el nombre de hijos de Dios. Según la doctrina secreta de la India, que fue también la de los iniciados de Egipto y de Grecia, el alma humana es hija del cielo, puesto que, antes de nacer sobre la tierra, ha tenido una serie de existencias corporales y espirituales. El padre y la madre no engendran, pues, más que el cuerpo del niño, porque su alma viene de otra parte. Esta ley universal se impone a todos, y los más grandes profetas no escapan a ella. Lo que importa creer es que el profeta viene de un mundo divino, y eso, los verdaderos hijos de Dios lo prueban por su vida y por su muerte. Pero los*

iniciados antiguos no han creído deber comunicar tales cosas al vulgo. Algunos de los que han aparecido en el mundo como enviados divinos fueron hijos de iniciados).

Cuando siete lunas hubieron descrito sus círculos mágicos alrededor de la selva sagrada, el jefe de los anacoretas llamó a Devaki. “La voluntad de los Devas se ha cumplido — dijo —. Has concebido en la pureza del corazón y en el amor divino. Virgen y madre, te saludamos. Un hijo nacerá de ti, que será el salvador del mundo. Tu hermano Kansa te busca para matarte, con el tierno fruto que llevas en tu seno. Es necesario escapar a su persecución. Los hermanos van a guiarte a las viviendas de los pastores que habitan al pie del monte Meru, bajo los cedros olorosos, en el aire puro del Himavat. Allí darás a luz tu hijo divino, y le llamarás Krishna, el consagrado. Que él ignore su origen y el tuyo; no le hables de ello nunca. Ve sin temor, pues velaremos por ti”.

Y Devaki se fue a vivir con los pastores del monte Meru.

IV LA JUVENTUD DE KRISHNA

Al pie del monte Meru se extendía un fresco valle lleno de praderas y dominado por vastos bosques de cedros, por donde pasaba el soplo puro del Himavat. En este alto valle habitaba un pueblo de pastores sobre el cual reinaba el patriarca Nanda, amigo de los anacoretas. Allí Devaki encontró un refugio contra las persecuciones del tirano de Madura; y allí, en la morada de Nanda, nació su hijo Krishna. A excepción de Nanda, nadie supo quién era la extranjera y de dónde procedía aquel hijo. Las mujeres del país dijeron únicamente: “Es un hijo de los Gandharvas. *(Son los genios que, en toda la poesía india, se supone presiden a los matrimonios de amor)*. Porque los músicos de Indra deben haber presidido a los amores de esa mujer que parece una ninfa celeste, una Apsara”. El hijo maravilloso de la mujer desconocida creció entre los rebaños y los pastores, ante los ojos de su madre. Le llamaban “el Radiante”, porque su sola presencia, su sonrisa y sus grandes ojos tenían el don de difundir la alegría. Animales, niños, mujeres, hombres, todo el mundo le quería, y él parecía querer a todo el mundo, sonriendo a su madre, jugando con las ovejas y los niños de su edad o hablando con los viejos. El niño Krishna no tenía temor alguno; lleno de audacia ejecutaba acciones sorprendentes. A veces se le encontraba en los bosques, recostado sobre el musgo, abrazando a jóvenes panteras y abriéndoles la boca sin que se atreviesen a morderle. Tenía también inmovilidades repentinas, admiraciones profundas, tristezas extrañas. Entonces se apartaba de todos, y grave, absorto, miraba sin responder. Pero sobre todas las cosas y todos los seres, Krishna adoraba a su joven madre, tan bella, tan radiante, que le hablaba del cielo de los Devas, de combates heroicos y de cosas maravillosas que ella había aprendido con los anacoretas. Y los pastores que conducían sus rebaños bajo los cedros del monte Meru decían: “¿Quién es esta madre y quién su hijo?. Aunque vestida como nuestras mujeres, parece una reina. El hijo maravilloso se ha criado con los nuestros, y sin embargo no se les parece. ¿Es un genio?. ¿Es un dios?. Quienquiera que sea, nos traerá felicidad”.

Cuando Krishna tuvo quince años, su madre Devaki fue vuelta a llamar por el jefe de los anacoretas. Un día desapareció sin decir adiós a su hijo.

Krishna, no viéndola ya, fue a buscar al patriarca Nanda y le dijo:

— ¿Dónde está mi madre?

Nanda respondió, inclinando la cabeza: — Hijo mío, no me lo preguntes. Tu madre ha partido para un largo viaje. Ha vuelto al país de donde vino, y no sé cuándo volverá.

Krishna no respondió nada, pero cayó en una meditación tan profunda que todos los niños se apartaban de él como sobrecogidos por un temor supersticioso. Krishna abandonó a sus compañeros, dejó sus juegos, y perdido en sus pensamientos, se fue solo por el monte Meru y erró así durante varias semanas. Una mañana llegó a una alta cima cubierta de árboles, desde donde la vista se extendía sobre la cordillera del Himavat. De repente divisó cerca de él un anciano, de elevada estatura, vestido con el traje blanco de los anacoretas, en pie bajo los cedros gigantes, bañado por la luz matutina. Parecía un centenario; su barba de nieve y su frente brillaban con majestad. El joven lleno de vida y el anciano se miraron largo tiempo. Los ojos del viejo se posaban con complacencia sobre Krishna. Éste quedó tan maravillado al verle, que enmudeció lleno de admiración. Aunque por primera vez le veía, pareció conocerle.

— ¿A quién buscas? — le dijo por fin el anciano.

— A mi madre.

— Tu madre no está ya aquí.

— ¿Dónde la encontraré?

— Al lado de Aquel que no cambia nunca.

— Pero ¿cómo encontrar a Aquel?

— Busca.

— Y a ti, ¿te volveré a ver?

— Sí; cuando la hija de la Serpiente incite al crimen al hijo del Toro, entonces me volverás a ver en una aurora de púrpura. Entonces matarás al Toro y aplastarás la cabeza de la Serpiente. Hijo de Mahadeva, sabe que tú y yo no formamos más que uno solo en Aquél. ¡Busca, busca, busca siempre!

Y el centenario extendió las manos en signo de bendición. Después se volvió dando algunos pasos bajo los altos cedros, en dirección del Himavat. De pronto pareció a Krishna que su forma majestuosa se volvía transparente, después temblorosa, y desapareció en el brillo de las finas hojas de las ramas, en una vibración luminosa. *(Es una creencia constante en la India que los grandes ascetas pueden manifestarse a distancia bajo una apariencia visible, mientras su cuerpo queda sumergido en un sueño cataléptico).*

Cuando Krishna descendió del monte Meru, parecía como transformado.

Una energía nueva irradiaba de su ser. Reunió a sus compañeros y les dijo: “Vamos a luchar contra los toros y las serpientes; vamos a defender a los buenos y a subyugar a los malvados”.

Con el arco en la mano y la espada al cinto, Krishna y sus amigos, los hijos de sus pastores, convertidos en guerreros, comenzaron a batir las selvas luchando contra las bestias feroces. En el fondo de los bosques, se oían los aullidos de las hienas, los chacales, los tigres, y los gritos de triunfo de los jóvenes. Krishna mató y domó leones, hizo la guerra a reyes y libertó a tribus oprimidas. Más la tristeza invadía el fondo de su corazón. Su alma sólo tenía un deseo profundo, misterioso, oculto: encontrar a su madre y volver a hallar al extraño y sublime anciano. Recordaba sus palabras: “¿No me prometió que le vería cuando aplastase la cabeza de la serpiente?. ¿No me dijo que encontraría a mi madre al lado de Aquel que no cambia nunca?”. Pero por mucho que luchaba y vencía, no había vuelto a ver ni al viejo sublime ni a su madre radiante. Un día oyó hablar de Kalayeni, el rey de las serpientes, y pidió luchar con el más terrible de sus animales en presencia del mago negro. Se decía que aquel animal, adiestrado por Kalayeni, había ya devorado centenares de hombres, y que su mirada helaba de espanto a los más valientes. Del fondo del templo tenebroso de Kali, Krishna vio salir, a la voz de Kalayeni, un largo reptil azul verdoso. La serpiente enderezó lentamente su cuerpo grueso, hinchó su cresta rojiza, y sus ojos penetrantes se encendieron en su cabeza monstruosa, cubierta de conchas relucientes. “Esta serpiente, dijo Kalayeni, sabe muchas cosas, es un demonio poderoso. No se las dirá más que a quien la mate; ella mata a los vencidos. Te ha visto, te mira, estás en su poder. Sólo te resta adorarla o perecer en una lucha insensata”. A estas palabras, Krishna se indignó, porque sentía que su corazón era como la punta del rayo. Miró a la serpiente y se lanzó sobre ella, cogiéndola por debajo de la cabeza. Hombre y serpiente rodaron por las escaleras del templo. Pero antes que el reptil se le hubiese enroscado, Krishna le cortó la cabeza con su espada y, desembarazándose del cuerpo, que se retorció aún, el joven vencedor levantó, con aire de triunfo, la cabeza de la serpiente en su mano izquierda. Aquella cabeza vivía aún; miraba a Krishna y le dijo: “¿Por qué me has matado, hijo de Mahadeva? ¿Crees encontrar la verdad matando a los vivos?. ¡Insensato: no la encontrarás más que agonizando tú mismo. La muerte está en la vida, la vida está en la muerte. Teme a la hija de la serpiente y a la sangre vertida. ¡Guárdate! ¡Ten cuidado!”. Hablando así, la serpiente murió. Krishna dejó caer la cabeza del reptil y se marchó lleno de horror. Kalayeni dijo: “No puedo nada sobre este

hombre; sólo Kali podría dominarle con un encanto”.

Tras un mes de abluciones y de oración en la orilla del Ganges, luego de haberse purificado en la luz del sol y en el pensamiento de Mahadeva, Krishna volvió a su país natal, entre los pastores del monte Meru.

La luna de otoño mostraba sobre los bosques de cedros su globo resplandeciente; de noche el aire se embalsamaba con el perfume de los lirios silvestres, donde las abejas murmuraban durante el día. Sentado bajo un gran cedro, al borde de una pradera, Krishna, cansado de los varios combates de la tierra, soñaba en combates celestes y en lo infinito del cielo. Cuanto más pensaba en su radiante madre y en el anciano sublime, más sus hazañas juveniles le parecían despreciables, y más las cosas del cielo se le hacían vivas. Un encanto consolador, una divina reminiscencia, le inundaban por completo. Un himno de reconocimiento a Mahadeva subió de su corazón y desbordó de sus labios en una melodía, suave y angélica. Atraídas por aquel canto maravilloso, las Gopis, las hijas y las mujeres de los pastores, salieron de sus moradas. Las primeras, al ver a las mayores de la familia en su camino, volvieron a entrar en seguida, después de simular que cogían flores. Algunas se aproximaron más, llamando: ¡Krishna!, ¡Krishna!, y después huyeron avergonzadas. Animándose poco a poco, las mujeres rodearon a Krishna por grupos, como gacelas tímidas y curiosas encantadas por sus melodías. Él, abstraído en el sueño de los dioses, no las veía. Atraídas más y más por su canto, las Gopis comenzaron a impacientarse de que no se fijara en ellas. Nichdali, la hija de Nanda, con los ojos cerrados, había caído en una especie de éxtasis. Su hermana Sarasvati, más atrevida, se deslizó al lado del hijo de Devaki, y le dijo con voz cariñosa:

— ¡Oh, Krishna!. ¿No ves que te escuchamos y que no podemos dormir en nuestras moradas?. Tus melodías nos han embelesado, ¡Oh, héroe adorable!, y henos aquí, encadenadas a tu voz, y no pudiendo ya vivir sin ti.

— Canta más — dijo una joven —; enséñanos a modular nuestras voces.

— Enséñanos la danza — dijo una mujer, y Krishna, saliendo de su sueño, lanzó sobre las Gopis benévolas miradas. Les dirigió palabras amables, y cogiéndolas de la mano, las hizo sentar sobre el césped, a la sombra de los grandes cedros, bajo la luz de la luna brillante. Entonces les contó lo que había visto en su ensimismamiento: la historia de los dioses y de los héroes, las guerras de Indra, y las hazañas del divino Rama. Mujeres y mozas escuchaban encantadas. Aquellas narraciones duraban hasta el alba. Cuando la rosada aurora subía tras el monte Meru, y los kokilas comenzaban a cantar bajo los cedros, las hijas y las mujeres de los Gopis volvían furtivamente a sus

viviendas. Pero al día siguiente, en cuanto la luna mágica mostraba su creciente, volvían más ávidas de escucharle. Krishna, al ver que se exaltaban con sus relatos, las enseñó a cantar con sus voces y a figurar con sus gestos las acciones sublimes de los héroes y de los dioses. A las unas dio vinas, de cuerdas vibrantes como almas; a las otras, címbalos, sonoros como los corazones de los guerreros, y tambores, que imitaban el trueno. Eligiendo a las más bellas, las animaba con sus pensamientos, y, con los brazos extendidos, andando y moviéndose en un sueño divino, las bailarinas sagradas representaban la majestad de Varuna, la cólera de Indra matando al dragón, o la desesperación de Maya abandonada. De este modo, los combates y la gloria eterna de los dioses, que Krishna había contemplado en sí mismo, revivían en aquellas mujeres dichosas y transfiguradas.

Una mañana, las Gopis se habían dispersado. Los timbres de sus instrumentos variados, de sus voces musicales y alegres se habían perdido a lo lejos. Krishna, solo bajo el gran cedro, vio venir a las dos hijas de Nanda: Sarasvati y Nichdali, que se sentaron a su lado. Sarasvati, echando sus brazos alrededor del cuello de Krishna, y haciendo ruido con sus brazaletes, le dijo: “Al enseñarnos los cantos y las danzas sagradas, has hecho de nosotras las más dichosas de las mujeres; pero seremos las más desdichadas cuando te marches. ¿Qué será de nosotras cuando no te veamos más?. ¡Oh Krishna!. Sé nuestro esposo: mi hermana y yo seremos tus mujeres fieles, y nuestros ojos no tendrán el dolor de perderte”. Mientras Sarasvati hablaba así, Nichdali cerró los párpados como si cayera en éxtasis.

— Nichdali; ¿Por qué cierras los ojos? — preguntó Krishna.

— Está celosa — respondió Sarasvati riendo —. No quiere ver mis brazos rodeando tu cuello.

— No — respondió Nichdali ruborizándose —: cierro los ojos para contemplar tu imagen que está grabada en el fondo de mí misma. Krishna, puedes marchar: no te perderé nunca. Krishna estaba pensativo. Rechazó sonriendo los brazos de Sarasvati, que apasionadamente oprimían su cuello, y mirando alternativamente a las dos mujeres, pasó sus brazos alrededor de sus talles. Primero posó su boca sobre los labios de Sarasvati, luego sobre los ojos de Nichdali. En esos dos largos besos, el joven Krishna pareció sondear y saborear todas las voluptuosidades de la tierra. Más, de repente, se estremeció y dijo:

— Eres hermosa, ¡Oh, Sarasvati!, tú cuyos labios tienen el perfume del ámbar y de todas las flores; eres adorable, ¡Oh Nichdali!, tú cuyos párpados velan profundos ojos y sabes sondear tu propia alma. Os amo a las dos. Pero

¿Cómo voy a ser vuestro esposo, puesto que mi corazón tendría que dividirse entre ambas?.

— ¡No amaré nunca! — dijo Sarasvati con despecho.

— Sólo amaré con amor eterno...

— ¿Y qué es preciso para que ames así? — dijo Nichdali con ternura. Krishna se había levantado; sus ojos llameaban.

— ¿Para amar con amor eterno? — dijo —. ¡Es preciso que la luz del día se extinga, que el rayo caiga en mi corazón, y que un alma se lance fuera de mí hasta el fondo del cielo!.

Mientras hablaba, pareció a las jóvenes que crecía de un codo. De repente, tuvieron miedo de él, y volvieron a su casa llorando. Krishna tomó solo el camino del monte Meru. La noche siguiente, las Gopis se reunieron para sus juegos, pero en vano esperan a su maestro. Había desaparecido, no dejando más que una esencia, un perfume de su ser: los cantos y las danzas sagradas.

V INICIACIÓN

Entre tanto, el rey Kansa, al saber que su hermana Devaki había vivido con los anacoretas, sin haberla podido descubrir, empezó a perseguirlos como a bestias feroces, teniendo aquéllos que refugiarse en la parte más recóndita y más salvaje de la selva. Entonces su jefe, el viejo Vasichta, el centenario, se puso en camino para hablar al rey de Madura. Los guardias vieron con admiración aparecer ante las puertas del palacio a un anciano ciego, guiado por una gacela que llevaba atada. Llenos de respeto al rishi, le dejaron pasar. Vasichta se aproximó al trono, donde Kansa estaba sentado al lado de Nysumba, y le dijo:

— Kansa, rey de Madura, desgraciado de ti, hijo del Toro, que persigues a los solitarios de la selva santa. Desgraciada de ti, hija de la Serpiente, que le inspiras el odio. Vuestro castigo está próximo. Sabed que el hijo de Devaki vive. Vendrá cubierto con una armadura invulnerable y te arrojará desde tu trono a la ignominia. Ahora, temblad y temed; es el castigo que los Devas os asignan.

Los guerreros, los guardias, los servidores, se habían prosternado ante el santo centenario, que volvió a salir conducido por su gacela, sin que nadie se atreviera a tocarle. Pero a partir de aquel día, Kansa y Nysumba pensaron en los medios de hacer morir secretamente al rey de los anacoretas. Devaki había muerto, y nadie aparte de Vasichta sabía que Krishna era su hijo. El ruido de las hazañas de éste había llegado a oídos del rey. Kansa pensó: “Tengo necesidad de un hombre fuerte para defenderme!. El que ha matado a la gran serpiente de Kalayeni, no tendrá miedo del anacoreta”. Kansa mandó decir al patriarca Nanda: “Envíame al joven héroe Krishna para que sea el conductor de mi carro y mi primer consejero”. *(En la India antigua, esas dos funciones estaban con frecuencia reunidas en una misma persona. Los conductores de los carros de los reyes eran grandes personajes y frecuentemente los ministros de los monarcas. Los ejemplos son numerosísimos en la poesía indostánica).* Nanda comunicó a Krishna la orden del rey y Krishna respondió: “Iré.” Aparte pensaba: “¿El rey de Madura será Aquel que no cambia jamás?. Por él sabré dónde está mi madre”. Kansa, viendo la fuerza, la destreza y la inteligencia de Krishna, le

estimaba mucho y le confió la guardia de su reino. Nysumba, al ver al héroe del monte Meru, se estremeció en su carne con un deseo impuro, y su espíritu sutil tramó un proyecto tenebroso a la luz de un pensamiento criminal.

Sin que el rey lo supiera, llamó a su gineceo al conductor del carro. Como maga que era, poseía el arte de rejuvenecerse momentáneamente por medio de filtros poderosos. El hijo de Devaki encontró a Nysumba, la de los senos de ébano, casi desnuda, sobre un lecho de púrpura: anillos de oro ceñían sus tobillos y sus brazos; una diadema de piedras preciosas chispeaba sobre su cabeza. A sus pies ardía un pebetero de cobre, del que se escapaba una nube de perfumes.

—Krishna — dijo la hija del rey de las serpientes —, tu frente es más tranquila que la nieve del Himavat y tu corazón es como la punta del rayo. En tu inocencia resplandesces sobre los reyes de la tierra. Aquí, nadie te ha reconocido; tú te ignoras a ti mismo. Yo sola sé quién eres; los Devas han hecho de ti el dueño de los hombres; yo sola puedo hacer de ti el dueño del mundo. ¿Quieres?.

— Si Mahadeva habla por tu boca — dijo Krishna con grave acento — me dirás, dónde está mi madre y dónde encontraré al gran anciano que me habló bajo los cedros del monte Meru.

— ¿Tu madre? — dijo Nysumba con desdeñosa sonrisa —; no soy yo ciertamente quien te lo enseñará; en cuanto a tu anciano, no le conozco. ¡Insensato!, persigues sueños y no ves los tesoros de la tierra que yo te ofrezco. Hay seres que llevan la corona y que no son reyes. Hay hijos de pastores que llevan la realeza en su frente y que no conocen su fuerza. Tú eres fuerte, joven, bello; los corazones están contigo. Mata al rey durante su sueño y yo pondré la corona sobre tu cabeza y serás el dueño del mundo. Porque yo te amo y me estás predestinado. Lo quiero, lo ordeno.

Mientras hablaba así, la reina se, había levantado imperiosa, fascinante, terrible como una hermosa serpiente. En pie sobre su lecho, lanzó con sus ojos negros una llama tan sombría en los ojos límpidos de Krishna, que éste se estremeció espantado. En aquella mirada, el infierno se le apareció. Vio el abismo del templo de Kali, diosa del Deseo y de la Muerte, y las serpientes que allí se retorcían en una agonía eterna. Entonces, repentinamente, los ojos de Krishna parecieron como dos dagas. Sus miradas traspasaron a la reina de parte a parte, y el héroe del monte Meru exclamó:

— Soy fiel al rey que me ha tomado por defensor; pero tú, sábelo: morirás.

Nysumba lanzó un grito penetrante, y rodó sobre su cama, mordiendo la púrpura. Toda su juventud ficticia se había desvanecido, volviéndose vieja y arrugada. Krishna, dejándola con su cólera, salió.

Perseguido noche y día por las palabras del anacoreta, el rey de Madura dijo a su conductor de carro:

— Desde que el enemigo ha puesto el pie en mi palacio, no duermo ya en paz sobre mi trono. Un mago infernal llamado Vasichta, que vive en una profunda selva, ha venido a lanzarme su maldición. Desde entonces, no respiro: el anciano ha emponzoñado mis días. Pero contigo no temo nada, no le temo. Ven conmigo a la selva maldita. Un espía que conoce todos los senderos nos conducirá.

“En cuanto lo veas, corre hacia él y hiérello, sin darle tiempo a decirte una palabra o lanzarte una mirada. Cuando esté herido mortalmente, pregúntale dónde está el hijo de mi hermana Devaki, y cuál es su nombre. La paz de mi reino depende de este misterio”.

— En verdad — respondió Krishna —, no he tenido miedo de Kalayeni ni de la serpiente de Kali. ¿Quién podría hacerme temblar ahora?. Por poderoso que sea ese hombre, sabré lo que te oculta.

Disfrazados de cazadores, marchaban sobre un carro tirado por caballos fogosos; el espía que había explorado la selva iba detrás. Era el principio de la estación de lluvias. Los ríos se henchían, las plantas recubrían los caminos, y la línea blanca de las cigüeñas surcaba las brumas. Cuando se aproximaron al bosque sagrado, el horizonte se ensombreció, el sol se veló, la atmósfera se llenó de una niebla cobriza. Del cielo tempestuoso pendían nubes como trombas, sobre la cabellera asustada de los bosques.

— ¿Por qué — dijo Krishna al rey — el cielo se ha oscurecido de repente, y la selva se pone negra?.

— Lo sé — dijo el rey de Madura —; es Vasichta, el malvado solitario, que ensombrece el cielo y eriza contra mí el bosque maldito. Pero, Krishna, ¿tienes miedo?.

— Aunque el cielo cambie de aspecto y la tierra de color, nada temo.

— Entonces, avanza.

Krishna fustigó a los caballos, y el carro entró bajo la sombra espesa de las baobabs, corriendo algún tiempo con velocidad maravillosa. Pero la selva se volvía cada vez más salvaje y más terrible. Los relámpagos la iluminaron; el trueno retumbó.

— Jamás — dijo Krishna — he visto el cielo tan negro ni retorcerse así los árboles. ¡Bien poderoso es tu mago!.

— Krishna, matador de serpientes, héroe del monte Meru, ¿Tienes miedo?.

— Aunque la tierra tiemble y el cielo se hunda, no tengo miedo.

— Entonces, ¡adelante!.

De nuevo el intrépido conductor fustigó a los caballos, y el carro continuó su carrera. Entonces, la tempestad se volvió tan espantosa que los árboles gigantes se inclinaron. La selva sacudida gimió como estremecida por el alarido de mil demonios. El rayo cayó al lado de los viajeros; un boabab roto obstruyó el camino; los caballos se detuvieron, y la tierra tembló.

— ¿Es, pues, un dios tu enemigo? — dijo Krishna —. Porque Indra mismo le protege.

— Tocamos al objetivo — dijo el espía al rey —. Mira este sendero entre el césped. Al final se ve una cabaña miserable. Allí habita Vasichta, el gran muni, el que alimenta a los pájaros, temido por las fieras y protegido por una gacela, Pero ni por una corona de rey daré un paso más.

A estas palabras, el rey de Madura se había puesto lívido. “¿Es allí realmente, detrás de aquellos árboles?”. Y cogiéndose tembloroso a Krishna, murmuró en voz baja, estremeciéndose todos sus miembros:

— Vasichta, Vasichta, el que medita mi muerte, está allí. Me ve desde el fondo de su retiro... Su ojo me persigue. ¡Líbrame de él!.

— Sí, por Mahadeva — dijo Krishna, bajando del carro y saltando por encima del tronco del baobab —, quiero ver al que te hace temblar así.

El muni centenario Vasichta vivía hacía un año en aquella cabaña escondida en lo más profundo de la selva santa, esperando la muerte. Antes de morir el cuerpo, se había libertado de la prisión de la materia. Sus ojos se habían extinguido, pero veía por el alma. Su piel percibía apenas el calor y el frío, pero su espíritu vivía, en una unidad perfecta con el Espíritu soberano. No veía ya las cosas de este mundo más que a través de la luz de Brahma, rezando, meditando sin cesar. Un discípulo fiel le llevaba diariamente a la ermita los granos de arroz de que vivía. La gacela que comía en su mano, le advertía bramando de la proximidad de las fieras. Entonces las alejaba murmurando un mantra, y extendiendo su bastón de bambú de siete nudos. En cuanto a los hombres, quienesquiera que fuesen, los veía por medio de su mirada interna, desde varias leguas de distancia.

Krishna, marchando por el estrecho sendero, se encontró de repente frente a Vasichta. El rey de los anacoretas estaba sentado, las piernas cruzadas sobre una estera, apoyado contra el poste que sostenía su cabaña, en una paz profunda. De sus ojos de ciego salía un resplandor interno de vidente. En

cuanto Krishna le vio, reconoció que era “¡el sublime anciano!”. Sintió una conmoción de alegría, y el respeto inclinó hacia él su alma entera. Olvidando al rey, su carro y su reino, se arrodilló ante el santo y le adoró.

Vasichta parecía verle. Su cuerpo, apoyado en la cabaña, se enderezó por una ligera oscilación, extendió los dos brazos para bendecir a su huésped y sus labios murmuraron la sílaba sagrada: ¡AUM!. *(En la iniciación brahmánica significa: el Dios supremo, el Dios Espíritu. Cada una de estas letras corresponde a una de las facultades divinas, popularmente hablando a una de las personas de la Trinidad)*. El rey Kansa, al no oír nada, ni ver volver a su conductor, se deslizó con furtivo paso por el sendero y quedó petrificado de asombro viendo a Krishna arrodillado ante el santo anacoreta. Éste dirigió a Kansa sus ojos de ciego y, levantando su bastón, dijo:

— Rey de Madura, vienes a matarme; está bien.

Porque vas a libertarme de la miseria de este cuerpo. ¿Quieres saber dónde está el hijo de tu hermana Devaki, que ha de destronarte?. Helo aquí, indinado ante mí y ante Mahadeva, y es Krishna, tu propio conductor. Considera cuán insensato eres y cuán maldito, puesto que tu enemigo más terrible es ese mismo. Me lo has traído para que yo le diga que es el predestinado. ¡Tiembla!. Estás perdido, pues tu alma infernal va a ser la presa de los demonios.

Kansa escuchaba estupefacto. No osaba mirar al anciano cara a cara; pálido de ira y viendo a Krishna de rodillas, cogió su arco, y tendiéndolo con toda su fuerza, lanzó una flecha contra el hijo de Devaki. Pero el brazo había temblado, y la flecha se desvió, yéndose a clavar en el pecho de Vasichta, que, con los brazos en cruz, parecía esperarla como en éxtasis.

Un grito se oyó, un grito terrible, no del pecho del anciano, sino del de Krishna. El había sentido vibrar la flecha en su oído, la había visto en la carne del santo... y le parecía que se había clavado en su propio corazón; de tal modo su alma en ese instante se había identificado con la del rishi. Con esta flecha aguda, todo el dolor del mundo traspasó el alma de Krishna, la desgarró hasta sus profundidades.

Entre tanto, Vasichta con la flecha en su pecho, sin cambiar de postura, agitaba aún los labios y murmuró:

— Hijo de Mahadeva, ¿Por qué lanzar ese grito?.

Matar es vano. La flecha no puede herir al alma, y la víctima es el vencedor del asesino. Triunfa, Krishna; el destino se cumple; yo vuelvo a Aquel que no cambia jamás. Que Brahma reciba mi alma. Pero tú, su elegido, salvador del mundo, ¡en pie!, ¡Krishna!, ¡Krishna!.

Krishna se levantó con la mano en su espada; quiso volverse contra el rey. Pero Kansa había huido.

Entonces un resplandor hendió el negro cielo, y Krishna cayó a tierra como herido por el rayo bajo una luz deslumbradora. Mientras su cuerpo permanecía insensible, su alma, unida a la del anciano, por el poder de la simpatía, subió en los espacios. La tierra, con sus ríos, sus mares, sus continentes, desapareció como una negra esfera y los dos se levantaron al séptimo cielo de los Devas, hasta el Padre de los seres, el sol de los soles, Mahadeva, la inteligencia divina. Ambos se sumergieron en un océano de luz que se abría ante ellos. En el centro de la esfera, Krishna vio a Devaki, su madre radiante, su madre glorificada, que con sonrisa inefable, le tenía los brazos, le atraía a su seno. Millares de Devas venían a beber en la radiación de la Virgen-Madre, como en un foco incandescente. Y Krishna se sintió reabsorbido en una mirada de amor de Devaki. Entonces, del corazón de la madre luminosa, su ser irradió a través de todos los cielos. Sintió que él era el Hijo, el alma divina de todos los seres, la Palabra de Vida, el Verbo creador superior a la vida universal; él la penetraba, sin embargo por la esencia del dolor, por el fuego de la oración y la felicidad de un divino sacrificio.

Cuando Krishna volvió en sí, el trueno retumbaba aún en el cielo, la selva estaba sombría y torrentes de lluvia caían sobre la cabaña. Una gacela lamía la sangre sobre el cuerpo del asceta atravesado. “El anciano sublime” ya no era más que un cadáver. Pero Krishna se levantó como resucitado. Un abismo le separaba del mundo y de sus vanas apariencias. El había percibido la gran verdad y comprendido su misión. En cuanto al rey Kansa, lleno de espanto, huía sobre su carro perseguido por la tempestad, y sus caballos se encabritaban como fustigados por mil demonios.

(La leyenda de Krishna nos lleva a la fuente misma de la idea de la Virgen-Madre, el Hombre-Dios y de la Trinidad. En la India, esta idea aparece, desde el origen, en su simbolismo transparente, con su profundo sentido metafísico. En el libro Y, capítulo II, el Vishnu-Purana, después de contar la concepción de Krishna por Devaki, añade: “Nadie podía mirar a Devaki a causa de la luz que la envolvía, y los que contemplaban su esplendor sentían su espíritu turbado; los dioses, invisibles a los mortales, celebraban continuamente sus alabanzas desde que Vishnú estaba encerrado en su persona”. Ellos decían: “Tú eres esa Prakriti infinita y sutil y que llevó antes a Brahma en su seno; tú fuiste luego la diosa de la Palabra, la

energía del Creador del universo y la madre de los Vedas. ¡Oh, tú!, ser eterno, que comprendes en tu substancia la esencia de todas las cosas creadas, tú eres idéntica con la creación, tú eres el sacrificio de donde procede cuanto produce la tierra; tú eres la madera que por el frotamiento engendra el fuego. Como Aditi, eres la madre de los dioses; como Diti, eres la de los Daytas, sus enemigos. Tú eres la luz de donde nace el día, eres la humildad, madre de la verdadera sabiduría, tú eres la política de los reyes, madre del orden; tú eres el deseo de que nace el amor; tú eres la satisfacción de donde la resignación deriva; tú eres la inteligencia, madre de la ciencia; tú eres la paciencia, madre del valor; todo el firmamento y las estrellas son tus hijos; de ti procede todo cuanto existe... Tú has descendido a la tierra para la salvación del mundo. Ten compasión de nosotros, ¡Oh Diosa!, y muéstrate favorable al universo; sé orgullosa de llevar en ti al Dios que sostiene al mundo”. Este pasaje prueba que los brahmanes identificaban a la madre de Krishna con la substancia universal y el principio femenino de la Naturaleza. De éste hicieron ellos la segunda persona de la Trinidad divina, de la tríada inicial y no manifestada. El Padre, Nara (Eterno-Masculino); la Madre, Nari (Eterno-Femenino) y el hijo, Viradi (Verbo-Creador), tales son las facultades divinas. En otros términos: el principio intelectual, el principio plástico, el principio productor. Los tres juntos constituyen la natura naturans, para emplear un término de Spinoza. El mundo organizado, el universo vivo, natura naturata, es el producto del verbo creador, que se manifiesta a su vez bajo sus formas: Brahma, el Espíritu, corresponde al mundo divino; Vishnú, el alma, responde al mundo humano; Siva, el cuerpo, se refiere al mundo natural. En estos tres mundos, el principio masculino y el principio femenino (esencia y substancia) son igualmente activos, y el Eterno femenino se manifiesta a la vez en la naturaleza terrestre, humana y divina. Isis es triple, Cibeles también. Se ve, así concebida, que la doble trinidad, la de Dios y la del Universo, contiene los principios y el cuadro de una teodicea y de una cosmogonía. Es justo reconocer que esta idea-madre ha salido de la India. Todos los templos antiguos, todas las grandes religiones y varias filosofías célebres, la han adoptado. Desde el tiempo de los apóstoles y en los primeros siglos del cristianismo, los iniciados cristianos reverenciaban el principio femenino de la naturaleza visible e invisible, bajo el nombre de Espíritu Santo, representado por una paloma, signo de la potencia femenina en todos los templos de Asia y de Europa.

Si después la Iglesia ha ocultado y perdido la clave de sus misterios, su sentido se halla aún escrito en sus símbolos.

VI LA DOCTRINA DE LOS INICIADOS

Krishna fue saludado por los anacoretas como el sucesor esperado y predestinado de Vasichta. Se celebró el srada, o ceremonia fúnebre del santo anciano, en la selva sagrada, y el hijo de Devaki recibió el bastón de siete nudos, signo de mando, después de haber hecho el sacrificio del fuego en presencia de los más antiguos anacoretas, de los que saben de memoria los tres Vedas. En seguida, Krishna se retiró al monte Meru para meditar allí su doctrina y el camino de salvación para los hombres. Sus meditaciones y sus austeridades duraron siete años. Entonces sintió que había dominado a su naturaleza terrestre por medio de su naturaleza divina, y que se había identificado suficientemente, con el Sol de Mahadeva para merecer el nombre de hijo de Dios. Entonces llamó a su lado a los anacoretas jóvenes y ancianos para revelarles su doctrina. Encontraron ellos a Krishna purificado y engrandecido: el héroe se había transformado en santo; no había perdido la fuerza de los leones, pero había ganado la dulzura de las palomas. Entre los que acudieron en primer término se encontraba Arjuna, un descendiente de los reyes solares, uno de los Pandavas destronados por los Kuravas o reyes lunares. El joven Arjuna era apasionado, lleno de fuego, pero pronto a descorazonarse y caer en la duda, y se entusiasmó apasionadamente con las doctrinas de Krishna.

Sentado bajo los cedros del monte Meru, frente al Himavat, Krishna comenzó a hablar a sus discípulos de las verdades inaccesibles a los hombres que viven en la esclavitud de los sentidos. Les enseñó la doctrina del alma inmortal, de sus renacimientos, y de su unión mística con Dios. “El cuerpo — decía —, envoltura del alma que en él mora, es una cosa finita; pero el alma que le habita es invisible, imponderable, incorruptible, eterna. *(El enunciado de esta doctrina, que fue más tarde la de Platón, se encuentra en el libro I del Bhagavad Gita en forma de diálogo entre Krishna y Arjuna).*

El hombre terrestre es triple como la divinidad que refleja: inteligencia, alma y cuerpo. Si el alma se une a la inteligencia, alcanza Satwa, la sabiduría y la paz; si el alma permanece incierta entre la inteligencia y el cuerpo, entonces está dominada por Raja, la pasión, y va de objeto a objeto en un círculo fatal; si, finalmente, el alma se abandona al cuerpo, entonces cae en

Tama, la sinrazón, la ignorancia y la muerte temporal. He ahí lo que cada hombre puede observar en tí mismo y a su alrededor. (*Libros XIII a XVIII Bhagavad Gita*).

— Pero — preguntó Arjona — ¿Cuál es el destino del alma después de la muerte?. ¿Obedece siempre a la misma ley, o puede escapar de ella?.

— Jamás la escapa y obedece siempre — respondió Krishna —. He ahí el misterio de los renacimientos. Como las profundidades del cielo se abren a los rayos de las estrellas, así las profundidades de la vida se iluminan a la luz de esta verdad. “Cuando el cuerpo se disuelve, y Satwa (la sabiduría) domina, el alma se eleva a las regiones de esos seres puros que tienen el conocimiento del Altísimo. Cuando el cuerpo experimenta esta disolución, mientras Raja (la pasión) reina, el alma vuelve a habitar de nuevo entre los que están apegados a las cosas de la tierra. Del mismo modo, si el cuerpo es destruido cuando Tama (la ignorancia) predomina, el alma oscurecida por la materia es de nuevo atraída por alguna matriz de seres irracionales”. (*Ibid, Libro XIV*).

— Eso es justo — dijo Arjona —. Pero enséñanos ahora lo que es, en el curso de los siglos, de los que han seguido la sabiduría y van a habitar después de su muerte en los mundos divinos.

— El hombre sorprendido por la muerte en la devoción — respondió Krishna —, luego de haber gozado durante varios siglos de las recompensas debidas a sus virtudes, en las regiones superiores, vuelve a habitar en una familia santa y respetable. Pero esta clase de regeneración en esta vida es muy difícil de obtener. El hombre así nacido de nuevo, se encuentra con el mismo grado de aplicación y de progreso, en cuanto al entendimiento, que los que tenía en su primer cuerpo, y comienza otra vez a trabajar para perfeccionarse en devoción. (*Ibid, libro Y*).

— De modo — dijo Arjuna — que aun los buenos se ven forzados a renacer y recomenzar la vida del cuerpo. Pero enséñanos, ¡Oh señor de la vida!, si para aquel que desea la sabiduría no hay fin a los eternos renacimientos.

— Escuchad, pues — dijo Krishna —, un grandísimo y profundo secreto, el misterio soberano, sublime y puro. Para alcanzar la perfección hay que conquistar la ciencia de la unidad, que está por encima de la sabiduría; hay que elevarse al ser divino que está por encima del alma, sobre la inteligencia misma. Mas este ser divino, este amigo sublime, está en cada uno de nosotros. Porque Dios reside en el interior de todo hombre, pero pocos saben encontrarle. He ahí la vía de salvación. Una vez que

hayas presentado al ser perfecto que está sobre el mundo y en ti mismo, decídate a abandonar al enemigo, que toma la forma del deseo. Domad vuestras pasiones. Los goces que procuran los sentidos son como las matrices de los sufrimientos que han de venir. No hagáis solamente el bien: sed buenos. Que el motivo esté en el acto y no en sus frutos. Renunciad al fruto de vuestras obras, pero que cada una de vuestras acciones sea como una ofrenda al Ser supremo. El hombre que hace sacrificio de sus deseos y de sus obras al ser de que proceden los principios de todas las cosas y por quien el universo ha sido formado, obtiene por este sacrificio la perfección. Unido espiritualmente, alcanza esa sabiduría espiritual que está por encima del culto de las ofrendas, y siente una felicidad divina. Porque el que encuentra en si mismo su felicidad, su gozo, y al mismo tiempo también su luz, es Uno con Dios. Y, sabedlo: el alma que ha encontrado a Dios, queda libertada del renacimiento y de la muerte, de la vejez y del dolor, y bebe el agua de la inmortalidad. (*Bhagavad Gita, passim*).

De este modo, Krishna explicaba su doctrina a sus discípulos y por la contemplación interna les elevaba, poco a poco, a las sublimes verdades que se le habían revelado bajo el relámpago de la visión. Cuando hablaba de Mahadeva, su voz se volvía más grave, sus facciones se iluminaban. Un día, Arjuna, lleno de curiosidad y de audacia, le dijo: — Haznos ver a Mahadeva en su forma divina. ¿No pueden nuestros ojos contemplarle?.

Entonces Krishna, levantándose, comenzó a hablar del ser que respira en todos los seres, el de las cien mil formas, el de innumerables ojos, el de caras vueltas hacia todos lados, y que, sin embargo, las sobrepasa con toda la altura del infinito; el que, en su cuerpo inmóvil y sin límites, encierra al universo moviente con todas sus divisiones. “Si en los cielos brillara al mismo tiempo el resplandor de mil soles, dijo Krishna, esto se parecería apenas al resplandor del único Todopoderoso”. Mientras hablaba así de Mahadeva, un rayo tal brotó de los ojos de Krishna, que los discípulos no pudieron sostener su brillo y se prosternaron a sus pies. Los cabellos de Arjuna se erizaron sobre su cabeza y encorvándose dijo, juntando las manos: “Maestro, tus palabras nos espantan y no podemos sostener la vista del gran Ser que tú evocas ante nuestros ojos. Ella nos abruma”. (*Véase esta transfiguración de Krishna en el Libro XI del Bhagavad Gita. Se la puede comparar con la transfiguración de Jesús, XVI, San Mateo. Véase el libro VIII de esta obra*).

Krishna continuó: “Escuchad lo que él nos dice por mi boca: Yo y vosotros hemos tenido varios renacimientos. Los míos sólo de mí son

conocidos, pero vosotros no conocéis ni tan siquiera los vuestros. Aunque yo no estoy, por mi naturaleza, sujeto al nacimiento y a la muerte y soy el dueño de todas las criaturas, sin embargo, como mando en mi naturaleza, me hago visible por mi propia potencia y cuantas veces la virtud declina en el mundo y el vicio y la injusticia dominan, me hago visible, y así me encuentro de edad en edad, para la salvación del justo, la destrucción del malvado y el restablecimiento de la virtud. El que conoce, según la verdad, mi naturaleza y mi obra divina, al dejar su cuerpo no vuelve a renacer de nuevo, sino que viene a mí”. (*Bhagavad Gita, libro IV. Traducción de Emile Bournouf. Cf. Schlegel et Wilkins*).

Hablando así, Krishna miró a sus discípulos con dulzura y benevolencia. Arjuna exclamó:

— ¡Señor!, tú eres nuestro dueño, tú eres el hijo de Mahadeva. Lo veo en tu bondad, en tu encanto inefable aun más que en tu resplandor terrible. No es en los vértigos del infinito donde los Devas te buscan y te desean; es bajo la forma humana como te quieren y te adoran. Ni la penitencia, ni las limosnas, ni los Vedas, ni el sacrificio valen lo que una sola de tus miradas. Tú eres la Verdad. Condúcenos a la lucha, al combate, a la muerte. A dondequiera que sea, te seguiremos.

Sonrientes y encantados, los discípulos se agrupaban alrededor de Krishna, diciendo:

— ¿Cómo no lo hemos visto antes?. Es Mahadeva quien habla en ti.

Él respondió:

— Vuestros ojos no estaban abiertos. Os he comunicado el gran secreto. No lo digáis más que a quienes puedan comprenderlo. Sois mis elegidos; vosotros veis el objetivo; la multitud no ve más que una pequeña porción del camino. Y ahora vamos a predicar al pueblo la vía de la salvación.

VII EL TRIUNFO Y LA MUERTE

Después de haber instruido a sus discípulos en el monte Meru, Krishna fue con ellos a las orillas del Djamuna y del Ganges, para convertir al pueblo. Entraba en las cabañas y se detenía en las poblaciones. Al atardecer, en los alrededores de las aldeas, la multitud se agrupaba a su alrededor. Lo que predicaba ante todo el pueblo era la caridad hacia el prójimo. “Los males con que afligimos a nuestros semejantes, decía, nos persiguen como la sombra al cuerpo. Las obras que tienen como base el amor al prójimo, son las que deben ser ambicionadas por el justo, pues serán las que pesen más en la balanza celeste. Si acompañas a los buenos, tus ejemplos serán inútiles; no temas el vivir entre los malos para conducirlos hacia el bien. El hombre virtuoso es semejante al árbol gigantesco, cuya bienhechora sombra da a las plantas que le rodean la frescura de la vida”. A veces, Krishna, cuya alma desbordaba ahora un perfume de amor, hablaba de la abnegación y del sacrificio con suave voz e imágenes seductoras: “Como la tierra soporta a quienes la pisotean y desgarran su seno al labrarla, así debemos devolver el bien por el mal. El hombre honrado debe caer bajo los golpes de los perversos como el árbol sándalo, que cuando se le corta, perfuma el hacha que le ha herido”. Cuando los semisabios, los incrédulos, le pedían les explicara la naturaleza de Dios, respondía con sentencias como ésta: “La ciencia del hombre sólo es vanidad: todas sus buenas acciones son ilusorias cuando no sabe relacionarlas a Dios. El que es humilde de corazón y de espíritu, es amado por Dios y no tiene necesidad de otra cosa. El infinito y el espacio pueden únicamente comprender lo infinito; sólo Dios puede comprender a Dios”.

No eran esas las únicas cosas nuevas de sus enseñanzas. Embelesaba y arrastraba a la multitud, sobre todo por lo que decía del Dios vivo, de Vishnú. Enseñaba que el señor del universo se había encarnado ya más de una vez entre los hombres; se había manifestado sucesivamente en los siete rishis, Vyasa y en Vasichta, y se manifestaría aún de nuevo. Pero Vishnú, al decir de Krishna, gustaba a veces de hablar por boca de los humildes: en un mendigo, en una mujer arrepentida, en un niño. Contaba al pueblo la parábola del pobre pescador Durga, que había encontrado a un niño medio muerto de hambre bajo un tamarindo. El buen Durga, aunque abrumado por la miseria y cargado

de numerosa familia, que no sabía cómo alimentar, se emocionó de piedad por el pobre niño y le llevó a su casa. El sol se había puesto, la luna subía sobre el Ganges, la familia había pronunciado la oración de la noche, cuando el niño murmuró a media voz: “El fruto del kataca purifica el agua; de igual modo las buenas acciones purifican el alma. Toma tus redes, Durga; tu barca flota sobre el Ganges”. Durga echó sus redes y cuando las retiró se rompían bajo el peso del pescado. El niño había desaparecido. Así, decía Krishna, cuando el hombre olvida su propia miseria por la de los demás, Vishnú se manifiesta y le hace dichoso en su corazón. Por medio de tales ejemplos, Krishna predicaba el culto de Vishnú. Todos se maravillaban de encontrar a Dios tan cerca de su corazón cuando hablaba el hijo de Devaki.

El renombre del profeta del monte Meru se difundió por la India. Los pastores que le habían visto crecer y habían asistido a sus primeras hazañas, no podían creer que aquel santo personaje fuera el héroe impetuoso que habían conocido. El viejo Nanda había muerto. Pero sus dos hijas Sarasvati y Nichdali, que Krishna amaba, vivían aún. Diverso había sido su destino. Sarasvati, irritada por la partida de Krishna, había buscado el olvido en el matrimonio; había sido la mujer de un hombre de casta noble, que la tomó por su belleza, pero en seguida la había repudiado y vendido a un wayshia o comerciante. Sarasvati había dejado por desprecio a aquel hombre, para convertirse en una mujer de mala vida. Luego, un día, desolada en su corazón, llena de remordimientos y de asco, volvió hacia su país y fue a buscar secretamente a su hermana Nichdali.

Ésta, pensando siempre en Krishna como si estuviera presente, no se había casado, y vivía con un hermano como sirvienta. Sarasvati le contó sus infortunios y su vergüenza, y Nichdali le respondió:

— ¡Pobre hermana mía!. Te perdono; pero mi hermano no te perdonará. Sólo Krishna podría salvarte.

Una llama brilló en los apagados ojos de Sarasvati.

— ¡Krishna! — dijo —. ¿Qué ha sido de él?.

— Es un santo, un gran profeta. Ahora predica en las orillas del Ganges.

— Vamos a buscarle — dijo Sarasvati —. Y las dos hermanas se pusieron en camino: la una agostada por las pasiones, la otra perfumada de inocencia, y, sin embargo, las dos consumidas por un mismo amor.

Krishna se disponía a enseñar su doctrina a los guerreros o kchatryas. Porque por turno predicaba a los brahmanes, a los hombres de la casta militar y al pueblo. A los brahmanes les explicaba, con la calma de la edad madura, las verdades profundas de la ciencia divina; ante los rajas celebraba las virtudes

guerreras y familiares con el fuego de la juventud; al pueblo le hablaba, con la sencillez de la infancia, de caridad, de resignación y de esperanza.

Krishna estaba sentado a la mesa de un festín, en casa de un jefe renombrado, cuando dos mujeres pidieron ser presentadas al profeta. Las dejaron entrar a causa de su traje de penitentes. Sarasvati y Nichdali fueron a postrarse ante los pies de Krishna. Sarasvati exclamó con emoción e inundada en lágrimas:

— Desde que nos dejaste, he pasado mi vida en el error y el pecado; pero si tú lo quieres, Krishna, puedes salvarme... Nichdali añadió:

— ¡Oh Krishna!. Cuando te oí en otro tiempo, supe que te amaba para siempre; ahora que te vuelvo a encontrar en tu gloria, sé que eres el hijo de Mahadeva.

Y las dos besaron sus pies. Las rajás dijeron: — ¿Por qué, santo rishi, dejas a esas mujeres del pueblo insultarte con sus palabras insensatas?. Krishna les respondió:

— Dejadlas expansionar su corazón: valen ellas más que vosotros. Porque ésta tiene la fe y la otra el amor. Sarasvati, la pecadora, queda salvada desde este momento, porque ha creído en mí, y Nichdali, en su silencio, ha amado más a la verdad que vosotros con todos vuestros gritos. Sabed, pues, que mi madre radiante, que vive en el sol de Mahadeva, le enseñará los misterios del amor eterno, cuando todos vosotros estéis aún sumergidos en las tinieblas de las vidas inferiores.

A partir de aquel día, Sarasvati y Nichdali siguieron los pasos de Krishna con sus discípulos. E inspiradas por él, enseñaron a las otras mujeres.

Kansa reinaba aún en Madura. Después del asesinato del anciano Vasichta, el rey no había encontrado paz sobre su trono. La profecía del anacoreta se había realizado: el hijo de Devaki vivía. El rey le había visto, y ante su mirada había sentido fundirse su fuerza y su reinado. Temblaba por su vida como una hoja seca, y frecuentemente, a pesar de sus guardias, se volvía bruscamente, esperando ver al joven héroe, terrible y radiante, ante su puerta. Por su parte, Nysumba, acostada en su lecho, en el fondo del gineceo, pensaba en sus poderes perdidos. Cuando supo que Krishna profeta predicaba en las orillas del Ganges, persuadió al rey a que enviara contra él una tropa, para que lo trajeran atado. Cuando Krishna vio a los soldados, sonrió y les dijo:

— Sé quienes sois y por qué venís. Presto estoy a seguirlos ante vuestro rey; pero antes dejadme hablaros del rey del cielo, que es el mío.

Y comenzó a hablar de Mahadeva, de su esplendor y de sus

manifestaciones. Cuando terminó, los soldados rindieron sus armas a Krishna, diciendo:

— No te llevaremos prisionero ante nuestro rey, sino que te seguiremos ante el tuyo.

Y quedaron con él. Kansa, al saber esto, quedó aterrado. Nysumba le dijo:

— Envíale los personajes principales del reino. Así se hizo. Fueron a la población en que Krishna predicaba. Habían prometido no escucharle. Pero cuando vieron el brillo de su mirada, la majestad de su aspecto, y el respeto que le tenía la muchedumbre, no pudieron privarse de escucharle. Krishna les habló de la servidumbre interior de los que hacen el mal, y de la libertad celeste de los que hacen el bien.

Los kchatryas quedaron sobrecogidos de gozo y de sorpresa, porque se sintieron como libertados de un peso enorme.

— En verdad, eres un gran mago — dijeron —, porque habíamos jurado conducirte ante el rey con cadenas de hierro; pero nos es imposible hacerlo, puesto que nos has libertado de las nuestras.

Fueron, pues, ante Kansa y le dijeron:

— No podemos traerte ese hombre. Es un profeta muy grande, y no tienes nada que temer de él.

El rey, viendo que todo era inútil, hizo triplicar sus guardias y poner férreas cadenas a todas las puertas de su palacio. Sin embargo, un día oyó un gran ruido en la ciudad, gritos de alegría y de triunfo. Los guardias vinieron a decirle: “Es Krishna, que entra en Madura. El pueblo hunde las puertas y rompe las cadenas de hierro”. Kansa quiso huir, pero los guardias mismos le obligaron a permanecer en su trono.

En efecto: Krishna, seguido de sus discípulos y de un gran número de anacoretas, hacía su entrada en Madura, empavesada con estandartes, en medio de una multitud nutrida de hombres, que parecía un mar agitado por el viento. Entraba bajo una lluvia de guirnaldas y de flores. Todos le aclamaban. Ante los templos, los brahmanes se agrupaban bajo los plátanos sagrados, para saludar al hijo de Devaki, al vencedor de la serpiente, al héroe del monte Meru; pero sobre todo al profeta de Vishnú. Seguido de brillante cortejo, y saludado como un libertador por el pueblo y los kchatryas, Krishna se presentó ante el rey y la reina.

— Sólo has reinado por la violencia y el mal — dijo Krishna a Kansa — y has merecido mil muertes, porque has matado al santo anciano Vasichta. Sin embargo, no morirás aún. Quiero probar al mundo que no es

quitándoles la vida como se triunfa de los enemigos vencidos, sino perdonándoles.

— Mago malvado — dijo Kansa —, me has robado mi corona y mi reino. Mátame.

— Hablas como un insensato — dijo Krishna —. Porque si murieras en tu estado de locura, de endurecimiento y de crimen, serías irremediabilmente perdido en la otra vida. Si, al contrario, comienzas a comprender tu locura y a arrepentirte de ella, tu castigo será menor, y por la intercesión de los espíritus puros, Mahadeva te salvará un día.

Nysumba, inclinada al oído del rey, murmuró:

— ¡Insensato!, aprovecha la locura de su orgullo. En tanto que se vive, queda la esperanza de vengarse.

Krishna comprendió lo que había dicho, sin haberlo oído, y la lanzó una mirada severa, de penetrante piedad.

— ¡Ah, desgraciada!; siempre tu veneno. Corruptora, maga negra, tú no tienes ya en tu corazón más que el veneno de las serpientes. Extírpate, o algún día me veré obligado a aplastar tu cabeza. Y ahora irás con el rey a un lugar de penitencia para expiar tus crímenes, bajo la vigilancia de los brahmanes.

Después de estos acontecimientos, Krishna, con el consentimiento de los grandes del reino y del pueblo, consagró a Arjuna, su discípulo, el más ilustre descendiente de la raza solar, como rey de Madura, y dio la autoridad suprema a los brahmanes, que se convirtieron en instructores de los reyes. Krishna continuó siendo el jefe de los anacoretas, que formaron el conjunto superior de los brahmanes. A fin de substraer este consejo a las persecuciones, hizo construir para ellos y para sí una ciudad fuerte en medio de las montañas, defendida por una alta muralla y por población escogida. Se llamaba Dwarka. En el centro de esta ciudad se encontraba el templo de los iniciados, cuya parte más importante estaba oculta en los subterráneos. *(El Vishnu-Purana, libro Y, capítulos XXII y XXX, habla en términos bastante transparentes de esta ciudad: “Krishna decidió, pues, construir una ciudadela donde la tribu Yada encontraría un refugio seguro, y que fuera tan fuerte, que las mismas mujeres pudiesen defenderla. La ciudad de Dwarka estaba protegida por elevadas murallas, embellecida por jardines y estanques, y era tan espléndida como Amaravati, la ciudad de Indra”. En aquella ciudad plantó el árbol Parijata “cuyo suave olor perfuma a lo lejos la tierra. Todos los que se aproximaban a él se encontraban en disposición de acordarse de su existencia anterior”. Ese árbol es evidentemente el símbolo de la ciencia divina y de la iniciación: el mismo*

que volvemos a encontrar en la tradición caldea, y que pasó desde ella al Génesis hebraico. Después de la muerte de Krishna, la ciudad queda sumergida, el árbol sube al cielo; pero el templo queda. Si todo ello tiene un sentido histórico, quiere decir, para quien conozca el lenguaje ultrasimbólico y prudente de los indios, que un sicario cualquiera arrasó la ciudad, y que la iniciación fue cada vez más secreta).

Entre tanto, cuando los reyes del culto lunar supieron que un rey del culto solar había subido al trono de Madura y que los brahmanes iban a ser los dueños de la India, formaron entre sí una poderosa liga para arrojarle del trono. Arjuna, por su parte, agrupó a su alrededor todos los reyes del culto solar, de la tradición blanca, aria, védica. Desde el fondo del templo de Dwarka, Krishna les seguía, les dirigía. Los dos ejércitos se encontraban en presencia, y la batalla decisiva era inminente. Sin embargo, Arjuna, al faltarle a su lado el maestro, sentía turbarse su espíritu y debilitarse su valor. Una mañana, al romper el día, Krishna apareció ante la tienda del rey, su discípulo.

— ¿Por qué — dijo severamente el maestro — no has comenzado el combate que ha de decidir si los hijos del sol o los de la luna van a reinar sobre la tierra?.

— Sin ti no puedo hacerlo — dijo Arjuna —. Mira esos dos ejércitos inmensos y esas multitudes que van a perecer.

Desde la eminencia en que estaban colocados, el señor de los espíritus y el rey de Madura contemplaron los dos ejércitos innumerables, alineados en orden, uno frente al otro. Se veían brillar las cotas de malla dorada de los jefes; millares de guerreros, caballos y elefantes, esperaban la señal del combate. En este momento, el jefe del ejército enemigo, el más anciano de los Kuravas, sopló en su caracola marina, en la gran caracola cuyo sonido parecía el rugido de un león. A este ruido pronto se oyó sobre el vasto campo de batalla un inmenso rumor, el relinchar de los caballos, un ruido confuso de armas, de tambores y de trompas. Arjuna no tenía más que montar sobre su carro arrastrado por caballos blancos y soplar en su caracola azulada, de un azul celeste, para dar la señal de combate a los hijos del Sol. Pero, he ahí que el rey sintió fundirse su corazón, sumergido en la piedad, y dijo muy abatido:

— Al ver esta multitud venir a las manos, siento decaer mis miembros: mi boca se seca, ni cuerpo tiembla, mis cabellos se erizan sobre mi cabeza, mi piel arde, mi espíritu gira en torbellinos. Veo malos augurios. Ningún bien puede venir de esta matanza. ¿Qué haremos con reinos, placeres, y aun con la misma vida?. Aquellos para quienes deseamos reinos, placeres y alegrías, en

pie están ahí para batirse, olvidando su vida y sus bienes. Preceptores, padres, hijos, abuelos, nietos, tíos, parientes, van a degollarse. No tengo gana de hacerlos morir para reinar sobre los tres mundos, y mucho menos aun para reinar sobre esta tierra. ¿Qué placer experimentaría yo en matar a mis enemigos?. Una vez muertos los traidores el pecado recaerá sobre nosotros.

— ¿Cómo te ha sorprendido — dijo Krishna — ese azote del miedo, indigno del sabio, fuente de infamia que nos arroja del cielo?. No seas afeminado. ¡En pie!.

Pero Arjuna, descorazonado, se sentó en silencio y dijo:

— No combatiré.

Entonces Krishna, el rey de los espíritus, replicó con ligera sonrisa:

— ¡Oh, Arjuna!. Te he llamado el rey del sueño para que tu espíritu esté siempre en vela. Pero tu espíritu se ha dormido, y tu cuerpo ha vencido a tu alma. Lloras sobre lo que no se debiera llorar, y tus palabras están desprovistas de sabiduría. Los hombres instruidos no se lamentan ni por los vivos ni por los muertos. Yo y tú y esos conductores de hombres, siempre hemos existido, y jamás dejaremos de ser en el futuro. De igual modo que el alma experimenta la infancia, la juventud y la vejez en este cuerpo, así también las sufrirá en otros cuerpos. Un hombre de discernimiento no se turba por ello. ¡Hijo de Bhárata!, soporta la pena y el placer con ecuanimidad. Aquellos a quienes estas cosas no alcanzan ya, merecen la inmortalidad. Los que ven la esencia real, ven la verdad eterna que domina al alma y al cuerpo. Sábelo, pues: lo que impregna todas las cosas, está por encima de la destrucción. Nadie puede destruir lo Inagotable. Todos esos cuerpos no durarán: tú lo sabes. Pero los videntes saben también que el alma encarnada es eterna, indestructible e infinita. Por tal razón, ¡Ve al combate, descendiente de Bhárata!. Los que creen que el alma mata o muere, se engañan igualmente. Ni mata, ni puede ser muerta. Ella no ha nacido y no muere, y no puede perder el ser que siempre ha tenido. Al modo como una persona se quita vestidos viejos para tomar otros nuevos, así el alma encarnada rechaza su cuerpo para tomar otros. Ni la espada la corta, ni el fuego la quema, ni el agua la moja, ni el aire la seca. Es impermeable e incombustible. Duradera, firme, eterna, ella atraviesa todo. Tú no debieras, pues, inquietarte del nacimiento ni de la muerte, ¡Oh Arjuna!, porque para el que nace, la muerte es cierta, y para el que muere, lo es el renacimiento. Da frente a tu deber sin pestañear; porque para un kchatrya nada hay mejor que un combate justo. ¡Dichosos los guerreros que consideran la batalla como una puerta abierta para el cielo!. Pero si no quieres combatir en este justo combate,

caerás en el pecado, abandonando tu deber y tu fama. Todos los seres hablarán de tu infamia eterna, y la infamia es peor que la muerte para el que ha sido elevado a los hombres. (*Principio del Bhagavad Gita*).

A estas palabras del maestro, Arjuna quedó sobrecogido de vergüenza, y sintió hervir su sangre real con su valor. Entonces se lanzó sobre su carro y dio la señal del combate. Krishna dijo adiós a su discípulo y dejó el campo de batalla, porque estaba seguro de la victoria de los hijos del Sol.

Krishna había comprendido que, para hacer aceptar su religión a los vencidos, le era preciso ganar sobre su alma una última victoria, más difícil que la de las armas. De igual modo que el santo Vasichta había muerto atravesado por una flecha por revelar la verdad suprema a Krishna, así Krishna debía morir voluntariamente bajo los golpes de su enemigo mortal, para implantar hasta en el corazón de sus adversarios la fe que él había predicado a sus discípulos y al mundo. Sabía que el antiguo rey de Madura, lejos de hacer penitencia, se había refugiado en casa de su suegro Kalayeni, el rey de las serpientes. En su odio, siempre excitado por Nysumba, hacía vigilar a Krishna por espías, acechando la hora propicia para matarle. Krishna sentía, por otra parte, que su misión había terminado, y no pedía para ser completa más que el sello supremo del sacrificio. Por esta razón, cesó de evitar y de paralizar a su enemigo por el poder de su voluntad. Sabía que, si cesaba de defenderse por esta fuerza oculta, el golpe por largo tiempo meditado le alcanzaría en la sombra. Pero el hijo de Devaki quería morir lejos de los hombres, en las soledades del Himavat. Allí se sentiría más cerca de su madre radiante, del sublime anciano, y del sol de Mahadeva.

Krishna partió, pues, para una ermita que se encontraba en un lugar silvestre y desolado, al pie de las altas cimas del Himavat. Ninguno de sus discípulos había penetrado sus designios. Sólo Sarasvati y Nichdali los leyeron en los ojos del maestro por la adivinación que reside en la mujer y en el amor. Cuando Sarasvati comprendió que él quería morir, se echó a sus pies, los besó con fuerza, y exclamó:

— ¡Maestro, no nos dejes!.

Nichdali le miró, y le dijo sencillamente:

— Sé a donde vas. Puesto que te hemos amado, déjanos seguirte.

Krishna respondió:

— En mi cielo, nada se rehusará al amor. Venid.

Después de un largo viaje, el profeta y las santas mujeres llegaron a unas cabañas agrupadas alrededor de un gran cedro sin hojas, sobre una montaña amarillenta y rocosa. Por un lado, las inmensas cúpulas de nieve del Himavat.

Del otro, en la profundidad, un dédalo de montañas; a lo lejos, la llanura, la India perdida como un sueño en una bruma dorada. En aquella ermita vivían algunos penitentes vestidos con cortezas de árbol, con los cabellos en desorden y la barba larga sobre un cuerpo lleno de fango y de polvo, con miembros desecados por el soplo del viento y el calor del sol. Algunos sólo tenían su piel seca sobre el esqueleto. Viendo aquel lugar triste, Sarasvati exclamó:

— La tierra está lejos y el cielo es mudo. Señor, ¿Por qué nos has conducido a este desierto abandonado de Dios y de los hombres?.

— Ora — respondió Krishna —, si quieres que la tierra se acerque y que el cielo te hable.

— Contigo el cielo siempre está presente — dijo Nichdali —; pero, ¿Por qué el cielo quiere abandonarnos?.

— Es preciso — dijo Krishna — que el hijo de Mahadeva muera atravesado por una flecha, para que el mundo crea en su palabra.

— Explícanos ese misterio.

— Ya lo comprenderéis después de mi muerte. Oremos.

Durante siete días hicieron rezos y abluciones. El semblante de Krishna se transfiguraba y parecía más radiante. El séptimo día, hacia la puesta del sol, las dos mujeres vieron a unos arqueros subir hada la ermita.

— Ahí están los arqueros de Kansa que te buscan — dijo Sarasvati —. Maestro, defiéndete.

Pero Krishna, de rodillas al lado del cedro, no salía de su oración. Los arqueros llegaron y miraron a las mujeres y a los penitentes. Eran soldados rudos, de caras amarillas y negras. Al ver la figura extática del santo, se detuvieron. Al pronto, trataron de sacarle de su éxtasis dirigiéndole preguntas, injuriándole y arrojándole piedras. Pero nada pudo hacerle salir de su inmovilidad. Entonces se arrojaron sobre él y le ataron al tronco del cedro. Krishna dejó hacer todo esto como en un sueño. Luego, los arqueros, colocándose a distancia, se pusieron a tirar sobre él, excitándose los unos a los otros. A la primera flecha que le atravesó, brotó la sangre, y Krishna exclamó: “Vasichta, los hijos del Sol han vencido”. Cuando la segunda flecha vibró en su carne, dijo: “Madre mía radiante, que los que me aman entren conmigo en tu luz”. A la tercera, dijo solamente: “¡Mahadeva!” Y luego, con el nombre de Brahma, entregó el espíritu.

Se había puesto el Sol. Un gran viento se elevó, una tempestad de nieve bajó del Himavat sobre la tierra. El cielo se veló. Un torbellino negro barrió las montañas. Aterrados de lo que habían hecho, los asesinos huyeron, y las

dos mujeres, heladas de espanto, rodaron desvanecidas sobre el suelo, como bajo una lluvia de sangre. El cuerpo de Krishna fue quemado por sus discípulos en la ciudad santa de Dwarka. Sarasvati y Nichdali se arrojaron a la hoguera para unirse a su dueño y maestro, y la multitud creyó ver al hijo de Mahadeva lleno de luz, con sus dos esposas.

Después de esto, una gran parte de la India adoptó el culto de Vishnú, que conciliaba los cultos solares y lunares en la religión de Brama.

VIII IRRADIACIÓN DEL VERBO SOLAR

Tal es la leyenda del Krishna, reconstruida en su conjunto orgánico y colocada en la perspectiva de la historia.

Ella arroja una viva luz sobre los orígenes del Brahmanismo. Claro que es imposible probar por documentos positivos que tras del mito de Krishna se oculta un personaje real. El triple velo que cubre el embrión de todas las religiones orientales, es más espeso en la India que en parte alguna, porque los brahmanes, dueños absolutos de la sociedad india, únicos guardianes de sus tradiciones, las han modelado y reformado con frecuencia en el curso de las edades. Pero es justo añadir que han conservado fielmente todos los elementos constitutivos, y que, si su doctrina sagrada se ha desarrollado con los siglos, su centro no se ha desplazado jamás. No podemos, pues, como lo hace la mayor parte de los sabios europeos, explicar una figura como la de Krishna, diciendo: “Es un cuento de nodriza injertado en un mito solar, con una fantasía filosófica hilvanada sobre el conjunto”. No es así, creemos, como se funda una religión que dura miles de años, engendra una poesía maravillosa, varias grandes filosofías, resiste al ataque formidable del buddhismo, a las invasiones mongolas, mahometanas, a la conquista inglesa, y conserva hasta en su decadencia profunda el sentimiento de su inmemorial y alto origen. *(La grandeza de Sakhia Muni reside en su caridad sublime, en su reforma moral, y en la revolución social que trajo por la caída de las castas osificadas. El Buddha dio al Brahmanismo envejecido una sacudida semejante a la que el protestantismo dio al catolicismo de hace trescientos años: le obligó a prepararse para la lucha y a regenerarse. Pero Sakhia Muni no añadió nada a la doctrina esotérica de los brahmanes, y divulgó solamente algunas de sus partes. Su psicología es, en el fondo, la misma, aunque siga un camino diferente. (Véase mi artículo sobre la Leyenda de Budha. Revue des Deux-Mondes, 1º de julio de 1885.*

Si el Budha no figura en este libro, no es porque desconozcamos su lugar en la cadena de los grandes iniciados, sino a causa del plan especial de esta obra. Cada uno de los reformadores o filósofos que hemos elegido, está destinado a mostrar a la doctrina de los misterios bajo una nueva faz, y en cierta etapa de su evolución. Desde este punto

de vista, el Budha hubiera resultado duplicado: por una parte con Pitágoras, a través de quien he desarrollado la teoría de la reencarnación y de la evolución de las almas; por otra, con Jesucristo, que promulgó, tanto para el Occidente como para el Oriente, la fraternidad y la caridad universales.

En cuanto al libro, muy interesante por otra parte y muy digno de ser leído; “El Budhismo Esotérico”, de Sinnett, cuyo origen algunas personas atribuyen a pretendidos adeptos que viven actualmente en el Tibet, me es imposible hasta nueva orden, ver en él otra cosa que una muy hábil compilación del Brahmanismo y del Budhismo, con ciertas ideas de la Kábala, de Paracelso, y algunos datos de la ciencia moderna).

No: siempre hay un grande hombre en el origen de una gran institución. Considerando el papel predominante del personaje Krishna en la tradición épica y religiosa, sus aspectos humanos por una parte, y por la otra, su identificación constante con Dios manifestado o Vishnú, fuerza nos es creer que él fue el creador del culto Vishnuita, que dio al Brahmanismo su virtud y su prestigio. Es, pues, lógico admitir que en medio del caos religioso y social que creaba en la India primitiva la invasión de los cultos naturalistas y apasionados, apareció un reformador luminoso que renovó la pura doctrina aria por la idea de la Trinidad y del Verbo divino manifestado, que puso el sello a su obra por el sacrificio de su vida, y dio así a la India su alma religiosa su forma nacional y su organización definitiva.

La importancia de Krishna nos parecerá aun mayor y de un carácter realmente universal, si notamos que su doctrina encierra dos ideas madres, dos principios organizadores de las religiones y de la filosofía esotérica. Estos son: la doctrina orgánica de la inmortalidad del alma o de las existencias progresivas por la reencarnación, la que corresponde a la Trinidad o Verbo divino revelado en el hombre. No he hecho más que indicar (*Véase la nota sobre Devaki a propósito de la visión de Krishna*), el alcance filosófico de esta concepción central, que, bien comprendida, tiene su repercusión animadora en todos los dominios de la ciencia, del arte y de la vida. Debo limitarme, para concluir, a una nota histórica.

La idea de que Dios, la Verdad, la Belleza y la Bondad infinitas se revelan en el hombre consciente con un poder redentor que resalta hacia las profundidades del cielo por la fuerza del amor y del sacrificio, esa idea fecunda entre todas, aparece por primera vez en Krishna. Ella se personifica en el momento en que, saliendo de su juventud aria, la humanidad va a hundirse

más y más en el culto de la materia. Krishna le revela la idea del Verbo divino; ella no lo olvidará ya. Y tendrá tanta más sed de redentores y de hijos de Dios cuanto más profundamente sienta su descenso. Después de Krishna, hay como una poderosa irradiación del verbo solar a través de los templos de Asia, de África y de Europa. En Persia, es Mithras, el reconciliador del luminoso Ormuzd y del sombrío Ahrimán; en Egipto, es Horus, el hijo de Osiris y de Isis; en Grecia, es Apolo, el Dios del Sol y de la Tierra; es Dionisos, el resucitador de las almas. En todas partes el dios solar es un dios mediador, y la luz es también la palabra de vida. ¿No es de ella también de donde brotó la idea mesiánica?. Sea de ello lo que quiera, por Krishna entró esa idea en el mundo antiguo; por Jesús irradiará sobre toda la tierra.

Mostraré en lo que sigue de esta historia secreta de las religiones, cómo la doctrina del ternario divino se liga a la del alma y de su evolución, cómo y por qué ellas se suponen y se completan recíprocamente. Digamos ante todo que su punto de contacto forma el centro vital, el foco luminoso de la doctrina esotérica. A no considerar las grandes religiones de la India, del Egipto, de Grecia y de Judea más que por el lado exterior, no se ve otra cosa que discordia, superstición, caos. Pero sondead los símbolos, interrogad a los misterios, buscad la doctrina madre de los fundadores y de los profetas, y la armonía se hará en la luz. Por diversos caminos, con frecuencia tortuosos, se llegará al mismo punto; de suerte que penetrar en el arcano de una de esas religiones, es también penetrar en los de las otras. Entonces se produce un fenómeno extraño. Poco a poco, pero en una esfera creciente, se ve brillar la doctrina de los iniciados en el centro de las religiones, como un sol que disipa su nebulosa. Cada religión aparece como un planeta distinto. Con cada una de ellas cambiamos de atmósfera y de orientación celeste, pero siempre el mismo Sol nos ilumina. La India, la gran soñadora, nos sumerge con ella en el sueño de la eternidad. El Egipto grandioso, austero como la muerte, nos invita al viaje de ultratumba. La Grecia encantadora nos arrastra a las fiestas mágicas de la vida, y da a sus misterios la seducción de las formas, tan pronto encantadoras como terribles, de su alma siempre apasionada. Pitágoras, en fin, formula científicamente la doctrina esotérica, le da quizá la expresión más completa y más sólida que haya jamás tenido; Platón y los Alejandrinos no fueron más que sus vulgarizadores. Acabamos de remontarnos hasta su fuente en los juncos del Ganges y las soledades del Himalaya.